

PRESENTACION

Probablemente es conocida de todos la intervención de la Santa Sede en la CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos). Una medida grave y dolorosa, cuyas motivaciones no acabamos de comprender, porque no se han dado explicaciones suficientes al hecho.

La intervención consiste en que habrá un Delegado Papal permanente acompañando a la Presidencia, y tendrá poder de vetar o aprobar cualquier decisión; también deberán pasar por su aprobación todas las publicaciones, cursos, presupuestos de la CLAR.

En México se llevó a cabo la Asamblea General de la CLAR, del 18 al 27 de febrero. El Vaticano modificó los estatutos para la elección de la nueva Presidencia: se mandaría una lista de nombres a Roma; el Vaticano decidiría quiénes la integren, con plena libertad respecto de la lista enviada.

Estuvieron presentes Mons. Fco. Javier Errázuriz, nuevo Secretario de la Congregación para los Religiosos, y Mons. Héctor Julio Hernández Hurtado, Delegado Papal ante la CLAR. El ambiente de oración y discernimiento, en el que vivieron los participantes, fue cambiando el clima de tensión y aun desconfianza mutua por otro de apertura y diálogo; aunque no se aclararon todas las cuestiones pendientes, sin embargo hubo un positivo avance en la búsqueda de canales adecuados de diálogo con Roma, ya que los que hasta ahora ha habido no han funcionado de manera feliz. Ambos Obispos enviados por Roma se mostraron satisfechos con el clima de receptividad que se fue creando, con la acogida fraterna que se les brindó, y hablaron de su decisión de ayudar a la solución de esta situación dolorosa.

El Presidente saliente, Luis Coscia, capuchino, ayudó mucho a la creación de ese clima positivo, con su transparencia evangélica y su aceptación en la fe. Damos las gracias a los que, junto con él, prestaron este servicio a la vida religiosa desde la Presidencia.

EN ESTE NUMERO

EDITORIAL 2

CUADERNO 5

Introducción al cuaderno 6

Utopía y Nueva Evangelización. J. Libanio 7

Criterios de la Nueva Evangelización. Pedro Trigo 14

Las tentaciones de la Nueva Evangelización. Carlos Bravo 24

La Compañía de Jesús y la Nueva Evangelización.
Provinciales de América Latina 34

DOCUMENTOS 40

Tarahumara: una Iglesia Particular quiere participar en Santo Domingo. Vicariato Apostólico de la Tarahumara 40

Aportes del Vicariato Apostólico de la Tarahumara al Documento de Santo Domingo 44

LIBROS 48

COLABORACIONES 51

¡Yo aquí... callar. Abandonarme en Dios! J. I. González Faus 51

El P. Arrupe: 18 años de vida y magisterio espiritual. I. Iglesias 52

Padre Arrupe: se despide un testigo. P. Pedro Arrupe 58



PEDRO ARRUIPE: UN PROFETA

Dicen que los muertos con el tiempo crecen. Eso es lo que pasará con el P. Arrupe, ciertamente. Su obra eclesial, más allá de su obra interna en la Compañía de Jesús, es ampliamente conocida.

No es el propósito de estas pocas páginas presentar una biografía suya, aunque daremos algunos datos fundamentales de la vida de este profeta del siglo XX. Lo que más nos interesa es dar a conocer, en unos pocos rasgos, su fisonomía espiritual.

Nació en 1907, el 14 de noviembre, en Bilbao. 20 años después entró en la Compañía de Jesús e inició su peregrinaje por el mundo, pues tuvo que abandonar España: por la guerra española habían quedado suprimidas todas las comunidades jesuíticas. Fuera de España hizo sus estudios (en Bélgica y en Holanda) y, una vez ordenado, se fue a especializar en moral médica (él había iniciado la carrera de medicina antes de su ingreso en la Compañía) en Estados Unidos. Y en 1938 fue destinado a Japón. Siendo Maestro de Novicios en el Japón sufrió la experiencia terrible de la bomba atómica que explotó en Hiroshima en 1945: él vivía en Nagatzuka, uno de los suburbios de la ciudad. En 1954 fue nombrado Viceprovincial del Japón y luego, en 1958, fue nombrado Provincial, cargo que ejerció hasta su nombramiento de General de la Compañía de Jesús, en 1965.

Como tal, participó en la IV Sesión del Concilio Vaticano II, y en todos los Sinodos Episcopales ha-

bidos desde 1967 hasta 1980. Fue Presidente de la Unión de Superiores Generales de religiosos desde 1967 hasta 1980, miembro de la Congregación para la Evangelización de los pueblos, y del Consejo General de la Pontificia Comisión para América Latina. Participó también en la III CELAM de Puebla en 1979. Su afán de acompañar a sus hermanos lo llevó a casi todas las partes del mundo.

Al regresar de un largo viaje por el Oriente, en el mismo aeropuerto de Fiumicino, en Roma, sufrió una trombosis cerebral el 7 de agosto de 1981 que lo imposibilitó para seguir gobernando la Compañía. Su renuncia al Generalato de la Compañía de Jesús le fue aceptada hasta el 3 de septiembre de 1983, durante la Congregación General XXXIII, convocada por el P. Paolo Dezza, Delegado nombrado por el Papa para gobernar a la Compañía durante ese tiempo y hasta que se realizara la Congregación General. Murió el 5 de febrero de 1991, a los 83 años de edad y 64 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

El P. General Peter Hans Kolvenbach resume en cinco párrafos las líneas de fuerza de su tarea:

«El P. Pedro Arrupe ha sido un hombre de intensa oración y de incondicionada entrega a Cristo. La participación en la última sesión del Concilio Vaticano II, en 1965, fue para él, elegido poco tiempo antes Preposito General, un catalizador apostólico de las fuertes experiencias que habían modelado su personalidad: misionero de primera línea, testigo de la bomba atómica, reconstructor de una misión devastada, luchador contra

corriente en una sociedad consumista y descristianizada, aliado inermemente de pueblos y estratos sociales explotados y oprimidos, espectador entusiasta de las identidades que surgían de jóvenes Iglesias y de países nuevos.

Durante los dieciséis años de su generalato, hasta la trombosis cerebral de agosto de 1981, se dedicó incansablemente a encontrar la respuesta al problema crucial: cómo resolver en la Compañía la tensión latente entre las dos directrices del Concilio Vaticano II (Perf. Car., 2): retorno a las fuentes antiguas y adaptación a los tiempos nuevos.

La tensión entre estos dos polos no constituía para él una alternativa, sino la ocasión para favorecer, mediante su impacto, el aporte de incalculables energías.

Cuanto hizo y dijo -y cuanto sufrió- tuvo su origen en la tensión entre estos dos polos, tan difícilmente conciliables, y cuya aproximación exige un difícil balance de fatigas, de experiencias... y de fracasos. Es conocido su esfuerzo por llevar a la Compañía a revivir la experiencia de Ignacio y de los primeros compañeros, los Ejercicios, el seguimiento de Cristo enviado por el Padre a evangelizar a los pobres, el servicio a la Iglesia jerárquica bajo el Romano Pontífice. Todo esto con el fin de adaptar, potenciar la Compañía de Jesús y la vida religiosa, para responder a los retos de un mundo nuevo y con exigencias nuevas. Todas las iniciativas del P. Arrupe se han inspirado en los textos conciliares y en las directrices de los Sumos Pontífices: reto de la increencia, ecumenismo, opción preferencial por los

pobres y promoción de la justicia, apostolado teológico e impulso a los medios modernos de comunicación, inculturación y ayuda a las Iglesias jóvenes, asistencia a los refugiados.

En optimismo radical, animado por una fe profunda, ha hecho del P. Arrupe una figura inspiradora que se ha ganado el afecto y la admiración de innumerables religiosos y religiosas en todas las partes del mundo. En las dificultades

se reveló como hombre de Dios y de la Iglesia, hombre para los demás, con una indiscutible intención de servir, en y con la Compañía, al único Rey y Capitán, Jesús, y a su Vicario en la tierra.»

Fin de guerra, principio ¿de qué?

Hace días comentaba Radio Netherland, en su noticiero para América Latina, que en esta guerra había habido dos muertes particularmente sensibles: la muerte de la ONU como organismo internacional autónomo e imparcial, y la de la autoridad moral de la política exterior de Europa.

También ha supuesto la muerte del esquema bipolar que dividía al mundo en dos bloques, Occidente y Oriente. Rusia ha quedado fuera del escenario de protagonistas, sacudida por la problemática interna de desintegración del bloque de la URSS y por la problemática de la reestructuración económica. La oposición antibélica fue más expresión de buena voluntad que de eficacia política, en parte debido a que el otro adversario, Saddam Hussein, era indefendible. La victoria 'aliada' se debió en gran parte, sin duda, a la debilidad de las posiciones ideológico-religiosas en que pretendía fundarse Irak. Con esto queda el camino abierto para la hegemonía «sin condiciones» que marcará probablemente la política exterior de Estados Unidos con las demás naciones, incluida la Organización de las Naciones Unidas.

Fritjof Capra, Ph.D., fundador del Instituto Elmwood, hace un análisis particularmente incisivo sobre la Guerra del Golfo Pérsico, como nacida de una crisis de percepción. La traducción es de Ma. Teresa Escobar.

«Cuando buscamos las raíces de la Guerra del Golfo, vemos inmediatamente que las razones fun-

damentales están ausentes del diálogo político (Norte)americano. Este hecho tan sorprendente y tan cierto, abarca, sin embargo los problemas más importantes de nuestro tiempo: la destrucción de los bosques, el calentamiento de la tierra, el crecimiento demográfico, la brecha cada día más ancha entre pobres y ricos, etc.

«No ha habido una discusión seria y substancial de la Crisis del Golfo por el Presidente, en el Congreso, en las Universidades o en los medios de comunicación. El pueblo no sabe cuáles son los verdaderos objetivos (Norte)americanos en el Golfo.

«¿Por qué estamos ahí? ¿Por qué necesitamos 500 mil hombres? ¿Por qué tuvimos que atacar a Irak? No hay discusión sobre los problemas reales.

«He llegado a creer que la verdadera razón para no enfrentar los problemas básicos consiste en que no pueden ser tratados adecuadamente dentro de la moda actual del pensamiento contemporáneo.

«El panorama actual del mundo está basado en una percepción de la realidad que ha dominado a nuestra sociedad por los últimos trescientos años, se ha institucionalizado, se ha investido de poder pero no es capaz de concebir nuevas soluciones. Por lo tanto, las crisis presentes incluida la del Golfo, son en su mayor parte crisis de percepción.

«Hay varias claves importantes para conocer las raíces de la crisis del Golfo. Sólo si conocemos su

interrelación podremos conocer la crisis. Sólo entonces sabremos por qué el Presidente Bush quiso ir a la guerra.

«La primera razón es geopolítica al estilo Kissinger. Después del «nuevo modo de pensar» de Gorbachov, y del fin de la guerra fría, los Estados Unidos enfrentaban diferentes opciones. Estas incluían usar los «dividendos de la paz» para reestructurar nuestra economía, aliviar la pobreza y la drogadicción, etc., o continuar con el viejo estilo de dominación geopolítica, uso de la fuerza, agresión y explotación.

«En oposición a muchas opiniones de políticos occidentales y de los medios de comunicación, la Unión Soviética no perdió la «guerra fría»; más bien fue como una partida de ajedrez en donde los dos contendientes están sentados a la mesa viéndose fijamente y uno de ellos, Gorbachov se levanta y dice: «Ya no jugaré este juego». Por eso Gorbachov dijo a las Naciones Unidas hace dos años: «Somos testigos del proceso de creación de un mundo mutuamente interrelacionado e integrado... Los esfuerzos para resolver los problemas mundiales requieren de una nueva visión y calidad de interacción de todas las naciones. El uso de la fuerza no puede ni debe ser un instrumento de la política exterior de las naciones. Este es el primero y más importante componente de un "mundo sin violencia" como un ideal... Estamos hablando de cooperación, que podría llamarse más atinadamente como co-creación y co-desarrollo... Debe-

(pase a la pág. 38)



C U A D E R N O

EVANGELIZAR EN NOVEDAD: EL RETO DE LOS NOVENTAS

UTOPIA Y NUEVA EVANGELIZACION

J. Libanio

CRITERIOS DE LA NUEVA EVANGELIZACION

Pedro Trigo

LAS TENTACIONES EN LA NUEVA EVANGELIZACION

Carlos Bravo

LA COMPAÑIA DE JESUS Y LA NUEVA EVANGELIZACION

Provinciales de América Latina

INTRODUCCION AL CUADERNO

EVANGELIZAR EN NOVEDAD: EL RETO DE LOS NOVENTAS

Nuestro Cuaderno de ahora tiene sólo cuatro artículos, amplios, sobre el tema de la Nueva Evangelización. Es una tarea que no podemos tomar a la ligera, y a la que, tal vez, no le hemos dado la importancia adecuada todavía en nuestras Iglesias de América Latina.

Ante la insistencia y urgencia con que se piden cursos o charlas sobre la Nueva Evangelización, y ante el desconcierto que se percibe en diferentes auditorios ante este tema, uno se pregunta qué está pasando. Hace ocho años lanzó el Papa la proclama sobre la nueva evangelización, y apenas ahora se percibe un cierto movimiento más orgánico en algunas partes en esa dirección.

Las reflexiones que ahora presentamos nos ayudan a avanzar, a dar coherencia a nuestra reflexión teológica, en orden a una mayor eficacia en nuestros planes pastorales.

Abre el Cuaderno un artículo de J. B. Libânio, *Utopía y Nueva Evangelización*, en el que busca iluminar la relación existente entre ambos términos. Estamos en una época en la que el término «utopía» tiene connotaciones sospechosas. Se habla de la muerte de las utopías. Pero, finalmente, sin utopía la fe se vuelve algo gris e irrelevante. Por eso, la evangelización, el anuncio de una buena nueva que cambia el corazón del hombre y las estructuras de su mundo, tiene que ver con la utopía.

Pero ¿qué hacer cuando nuestro mundo desarrollado y tecnificado mira a la utopía poniéndola bajo sospecha? Habría que alzar los ojos para ver quiénes, de entre los hombres, son aún capaces de utopía, quiénes aún no están saciados, hartos, en la cumbre del poder. Habrá que mirar a los pobres. Sólo desde ellos -según Jesús- se puede entender la adecuada articulación entre felicidad presente y reino futuro, entre utopía y buena nueva.

Pero ¿qué es evangelización? Con esta pregunta comienza Pedro Trigo su artículo, *Criterios de la Nueva Evangelización*. Este ha sido uno de los puntos cruciales de siempre para la Iglesia. Porque es la tarea que le da

identidad, sin la que, simplemente, no tendría sentido. Trata en su artículo los porqués de una Nueva Evangelización en el Continente, sus criterios estructurales, distinguiéndolos de los criterios que dimanen de la condición histórica del momento y refiriéndolos a los contenidos nucleares de la misma.

La Iglesia, en su tarea de evangelizar, se encuentra necesariamente con la tentación, como elemento intrínseco a su realidad histórica. Carlos Bravo analiza las *Tentaciones en la Nueva Evangelización*. Un artículo suyo anterior, *Discernir la Evangelización*, planteaba el reto de superar lo que en ella haya de «viejo», convalidar lo que es «perenne» y proseguir la tarea de una evangelización situada, en fidelidad al dinamismo de la Encarnación (CHRISTUS 639 (octubre 1990) pp. 7-11). Ahora analiza las tentaciones de la Iglesia hoy, a la luz de las tentaciones paradigmáticas del pueblo de Dios, de Jesús y de la primera Iglesia. Analiza las tentaciones que vienen de dentro y las que vienen de fuera. Y concluye en la necesidad de discernimiento para poder enfrentar, a la manera de Jesús, el proseguimiento de su tarea: anunciar la buena nueva a los pobres.

Cierra el cuaderno un comunicado de los Provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina a todos los jesuitas que trabajan en ella. En el 76 hubo la famosa Carta de Río, que movilizó a la Compañía de Jesús a las opciones que la han inspirado en estos años. Ahora busca situarse también corresponsablemente ante la tarea propuesta por el Papa a la Iglesia toda de América Latina.

Inician su carta proponiendo los desafíos a los que deberá responder la Nueva Evangelización, y concluyen determinando siete líneas de acción: llamada a la conversión, en solidaridad con los pobres que buscan organizarse, en camino hacia la inserción en medios populares, con una opción clara de servicio a los laicos, desde una formación en consonancia con las exigencias de una situación compleja, en comunión eclesial, desde las obras y trabajos de la Compañía.

Aunque no forma parte del Cuaderno propiamente, sino de la sección de Documentos, queremos remitirlos al trabajo que la Iglesia del Vicariato de la Tarahumara realizó en torno al Documento de Santo Domingo, buscando situarse como cuerpo ante los retos de la Nueva Evangelización. Es alentador ver que hay Iglesias particulares que han tomado con toda seriedad la preparación hacia Santo Domingo.

También les recomendamos asomarse a la sección COLABORACIONES, en donde se hace un pequeño homenaje al P. Arrupe, a quien volveremos a recordar también en el siguiente número.

UTOPIA Y NUEVA EVANGELIZACION

J. Libanio, sj.
Teólogo Brasil

El Religioso de América latina es el llamado a mantener inflamada la utopía de los pobres, como también a dejarse impulsar por una Nueva Evangelización de los pobres, por los pobres y de medios pobres.

Desde que Juan Pablo II en su discurso al CELAM, en Puerto Príncipe (Haití), el 9 de Marzo de 1983 empleó la expresión de *Nueva Evangelización*, entró a formar parte del vocabulario corriente, si no eclesial, por lo menos eclesiástico¹. Tal hecho muestra la importancia, que para el mundo católico, tienen las alocuciones pontificias, aún cuando no hayan sido hechas con el peso magisterial de formas más solemnes.

Este término, acuñado de otra forma por Medellín, en el mensaje final dirigido a los pueblos de Latinoamérica, se pronuncia hoy en un contexto diferente y por eso, necesariamente asume una significación diferente².

En esta breve reflexión se estudiará en articulación con el término utopía. Así, el binomio lingüístico *Utopía y Nueva Evangelización* se iluminará mutuamente, tanto a través de aproximaciones, como de distanciamientos.

SITUACION ACTUAL

En todos los tiempos, los términos padecen de ambigüedades. En lingüística, se distingue entre significado y significante. Un mismo significante -utopía- puede tener significados diferentes, conforme se sitúe en contextos culturales diversos, hablados por y a interlo-

cutores diferentes. En la práctica, la univocidad de los términos sólo existe en su pura formalidad abstracta. Pero al definir el sentido en concreto, entramos ya en el mundo de la diversidad semántica. Aunque tal reflexión parezca abstracta y suelta, es necesaria para entender mejor el asunto en cuestión, precisamente porque los dos términos -utopía y Nueva Evangelización- no significan exactamente la misma cosa en todos los textos y lenguas que leemos y escuchamos. Tenemos que definir bien el contexto de determinado escrito o lengua para entender el significado real del término.

La ambigüedad del contexto con relación a la utopía

Vivimos de hecho, en un contexto social donde el término utopía provoca dos reacciones opuestas, debido a la posición básica que asumen los grupos frente a la realidad.

La primera actitud se caracteriza por el anuncio de su muerte. H. Marcuse sacudió al público mundial con la obra, traducida a innumerables idiomas, inclusive en Portugués, cuyo título habla por sí mismo: el fin de la utopía³.

Evidentemente no se trata de un mero anuncio verbal, sino de un estado de ánimo que lo traduce. A su vez, dicha situación se diferenciaba bastante al ser vivida por las clases letradas o populares.

Entre las clases letradas, que se sitúan en un buen nivel económico o más que eso, la utopía murió por exceso de satisfacción con el presente. La utopía se mueve llevada por dos alas: insatisfacción del presente o deseo de un futuro mejor. ¿Cómo alimentar utopías cuando el presente es verdaderamente la realidad deseada, optimizada, mientras que el futuro se hace amenazador, bien dentro de una perspectiva histórica, bien religiosa? El presente encuentra en la abundancia de los supermercados,

su símbolo de plenitud. Cuando aparece, de tiempo en tiempo, altamente comprometido, ya sea por la carrera armamentista, por el agotamiento de reservas no renovables de la tierra o por el crecimiento de la violencia.

Las clases ricas no pueden alimentar, en el momento actual, ninguna utopía. Para ellas nada mejor que el presente y nada más peligroso que el futuro. El pasado viene a fortalecer todavía más esa sensación, pues muchos de sus miembros vivieron situaciones muy duras no hace mucho tiempo. Todavía está fresco en la memoria el escenario dantesco de la guerra y de la terrible y dolorosa post-guerra, sobre todo en Europa. Por eso, el presente aparece todavía más seductor, al compararlo con ese pasado de sufrimiento y tristeza.

Aun en los países que no conocieron las amarguras del pasado, las clases ricas no pueden ignorar la enorme amenaza que pesa sobre ellas, proveniente de la creciente marginalización de la gigantesca masa de pobres. Tal situación no puede continuar indefinidamente. Por eso, prefieren sumergirse en el presente, en lugar de pensar en el futuro.

Por razones muy diferentes, las clases oprimidas están sufriendo también una crisis con relación a la utopía. Al final de la década de los 50 e inicios de la de los 60 soplaron en nuestro continente aires libertarios. Numerosos movimientos, bien de naturaleza estrictamente popular, bien orgánicamente articulados con los sectores populares, pero liberados por segmentos de clase media, levantaron banderas utópicas de liberación.

Los Obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, en 1968, percibiendo este movimiento en el aire, afirmaron con claridad que: «es el momento de inventar con imaginación creadora la acción por realizar, y, sobre todo, llevarla a tér-



mino con la audacia del espíritu y el equilibrio de Dios». En otras palabras, es la hora de la utopía y de la búsqueda de su realización⁴.

No se secaba aún la tinta del Documento de Medellín, ni se silenciaban los pasos de los miembros de tal Asamblea, cuando ya pesaba sobre América Latina la dura represión política que liquidaría físicamente a muchos de esos movimientos utópicos. Si el primer mundo rico y las clases dominantes de nuestro continente sofocan la utopía en el placer y la satisfacción del presente, las clases pobres del Tercer Mundo y sus aliados, vieron cómo sus utopías fueron asesinadas por las fuerzas represivas. Cae sobre el continente de los pobres el silencio de la muerte, la mordaza de la tortura y se diezma todo sueño de una realidad mejor. Muere la utopía bajo el plomo de la represión.

No hay muerte que no termine por provocar el deseo de vida. El hombre, al ser creado por el Dios de la vida, puede tener dentro de sí los gérmenes de la muerte, pero en su raíz más profunda, ha sido hecho para la vida. Dios es vida. El hombre sólo puede ser entendido como vida. Así, esos momentos de muerte de la utopía dejaron brechas por donde brotaron anhelos de esperanza.

En el mundo rico despuntan movimientos utópicos⁵. El más fuerte, en cuanto a fuerza política, es sin duda, el movimiento ecológico. En cuanto fuerza organizada, que presiona a los gobiernos y a las instituciones financieras, tal movimiento es simplemente político. En ese sentido, se ve envuelto por intereses ideológicos y no siempre guarda la pureza que ostenta. Precisamente, esa pureza que pretende mostrar es la que le da la dimensión utópica. La fuerza del tal movimiento le viene de pro-

poner un mundo en donde el hombre superdesarrollado, supertecnificado, viva en profunda armonía con la naturaleza, con el ambiente. La utopía consiste precisamente en imaginar, en soñar con un mundo en el que la técnica, el desarrollo, que hasta ahora han actuado devastadoramente en relación con la naturaleza, puedan, de ahora en adelante, vivir en sintonía de amistad con ella.

Otros movimientos utópicos iluminan los cielos ricos del mundo desarrollado. Otro ejemplo es el anhelo comunitario⁶. De nuevo, la utopía se manifiesta por el sueño y el deseo de crear un mundo de relaciones interpersonales, de espíritu comunitario, de vivencias comunes, precisamente donde imperan las relaciones funcionales, frías y burocráticas, junto al creciente individualismo, el espíritu de competencia y el impaciente deseo de siempre salir ganando a costa de los otros. Allí donde todo habla de individualismo, artificialismo, burocracia, organización eficaz, se espera poder crear un modelo de convivencia.

En el mundo de los pobres, ya hace mucho tiempo que la utopía acuñó su propia palabra-clave: *liberación*⁷. Les pesa la dominación, la opresión, el sufrimiento de la pobreza. Por eso, el sueño utópico se encamina en la línea de la liberación. Pero aún en esa situación, la cuestión de la utopía no es tan simple, pues el extremo de la opresión termina, no sólo por ir matando físicamente a los pobres, sino que también les aleja de la propia posibilidad de pensar y soñar en una salida. No les sobra energía, tiempo, ocio, disposición para poder soñar. La extrema miseria asesina también el deseo utópico. Este necesita de un mínimo vital para nacer y conservarse. Sin embargo, en algunos segmentos de las clases populares, existe un humus donde está naciendo y fortaleciéndose la utopía libertaria.

La ambigüedad de la nueva evangelización

Un término lanzado al medio eclesiástico por la autoridad máxima de la Iglesia, ejerce una fuerza de fascinación. Y dicha actitud de acogida de la palabra del Papa, revela uno de los rasgos de la actitud católica. Al lado de ese aspecto positivo se mezclan intereses menos puros, como en toda realidad humana, marcada por la gracia y por el pecado.

Entre esos intereses impuros, debidos a nuestra fragilidad humana, están, entre otros, bien un afán servil, sin preguntarse en profundidad, ni por el sentido ni por la viabilidad de tal expresión en contextos diferentes, o bien el uso de la expresión con la intención de defender tesis o posiciones anteriores a ella y, de cierto modo, independiente de ella, pero que sólo la utilizan como un medio.

Así, tal término ha sido sometido en el contexto latinoamericano a esa disputa ideológica. Por eso, cabe captarle esas posibles interpretaciones y someterlas al cedazo de la crítica teológica.

No se pretende aquí decidir sobre el sentido que tiene en el discurso del Papa. Más bien se procura ver cuáles son las principales interpretaciones que están en curso y, sobre éstas, tener en cuenta las observaciones.

A fin de no prolongar demasiado estas consideraciones, se pretende circunscribirse solamente a dos interpretaciones de *Nueva Evangelización*. Ya el mismo término evangelización, podría recibir muchas interpretaciones. Entre tanto, apropiarse de una definición más formal de evangelización que consigue consenso más fácilmente. En el momento de querer darle mayor concreción habrá, ciertamente, divergencias.

Basándose en la Exhortación Apostólica de Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, se puede definir la evan-

gelización como el anuncio, hecho en palabras y gestos sacramentales, de la realidad salvífica de Jesucristo, con el fin de realizar la liberación de todos los hombres y del hombre todo⁸. Como se dice arriba, el contenido y significado de los gestos, palabras y de la comprensión de la liberación, permiten muchas interpretaciones. Sin querer entrar, por el momento, en ese meandro semántico del término evangelización, vamos a concentrarnos en el término «nueva».

En una primera e inmediata intelección, *nueva* se opone a *vieja*, antigua, anterior. Con ese término, de cierta manera se quiere marcar una ruptura con la evangelización que se venía haciendo hasta ahora.

Ante todo, debemos excluir unas falsas interpretaciones, que subrepticamente se pueden infiltrar. Este término *nueva*, no puede de ningún modo, tener la orgullosa pretensión de colocarse, con relación a la evangelización anterior como verdadera, en oposición a la ilegítima; la auténtica, en oposición a la falsa. Ni asumir para sí el monopolio de la verdad, como si ahora, nosotros, los hombres del siglo XX, descubriésemos lo que es evangelizar y por tanto todos los que nos antecedieron y vivieron en las tinieblas de la ignorancia.

En ciertos discursos, suenan infelizmente, esas notas. Toda *Nueva Evangelización* que signifique ruptura absoluta, negación frontal del largo proceso evangelizador que la Iglesia viene haciendo durante los dos milenios, incide en equívoco pretencioso.

Tampoco la *Nueva Evangelización* puede olvidar que el primer y principal evangelizador es Cristo, actuando por su Espíritu. Y Él está presente en todos los tiempos. En este sentido no hay ninguna *Nueva Evangelización*, pues toda evangelización es tan antigua como la presencia del Espíritu en el mundo.

En el momento actual, el término *Nueva Evangelización* parece

responder a dos perspectivas evangelizadoras que encuentran naturalmente su conjunto de razones y su justificación en momentos de la historia de la Iglesia.

La *Nueva Evangelización* pretende responder a las nuevas posibilidades evangelizadoras de que disponemos hoy. Es *nueva*, precisamente porque responde al nuevo contexto de desarrollo de la humanidad. Ahora bien, la tercera onda por la cual somos embaucados es la de los medios de comunicación social⁹. Por lo tanto, la evangelización de hoy debe usar todos los medios de comunicación, especialmente la televisión y para alcanzar el mundo entero, se debe recurrir a la comunicación por vía de los satélites. La empresa de la *Nueva Evangelización* consistirá, por tanto, en hacer llegar a toda la humanidad, el mensaje cristiano y católico, a través de todos los medios electrónicos de que disponemos. En ese sentido, se están organizando gigantescos programas con el auxilio de los satélites para que, en tiempo oportuno y más corto, se pueda alcanzar a más personas. Además, se puede usar todo el desarrollo de la psicología de masas, echando mano de los sugestivos recursos que tales medios poseen. Así como los intereses económicos desarrollaron altamente la técnica de la propaganda para obtener mayor lucro, al poder vender en mayor cantidad sus productos, así también las fuerzas evangelizadoras no deben avergonzarse de utilizar semejantes recursos para la difusión del Evangelio.

Denominaciones evangélicas de cuño pentecostal montaron una verdadera iglesia electrónica con una presencia vigorosa en el mundo entero¹⁰. La Iglesia Católica, así piensan los promotores de tal proyecto evangelizador, no puede quedarse atrás, en la era de la piedra tallada, cuando las sectas llenan los espacios con sus imágenes televisivas.

Tal modelo de evangelización es nuevo solamente en cuanto a la naturaleza de los recursos que emplea. Sin embargo, repite bajo otro aspecto el modelo tradicional tridentino. De hecho, ¿qué hizo la Iglesia Católica, y de cierto modo también la protestante, al encontrarse en el inicio de la edad moderna con las grandes masas que al salir de la Edad Media, eran todavía más paganas que cristianas? J. Delumeneau se entregó a la ardua tarea de transformar una religión popular de necesidades en una religión sobrenatural de salvación¹¹. En otros términos, el pueblo cultivaba una religión que sobre todo venía a resolver sus problemas básicos, sus necesidades fundamentales. Rezaba, hacía novenas, practicaba actos penitenciales para acabar pestes, obtener la lluvia en las sequías, detener las lluvias en los diluvios, curar enfermedades, prevenir desgracias, etc. Los heroicos misioneros populares de los siglos XVI y siguientes, a través de misiones populares, prédicas, catequesis organizada, práctica sacramental regular, etc., fueron transformando, poco a poco, esas masas populares en fieles practicantes, en personas que esperan una vida eterna y que por ella sacrifican todo.

En esa ingente empresa evangelizadora, esos hombres usaron los recursos eficaces de aquel tiempo: el poder económico, el poder político de los gobiernos, la misma ayuda de las fuerzas militares en casos extremos, la construcción del miedo, el impacto del testimonio, la eficacia organizativa de la parroquia, de las misiones, de

las actividades pastorales en general. Los grandes medios de comunicación eran la palabra predicada. Los púlpitos fueron ocupados por grandes y dramáticos oradores. No faltaron tampoco formas teatrales que contribuyeron a transmitir el mensaje evangélico. Ahora, en pleno siglo XX no tiene sentido usar la mayoría de esos recursos que se volvieron ineficaces. Pero disponemos de la gigantesca fuerza de la masa media (medios de comunicación). Y a ellos se debe

tratar de poner el acento en la eficacia y en el uso de los medios modernos y poderosos para evangelizar. Sin querer negarles ciertos valores, se cree fundamentalmente en la evangelización a través de los medios pobres. De cierta manera, se renuncia incluso a la preocupación de buscar y emplear esos medios. Algunas iglesias llevaron esta visión tan lejos que decidieron no aceptar más ayudas extranjeras de los países o regiones ricas, prefiriendo continuar sus tareas con los medios pobres de que disponen.

No sólo se hace una opción por los pobres, como sujetos principales y destinatarios de la evangelización, o como principales protagonistas de la misma, sino también por un espíritu de pobreza que incluye los medios y los recursos del trabajo apostólico.

Ese modelo apela, también, a la tradición de la Iglesia. Para eso se debe retroceder en el tiempo, pues la Iglesia del segundo milenio, con raíces en el tiempo de Constantino, prefirió el camino del uso de instrumentos institucionales poderosos.

La Iglesia de los primeros siglos, sobre todo la Iglesia de las Catacumbas, tuvo que vivir situaciones de extrema dificultad y pobreza. No podía contar con los recursos del Estado ni de las élites, que en general, hacían parte de ella. Y a pesar de esto, desempeñó un maravilloso trabajo misionero. Es creyendo en tal hazaña misionera, que esta visión evangelizadora se muestra crítica con relación a la anterior e invierte energías en las comunidades de base, en los cír-



recurrir, como los evangelizadores post-tridentinos lo hicieron en su tiempo.

Con el respaldo de la tradición de la Iglesia y con una lectura positiva de los bienes humanos, los promotores de la *Nueva Evangelización*, se entregan de cuerpo entero a esa tarea, usando el portentoso poder actual de los medios de comunicación.

En otro sentido bien diferente, aparece otra tendencia respecto a la *Nueva Evangelización*. Ya no se

culos bíblicos en una literatura teológica de folletos, etc.

Se cuenta que cierta vez en una de las tribus de Africa, estaba un joven africano contemplando el barullo de los misioneros europeos al construir un edificio para el centro misionero. Volviéndose hacia el misionero, el joven le preguntó para qué era tal construcción. Este respondió lacónicamente, diciendo que era para evangelizarlos. Entonces replica el africano: «Aquí, en el Africa, para evangelizar basta con la sombra de un árbol».

Este segundo modelo cree en la eficacia de la evangelización hecha a la sombra de un árbol, mientras que el otro acentúa más en el poder del «centro misionero». Ambos son *Nueva Evangelización*. Nueva la evangelización electrónica porque tales medios son más que nuevos. Nueva la evangelización por medios pobres, porque ya hace mucho tiempo que la habíamos dejado de lado.

SENTIDO PROFUNDO DE LOS MOVIMIENTOS UTOPICOS Y EVANGELIZADORES

Enfrentémonos con esa doble realidad relacionada con la utopía y la evangelización. De un lado hay un silencio mortal sobre toda utopía; de otro, despuntan utopías, ya en el mundo de los ricos, ya en el de los pobres. De un lado hay un inmenso proyecto evangelizador, con todos los recursos de la técnica moderna; de otro lado, germinan en las bases de las iglesias pobres, las simientes de una evangelización de los y por los pobres con medios pobres.

Esas tendencias no están ahí por puro azar, sino que reflejan dimensiones profundas de la realidad humana y de la situación en el mundo. La utopía o la falta de utopía responde a los deseos profundos del ser humano de querer realizarse. Habitan el corazón humano ansias de plenitud. En cuanto esos deseos y ansias están activados, el ser humano se con-

vierte en una fábrica de utopías. Aunque tengan una base ontológica, esos deseos pueden ser soterrados por sedimentos de realidad. En un caso, lo real que los sofoca es la situación de saciedad. Un psicoanalista lacaniano recuerda de qué forma la carencia, el agujero, excita el deseo¹². Y el deseo, a su vez, genera utopía. Pero cuando ya no hay carencia y todos los agujeros están tapados con relación al futuro, el sujeto queda aterrado con todo el peso de su existir en el puro presente. No nace la utopía.

La dimensión de la utopía se hace presente sobre todo en los momentos de experiencia y en la sensibilidad por la carencia, por la falta. Solamente los grupos sociales sensibles a la carencia material o espiritual se vuelven capaces de crear o de lanzarse a una utopía. Ahora bien, en el fondo, nuestra carencia radical es la de ser criatura. Por eso, la condición generadora de la utopía depende de la conciencia y de la aceptación real de la condición de criatura. En la medida en que el hombre moderno hace primero la experiencia de creador de la realidad, de demiurgo maravilloso de la naturaleza por su capacidad tecnológica, se cierra a las utopías. Pero, contrariamente, aún inmerso en esa gigantesca odisea tecnológica, él puede percibir su pequeñez, el lado de la falta, como tantos grandes científicos o como miembros del movimiento ecológico; ahí sí está en condición de situarse frente a las utopías.

Las dos tendencias evangelizadoras corresponden también a dimensiones profundas del ser humano. La evangelización por la vía de la eficacia moderna responde a un profundo deseo humano de dominio sobre la realidad y de disponer de la misma. Así, la evangelización aparece como un desafío a su capacidad creadora. Provocado por la realidad, reacciona a escala grandiosa, poniendo al servicio de la evangelización toda su capacidad creadora. Y ella encuentra en

el mundo de la electrónica su expresión acabada. Tal actitud no implica necesariamente una confianza pelagiana, sólo en las fuerzas de la naturaleza. Puede estar aliada a una humilde confianza en la gracia, pero implica, eso sí, una conciencia del alcance eficaz de tales medios y del poder. Por eso, sería injusto reducir esta tendencia evangelizadora a una actitud condenada por San Pablo, de confianza en las obras y no en la gracia y tampoco significa orgullo humano que cree en su omnipotencia. Denota sí una relación típica con el poder en la evangelización.

De hecho, está en juego una difícil cuestión sobre la posibilidad de evangelizar usando el poder. J. Delmeneau, en sus brillantes estudios sobre el período post-tridentino, parece inclinarse a decir que la evangelización, usando las estructuras del poder económico, político y cultural, además de la fuerza psicológica del miedo, terminó en el fracaso y por eso piensa que ese camino no es aconsejable¹³. Los proyectos de cierta nueva evangelización intentan repetir de nuevo esta hazaña, creyendo que con el uso de los medios de comunicación social no se incurrirá en las consecuencias negativas del cuadro evangelizador anterior. Y tampoco están muy convencidos de que la evangelización post-tridentina haya sido un fracaso, pues dejó huellas muy profundas en la cultura occidental y en los países colonizados.

La evangelización por la vía de los medios pobres se apoya en dos bases. Una, de *naturaleza sociológica*, valora el fenómeno de la irrupción de los pobres, de las masas populares, como extremadamente significativo para el presente y el futuro de la Iglesia. Una evangelización que se aproxime a ellos con los medios propios de esa cultura podrá garantizar una presencia importante de la Iglesia en el próximo milenio. Las estadísticas están por mostrar que el mayor contingente católico del siglo XXI se situará en los actuales pueblos

Los pobres de América Latina y una verdadera evangelización en ese universo de los pobres se hará con mayor eficiencia y profundidad a través de pequeños medios y de la penetración osmótica y no tanto por un descendimiento triunfal de las estrellas de mensajes electrónicos.

La otra, de base teológica, se fundamente en una lectura de la práctica y del mensaje de Jesús. El parece indicar los caminos de la pobreza como los más adecuados para comunicar su persona y su mensaje. Esos caminos tienen más sintonía con el significado fundamental del cristianismo.

Por eso, la opción por una evangelización pobre de los pobres tiene un lado político y otro teológico. Implica una lectura sociológica y teológica de la realidad actual de la existencia de esas gigantescas masas pobres.

PRESENCIA UTOPICA Y EVANGELIZADORA DE LOS RELIGIOSOS EN LA ACTUAL SITUACION

Frente a dicho cuadro, se pregunta entonces por la presencia de los religiosos. Estamos trabajando con dos vertientes simultáneamente. La vertiente utópica y la vertiente evangelizadora. Al final se verá la relación entre ellas.

La Vida Religiosa, por definición, tiene afinidad, tanto con el mundo de la utopía, como con el mundo de la evangelización por los medios pobres. Por eso, ella se sitúa mucho más en la vertiente utópica que en la afirmación de su muerte y más en la evangelización de los pobres que en el embelesamiento por los grandes medios electrónicos del proyecto de la Nueva Evangelización.

De hecho, observa el profesor de la Universidad de Bochum, F. Seibt, que los orígenes de las utopías europeas, de cierta manera están inspiradas, entre otros factores, por el monaquismo de Occidente

con su orden de vida rigurosamente planificada para una comunidad de miembros iguales entre sí y que está dirigida, produce y consume según los criterios comunistas. Este monaquismo no es una utopía en sí mismo, sino que constituye un poderoso modelo para lo utópico¹⁴. Tal vez podamos ampliar tal reflexión a un nivel estructural, afirmando que la Vida Religiosa, como proyecto de vida, participa de sueños utópicos y es su fuente. En el horizonte de la Vida Religiosa está aquel germen utópico de los Hechos de los Apóstoles, que describen de manera idealizada la vida de los primeros cristianos, que tenían un sólo corazón y una sola alma, donde no había ningún necesitado y los bienes eran repartidos entre todos, según su necesidad (Hch 4,32-35).

Con respecto a la Nueva Evangelización, la Vida Religiosa se afina mucho más por su tradición de proximidad con los pobres y de amor a la pobreza con una Nueva Evangelización de los pobres, por los pobres y con medios pobres. Evidentemente, con el transcurrir del tiempo, ciertas maneras concretas de realización de la Vida Religiosa se apartaron de los pobres y se dejaron seducir por los medios ricos y poderosos. Pero si se procura ir a las fuentes de los fundadores de prácticamente todas las formas de Vida Religiosa conocidas, encontramos la doble preocupación por los pobres y por la pobreza de sus miembros. San Ignacio de Loyola llama a la pobreza «muro de la Vida Religiosa», que al demoler le traerá ruinas.

Esos mismos fundadores, con su ejemplo, iniciaron, con los me-



CEDEÑO BARRETO - COL 89

los más sencillas y pobres, obras gigantescas que hoy están todavía. Y con esos medios tuvieron eficacia. En ese sentido, la Vida Religiosa muestra sus preferencias por presencia histórica que alimenta en los hombres esperanzas de un futuro mejor dentro de la historia humana (utopía) y más allá de ella (escatología). Ahora bien, la escatología se deja iniciar y mediatizar por la utopía. Lo utópico parte de la realidad y se declara en lucha con ella, empujando por la creencia de la posibilidad de un futuro mejor. La fuerza evangelizadora también se alimenta de esa doble experiencia, solamente que las percibe en un nivel de mayor profundidad. Esta pobreza del presente arranca, no sólo de la condición de criatura del hombre, sino también de su condición de pecador. La evangelización es querer presentarle un futuro de salvación que se funda en una acción libre, gratuita, misericordiosa de Dios que se aproxima al hombre en su aceptación dentro de la historia por parte del hombre. Este se empeña en construir, ya en la historia, una realidad mejor (utopía), como anticipación y ensayo de una vida plena futura (originalidad de la evangelización cristiana).

El suceso de la *Nueva Evangelización* está ligado al despertar del sentido utópico. Una sociedad sin utopía tampoco se interesa por la evangelización. Toda evangelización tiene rasgos utópicos. Si recordamos la maravillosa odisea evangelizadora de los siglos XVI y siguientes, no podemos dejar de descubrir en aquellos hombres el gran sueño utópico de alargar las fronteras de la cristiandad, de la Iglesia, de Dios. A la utopía de transformar toda la tierra en una gigantesca Iglesia se unía la utopía espiritual de llevar a la salvación eterna a esas personas.

Con la muerte de las utopías, también la ambición misionera decae, se desvanece, fenecce. A su vez, la pérdida del dinamismo

de la utopía refuerza el sentimiento de muerte de las utopías.

Si en el momento actual despuntan nuevas utopías, también se abre a la Iglesia el espacio para una *Nueva Evangelización*. Le toca aprender de la historia, cuál es el mejor medio de sacar adelante el Evangelio. Frente a procesos evangelizadores grandiosos, al frente de los cuales, por ironía se encuentran religiosos. El religioso cuyo carisma lo aproxima a los pobres y lo hace apreciar los medios pobres, es urgido a formar posición crítica y por el contrario se siente mucho más afinado con una evangelización de los medios pobres en medio de los pobres, de la cual ellos se hacen verdaderos protagonistas.

Utopía y evangelización tienen muchos más lazos entre sí de lo que a primera vista puede parecer. Ambas se alimentan de una crítica del presente, ya sea por falta de condiciones satisfactoriamente humanas y justas (utopía), ya sea por la ausencia de valores cristianos (evangelización). Y en la práctica, muchas de esas condiciones utópicamente deseadas, responden objetivamente a los llamados evangélicos, a su universo axiológico. Si de un lado la utopía insiste en la empresa y tarea humana, la evangelización tampoco la olvida, sino que recuerda siempre la presencia de Dios, ya sea despertando el corazón humano a los valores cristianos, o dándole fuerza para realizarlos en la historia. En aquello que parece simplemente una empresa humana, la evangelización recuerda, con justa razón, la presencia de la gracia.

En la dimensión creativa, utopía y evangelización se encuentran todavía más. Por más intra-terrena que sea la perspectiva de la utopía, se ve atravesada por una fuerza que la impulsa siempre hacia adelante. La evangelización viene a dar nombre, inteligibilidad a tal impulso, al abrir al ser humano las dimensiones de la esperanza tras-

cendente con creaciones humanas históricas.

La versión de la *Nueva Evangelización* en los moldes de la pobreza, responde más a las utopías de los pobres. Y otra tendencia, a su vez, habla más a las utopías de las clases satisfechas de los bienes materiales, más intranquilas con el futuro, ya por exceso de materialismo -utopías espiritualistas- ya por el ímpetu devastador de la técnica -utopía ecológica-.

El religioso de América Latina está llamado a mantener inflamada la utopía de los pobres, como también a dejarse impulsar por una *Nueva Evangelización* de los pobres, por los pobres y con medios pobres.

NOTAS

1. Juan Pablo II, AAs (75, 1983) pp. 771, 779.
2. CELAM *La Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz de Medellín*. Ed. Vozes, Petrópolis 1970, p. 39.
3. H. Marcuse, *El fin de la Utopía*, trad. Brasileña. Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1969.
4. CELAM, *oc. pp.* 41-42.
5. H. Küng, *Ewges Leben* R. Piper Verlag, München/Zürich, 1982, pp. 237 s.
6. A. R. Guimarães, *Comunidades de Base en Brasil: Una nueva manera de ser Iglesia*. Ed. Vozes, Petrópolis 1978, pp. 51 ss.
7. C. Boff - L. Boff, *De Liberación. El sentido teológico de las liberaciones socio-históricas*, Ed. Vozes, Petrópolis 1982.
8. Paulo VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*, n. 9.
9. A. Toffler, *La tercera Onda*, Trad. Brasileña, Record, Rio 1980, p. 23.
10. H. Assmann, *La Iglesia electrónica y su impacto en América Latina, Convite a un estudio*. Vozes, Petrópolis 1986.
11. E. Masca Renhas, «Mi generación y Dios», en: J.C. Moura, Org. Helio Pellegrino, A-Deux, *Textos e depoimentos*, Ed. Vozes, Petrópolis 1988, pp. 23 ss.
12. J. Delumeneau, *Le Christianisme, va-t-il mourir?* Hachette, Paris, 1977.
13. F. Seibt, «La utopía como juego mental de los humanistas y como programa político», en: *Utopía hoy, Ciclos de Conferencias Instituto Fe y Secularidad/Instituto Alemán de Cultura*, Madrid 1986, p. 11.

CRITERIOS DE LA NUEVA EVANGELIZACION

Pedro Trigo
Teólogo Peruano

Nosotros ya no damos siquiera la décima parte de nuestro patrimonio, siendo así que el Señor nos ha mandado venderlo todo. Al contrario, hacemos todo lo posible por aumentarlo.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO,
«De Unitate Ecclesiae» 26,
año 358.

Ah, Constantino, de qué males fue madre, no tu conversión sino aquella dote que recibió de ti el primer Papa que fue rico.

DANTE ELIGHIERI, «La Divina Comedia' Infierno, IX 100-107.

¿QUE ES EVANGELIZACION?

La evangelización no es ninguna moda sino la única razón de ser de la Iglesia que se constituye evangelizando y se disgrega y corrompe cuando deja de hacerlo.

Juan Pablo II emplazó a la Iglesia latinoamericana a que dedicara todas sus energías a la tarea impostergerable de la nueva evangelización (N.E.). Se trataría nada menos que de una segunda evangelización, que por una parte empatara con las semillas de los primeros evangelizadores (los Fundadores de la Iglesia latinoamericana) y por otra respondiera a la novedad de esta época.

El Papa se hacía eco, respaldaba y relanzaba lo que venía siendo la preocupación y el objetivo de los elementos más dinámicos de la Iglesia latinoamericana. Recordemos que ya la Conferencia de Puebla (1979) llevaba por lema: «La

evangelización en el presente y futuro de América Latina».

Pero ¿qué es evangelización? Textualmente significa buen anuncio. Los cristianos comunicamos el buen anuncio que Jesús hizo presente: Dios viene a ejercer su soberanía sobre nosotros, a «reinar» sobre nosotros. Juan también anunciaba la inminencia del reinado de Dios. El lo concebía como un acto de juicio implacable; la bondad de Dios consistía en enviarlo a él a avisar para que no les tomara de sorpresa y tuvieran ocasión de prepararse. Pero para Jesús Dios no venía a juzgar: amó tanto al mundo que lo envió a él para que el mundo fuera salvo por él. El buen anuncio de Juan consistía en que Dios no venía a juzgar a los pecadores sino a hacerlos justos. En vez de juzgarnos nos hacía gracia. No sólo la gracia de perdonarnos sino la gracia de aliarse para siempre con nosotros. En Jesús, Dios se compromete con nosotros, echa la suerte con nosotros, se hace uno de nosotros. El objetivo de esta solidaridad es ante todo salvar lo que estaba perdido, es decir liberarnos y fomentar la vida; pero a fin de cuentas Jesús entra en la familia humana para que nosotros entráramos en su propia familia; y así Jesús, el Hijo único de Dios, se convertía en Primogénito de muchos hermanos de Dios, en Padre nuestro. Nuestro creador y Señor, en Jesús, se hacía nuestro papá.

Pero este plan de Dios no se proclama como un decreto inapelable que se impone sino, de acuerdo a su contenido, es una propuesta buenísima, inaudita, pero respetuosa, que Dios nos hace. Como le hizo a María. Ella aceptó y recibió, al Dar fe a Dios, la gracia que fue el propio Jesús. No de otro modo se nos hace a cada uno: Dios propone y el hombre dispone. Dios no tiene un sí y un no. Jesús es el sí de Dios entregado a la humanidad de una vez por todas en una alianza eterna; pero está en nosotros el aceptarlo, de nuestra libertad depende el recibirlo.

Esta propuesta no es meramente una propuesta verbal: Jesús hizo presente este hermoso anuncio con su presencia. La palabra de Dios era él en persona. Esta propuesta se realizaba en su vida. Proponía lo que ya acontecía en él. La gracia de Dios que él era se desgranaba ante todo en los encuentros: Recibía incondicionalmente, sin urgir en el pasado, aceptaba sin ninguna discriminación esperanzado, perdonado, lleno de paz, habilitado para comunicar esa alegría, esa luz y esa vida recibidas. Esa práctica de Jesús es la que proclaman las parábolas del Reino que lo concebían como una semilla pequeña que silenciosamente se deposita en cada corazón y que, si no es arrancada o sofocada, tiene poder soberano para germinar y dar fruto de vida perdurable.

La figura histórica de Jesús significaba ese designio de no imponerse: Jesús vino como pobre, para darnos, no de lo que le sobraba sino de sí, y así dando de su pobreza, manifestar que dar es entregarse; un acto de amor misericordioso. La pobreza de Jesús materializa su calidad de don. Eso es lo que expresan las bienaventuranzas, esas sentencias de Jesús traspasadas por la paradoja, pero en definitiva bendiciones de Dios.

Pero los jefes no aceptaron la propuesta de Jesús. Más aún, no se contentaron con desautorizarlo y demonizarlo; excomulgaron a los que se adherían a él. Ellos no entraban y cerraban la puerta al pueblo. Jesús mantuvo su propuesta de gracia. Pero tuvo que desmascararlos ante el pueblo. La opresión se enmascaraba con una ideología religioso-patriótica. Era una situación de pecado que sojuzgaba al pueblo y llegaba a desquiciarlo por dentro. Por eso, ante la realidad del mal imperante, el anuncio de gracia se hizo necesariamente liberador. Pero sin variar de métodos: su autoridad no incluía el poder de matar. Se le había dado toda autoridad en el cielo y sobre la tierra, así Jesús reveló que



el poder de matar no es un poder divino. Reveló que definitivamente Dios era el Creador y la soberanía de Dios consistía en llevar a su término no la creación que había acontecido en Jesús y con miras a él, para que él fuera no sólo el Primogénito de la humanidad sino de todo lo creado. Matar es descrear. El había venido para que tuviéramos vida y nuestra vida abundara, tanto que llegara a ser la del mismo Hijo de Dios.

Es verdad que los jefes lo asesinaron. Pero Dios lo resucitó y así conformó la pretensión de Jesús y relanzó su propuesta. Dios en definitiva había resultado buena nueva para Jesús, luego la buena nueva que proponía Jesús era de Dios. Esa buena nueva había sido rechazada por los jefes, pero la resurrección significaba no el desquite de

Jesús sino la perpetuación de su propuesta: siempre habrá seres humanos que la propongan realicen y siempre Dios la acabará confirmando como lo hizo con Jesús. Esta, decíamos al comenzar, es la razón de ser de la Iglesia. Para habilitarnos como evangelizadores Jesús y el Padre nos entregaron su Espíritu. El nos libra de la esclavitud de la letra, de la imitación mecánica y nos abre a la fidelidad creativa. Se trata de establecer, con obras y palabras, la siguiente correlación: Jesús es a su tiempo como nosotros al nuestro. Así pues, como nuestro tiempo no es sin más el de Jesús, para mantener la ecuación tenemos que inventar la expresión que corresponda a la suya. Así al evangelizar, inventamos, nos realizamos nosotros como salvados. Para ayudarnos a forjar nuestra expresión está la Tra-

dicción, las distintas figuras de fidelidad a lo largo de la historia.

Y así llegamos a nuestro tiempo, que requiere una nueva evangelización. ¿Por qué? ¿Cuáles serían sus rasgos?

¿POR QUE UNA NUEVA EVANGELIZACION

La N.E. viene exigida ante todo por el nacimiento de una nueva época: la época de la historia universal, que en A.L. coincide con la hora de los pueblos. Hoy la historia es una porque los contactos entre Estados y culturas han cobrado tal intensidad, estabilidad y grado de incidencia mutua que constituye un ámbito unificado. El mundo de las computadoras, la ingeniería genética, las redes comunicacionales, el capital trasnacional liderizado por el capital financiero, la industria de armamentos, la creciente conciencia de unidad de dignidad y destino, la lenta constitución de ordenamientos planetarios, la afirmación del policentrismo que se abre paso por debajo de la uniformidad arrasante... son algunas características de esta época nueva. En A.L. Esta novedad coincide con otra: el despertar de los pueblos que pugnan por constituirse en sujeto histórico y no en meros destinatarios de la acción de los criollos que como sujetos han dominado hasta hoy la historia republicana. Es fácil ver todo lo que se derrumba y también la confusión y las contradicciones; pero la pregunta fundamental es: ¿por dónde pasa Dios en esta historia? Del caos inocultable ¿se está levantando una nueva creación?

Pero si hablamos de nueva época es porque en la figura histórica vigente no hay posibilidad de vida digna para el pueblo ni para los opresores que rompieron la solidaridad para obtener y estabilizar privilegios injustos, porque el orden establecido no puede desarrollar ni institucionalizar los gérmenes más creativos que germinan de nuestra cultura. Dicho cristiana-

mente se precisa una N.E. porque vivimos en una situación de pecado. Las instituciones y estructuras en vez de evangelizar incitan al pecado, deshumanizan. Lo que hay de cristiano en las raíces latinoamericanas no puede expresarse en el orden establecido. Se impone, pues, una N.E. y desde un nuevo lugar social, ya que no cabe anunciar ninguna alternativa salvadora desde la identificación con las actuales estructuras.

Las razones aducidas indican también los rasgos que deberá tener esta N.E. Tratemos de sistematizarlos. Advertimos de antemano que el sujeto de la evangelización no puede ser una persona ni un grupito y su radio de acción no se puede restringir a una región y ni siquiera a una generación. Así pues lo que diremos a continuación no está para que se compare con lo que hace un párroco, una asociación apostólica, una congregación religiosa o una diócesis, ni tampoco con un plan para un año o para diez años. Se trata de algo mucho más global: de ahí el carácter integral de lo que proponemos. En un lapso de tiempo medio o en un espacio geográfico reducido, o en un grupo o más de agentes pastorales se harán patentes con fuerza algunos más en la penumbra. En esos casos no se pide que se dé cada uno de los criterios sino que no haya criterios contradictorios, aunque no se desarrolle cada uno. Eso en el caso de que la propuesta parezca convincente. Por eso para que pueda estudiarse desarmadamente, con naturalidad, la proponemos desnudamente sin apoyarnos en citas del Concilio, de los papas, de Medellín y Puebla o de nuestro Episcopado. Podíamos haberlo hecho. Pero así como va nos parecía cumplir mejor con el objetivo propuesto de dar que pensar.

Un primer lote de criterios son de carácter estructural, otro segundo mira más bien a su condición histórica y el tercero se centra en contenidos nucleares.

CRITERIOS ESTRUCTURALES DE LA N.E.

1. *Que se proponga decir algo concreto a un destinatario concreto.* Se trata de rescatar el carácter de anuncio que es inherente al cristianismo. Parece tan obvio que podría darse por supuesto. Pero si la dimensión evangelizadora no debe estar ausente en ninguna manifestación eclesial, basta con que repasemos los materiales más cotidianos para percatarnos que muchos no dicen nada, es decir que no se proponen decir algo concreto o personas concretas. Más aún no es ocioso preguntar si el agente pastoral vive su cristianismo como evangelio. Sólo cabe evangelizar desde la recepción de una nueva buena: se comunica el tesoro descubierta. Si no se ha descubierto nada o si se rutiniza lo que un día fue captado como tesoro sólo cabe el proselitismo: introducir a un cuerpo social y proponer unas señas de identidad, una ideología y unos perceptos. Pero evangelizar no es un operativo o una campaña para no quedarnos solos o para hacer frente a la competencia. Evangelizar es proclamar un acontecimiento trascendental que ha irrumpido en uno. Evangelizar es testimoniar. Igual que un curado comunica su remedio a otro doliente o un afortunado jugador de terminales comunica a otro jugador cómo hace para dar con el número. ¿Cuál es el hallazgo de nuestra vida? ¿Tenemos algo valioso que comunicar? ¿Somos tan sólo funcionarios cansinos de dogmas y disciplinas? Algo concreto no es la cartilla completa; habrá muchas cosas que no vengan al caso, algo concreto, particular, pero en ello reluce la trascendencia y logra el contacto que trae la salvación.

2. *Mensaje situado, dirigido no a individuos desligados sino a personas, constituidas como tales por las relaciones que entablan, por aquellas anteriores en las que están implicadas y por la red compleja de relaciones que componen*

su situación. Si el contenido del mensaje es que Dios, que es comunidad, nos llama a formar comunidad, para entrar en su comunidad, es obvio que el mensaje no se dirija al individuo en su individualidad delicada ni tampoco a las estructuras anónimas ni al cuerpo social como tal sino a las personas, que son tales por su relationalidad. Se podrá proclamar en un templo nacional, en el Areópago de Atenas, en la orilla de un río, en una conversación de sobremesa o en las calles de una ciudad... en todo caso el evangelio es un asunto público, por principio concierne a todos, no es una propuesta elitista o sectaria. Ni siquiera tiene que ver con cada quien sino con todos, es decir con los diversos conjuntos que componen la situación. Si Jesús no hubiera conocido las expectativas de su pueblo ¿cómo hubiera discernido en ellas la voluntad de Dios? El discurso programático de Nazaret que define su mesianismo que da a los enviados de Juan son ejemplos elocuentes de lo que venimos diciendo: de entre las muchas y en parte irreconciliables expectativas, Jesús retoma particularmente unas promesas, pero rechaza aquellas otras ligadas al mesianismo davídico que pasa por lo político-militar. Por eso concluye: «dichoso quien no se escandaliza de mí». Situado no significa sometido a la situación, al orden establecido; pero sí a partir de lo que hay en ella como necesidades y aspiraciones, rastreando en ella el paso trastornador, aunque salvador de Dios.

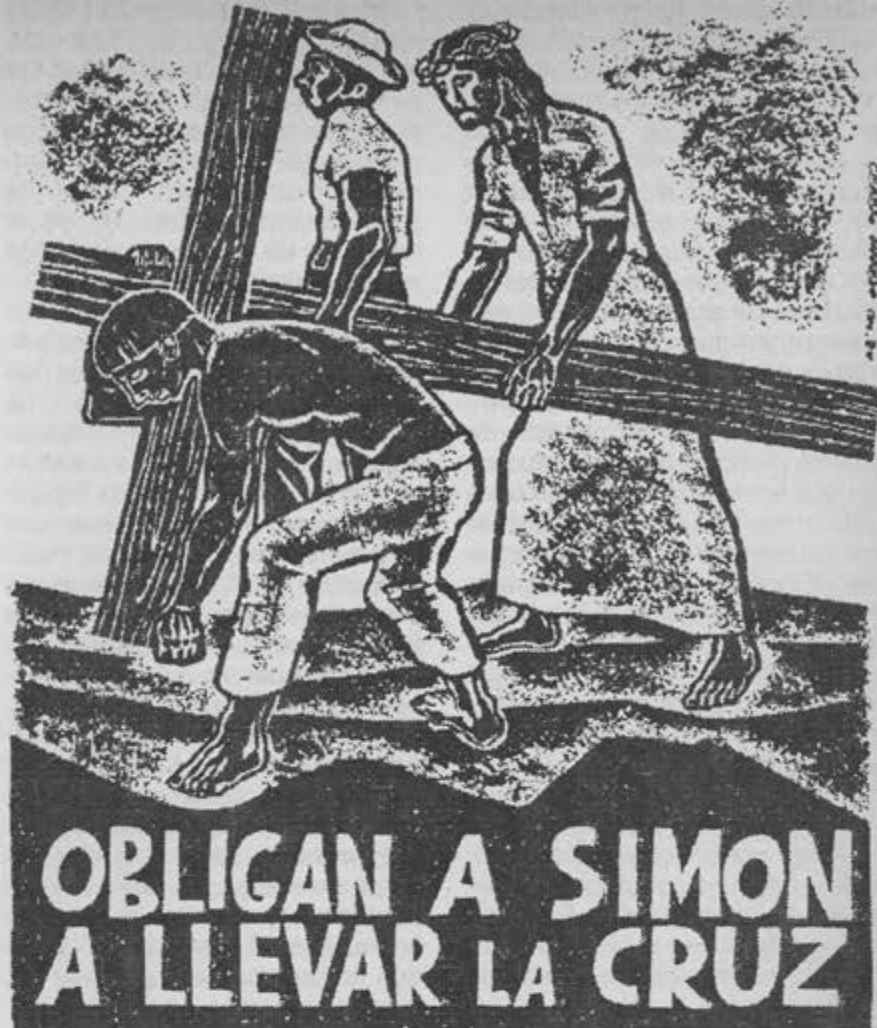
3. *Método inductivo, partiendo de esa realidad.* Es consecuencia de lo anterior. Ya lo decían los Padres de la Iglesia: lo que no es asumido no es salvado. Ya asumir es buena nueva: hacerse cargo de una situación, cargar con un problema es un acto de solidaridad, un don que personaliza a quien lo recibe, que lo abre, aunque la situación parezca sin salida. No podemos proclamar la encarnación del Hijo de Dios en nuestra historia sino encarándonos en la que nos

...del
...es co-
...ar co-
...comu-
...aje no
...ndivi-
...o a las
...uerpo
...erso-
...elacio-
...en un
...pago
...rio, en
...esa o
...en to-
...sunto
...erne a
...elitista
...ue ver
...os, es
...juntos
...Si Je-
...as ex-
...no hu-
...as la
...o pro-
...define
...envia-
...s elo-
...dicien-
...parte
...lesús
...pro-
...quellas
...dávíd-
...militar.
...quien
...ituado
...sua-
...pero sí
...como
...s, ras-
...storna-
...s.

...tiendo
...uencia
...os Pa-
...es asu-
...mir es
...go de
...n pro-
...aridad,
...uien lo
...e la si-
...No po-
...nación
...historia
...ue nos

...toca vivir. Así nuestra palabra so-
...bre el compromiso de Dios con no-
...sotros será interior al aconteci-
...miento que proclama y de este
...modo hace presente lo que procla-
...ma. Esa es la primera parte de la
...inducción: conducirlo a uno den-
...tro, en este caso dentro de la situa-
...ción y los problemas de las perso-
...nas que han de ser evangelizadas.
...Pero la segunda parte del método
...consiste en extraer de ahí un senti-
...do, una esperanza. Extraer sentido
...no es un acto de prestidigitación
...intelectual. Es decir, la verdad de
...esa situación: lo que hay en ella de
...muerte y de vida; es mostrar el ca-
...mino desde ella hacia la plenitud
...de vida. Pero la única luz que co-
...noce el cristiano es la luz de la vi-
...da, es decir que sólo se ve a medi-
...da que se camina, sólo se saca
...evangelio a medida que se mete
...uno en las tinieblas sostenido por
...la fe y animado por la misericordia.
...Por eso la N.E. es sobre todo teo-
...ría, es decir comprensión adecua-
...da de una práctica pastoral, de la
...práctica pastoral en nuestro caso
...de la Iglesia latinoamericana que
...va comprometiéndose de un modo
...u otro con el pueblo creyente y
...oprimido con miras a su liberación
...integral, que será también la nues-
...tra. Esta práctica espiritual revela
...un horizonte inalcanzable y abre la
...Biblia y vuelve elocuente la Tradi-
...ción eclesial.

4. *No puntual sino orgánica, componiendo una secuencia, formando una figura estructurada.* La praxis evangelizadora va logrando desentrañar la figura real que a los ojos de Dios tiene una situación. Más aún, como acto de discernimiento espiritual que es, la evangelización desentraña una figura histórica definiéndola. Es en este sentido una verdadera creación. Así Jesús discierne que el reino de Dios no viene mediante un mesianismo davídico sino como una semilla. Y ante el rechazo sólo cabe la entrega, el sufrimiento solidario de Dios y su resurrección para nuestra salvación. En cada situación histórica el evangelio de Jesús, que es único, compone una figura diversa, aunque en el fondo



OBLIGAN A SIMON A LLEVAR LA CRUZ

sea la misma. No podemos mutilar nada del evangelio, pero la totalidad concreta y viva no se presenta de un modo arqueológico sino en la figura que compone el evangelio en cada época histórica y en cada cultura. Por ejemplo, Ireneo pudo sintetizar así: «La gloria de Dios es que el ser humano viva, pero la vida del ser humano es el conocimiento de Dios», es decir su relación íntima con él; para Ireneo este designio unitario se realiza lentamente a través de una historia progresivamente transida del Espíritu y se realiza en Jesús en quien se recapitulan todas las cosas. Pues bien, desde nuestra situación latinoamericana Mons. Romero glosó así a Ireneo en un discurso memorable: «La gloria de Dios es que el pobre viva». He aquí una figura concreta de evangelización en la que cabe orgánicamente estructurada la fe de la Iglesia.

5. *Integral, en el sentido de que debe incluir los diversos aspectos de la realidad: sociales, económicos, políticos, psicológicos, ideológicos, simbólicos, religiosos...* La buena nueva de Dios en Jesús es religiosa en cuanto que procede de Dios y propone nuestra participación, en Jesús, de la misma comunidad de Dios. Pero a quien se dirige es a la persona humana en su globalidad tal como históricamente existe, con sus diversos aspectos. Naturalmente que el evangelio respeta la autonomía de cada una de estas esferas humanas. Autonomía, pero responsable. La buena noticia de Dios acontece en Jesús, Palabra de Vida que pide la respuesta humana de los diversos niveles en los que éste se expresa. Cuando la persona libremente responde esa actividad se colma de sentido (que no es lo mismo que de éxito). Así pues no hay ningún

aspecto humano que no tenga que recibir el evangelio, pero aceptar el evangelio no sólo no impide su libre desenvolvimiento sino que exige eficacia. Eso no significa que desde el punto de vista de quien se entrega a un nivel de la realidad abolutizándolo, haciendo de él un ídolo, no perciba el evangelio como mala nueva, como intromisión indebida. De ahí el afán de los dirigentes para que el cristianismo se atenga a lo dogmático, a lo devocional y a la prédica moral abstracta restringida a la proposición de valores. Aunque hay que reconocer que también la institución eclesíástica ha caído en el peligro de entrometerse al proponer determinadas teorías o hipótesis, o sistemas organizacionales como si fueran sagrados en vez de referirse únicamente a la relación de cada nivel con la constitución y el destino humanos tal como Dios los ha revelado en Jesús.

6. *Comprende y se expresa de un modo comunitario, masivo e individual.* Es una consecuencia particular de la integralidad. Es cierto que la cristiandad privilegió lo ambiental, los movimientos dirigidos desde arriba y la atención individual. Por eso la N.E. ha insistido con razón en lo comunitario, no sólo como la célula germinal de la Iglesia (la comunidad histórica de Jesús; la Iglesia doméstica que es la comunidad familiar; y la comunidad religiosa como signo) sino como la figura que reviste la realidad divina revelada: la comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a la que en Jesús somos destinados. Todo esto ha podido reconocerse mejor a partir del surgimiento de tantas formas comunitarias, entre las que Medellín y Puebla destacan las CEB's. Sin embargo, la comunidad, mediación personalizadora por excelencia, no globaliza al ser humano. Este se expresa también como persona en el cuerpo social. No podemos resignarnos a que lo masivo quede confinado en lo popular tradicional o en la forma degradada del consumo-espectáculo del mundo moderno.

La evangelización es así paso de masa inorgánica a pueblo articulado. Esa es la tarea del pueblo de Dios en los pueblos. Pero la contribución de la persona en la comunidad y en el pueblo no podrá realizarse cabalmente sin la constitución del sujeto; de ahí la relevancia de atender también los aspectos individuales.

7. *Abierta, sin una secuencia fija:* las figuras que compone se ven superadas constantemente. La evangelización es un proceso abierto. Después de haber insistido en que la evangelización es orgánica e integral, hay que recalcar que es ante todo acto. Se nos ha dado el Espíritu para que ni Jesús se convierta en una figura histórica confinada al pasado, cerrada ya y custodiada por los que, al interpretarlo autoritariamente, lo dominan. Así sucedió con la Torá respecto del A.T. Dios habla hoy. El cristianismo no es, pues, pura glosa o aplicación de lo que se dijo de una vez por todas. La palabra de Dios no es un código sino un ser vivo, actuante hoy y más aún: nuestro futuro. Naturalmente que el Jesús que nos acompaña y el Jesús hacia el que vamos no es otro que Jesús de Nazaret. Pero la buena nueva consiste en que no sólo su causa sino también su vida prosigue. Que está en Dios no significa que está cristalizada de una vez por todas sino por el contrario que es ya puro espíritu: libertad, vida, actualidad, futuro. Por esta razón el acto de evangelizar no es un acto que domine el evangelizador y sólo acontezca para el evangelizado. Al ser acontecimiento para ambos, transforma en hipótesis el esquema inicial que, en el proceso abierto que es el acto de evangelizar, puede confirmarse o completarse, o transformarse y probablemente acontece todo eso a la vez a diversos niveles.

8. *Pastoral, es decir orientado a la salvación y la vida.* Por eso es buena noticia. No es una doctrina y una disciplina que están ahí y el que quiere la toma y el que no la

deja, y quien pueda comprenderla que la entienda y el que no, peor para él. Si se trata de un proceso completamente orientado a la salvación, la asimilabilidad será el criterio que determina qué hay que decir y cómo. Eso no significa que uno mutile el evangelio sino que queremos mantener a toda costa la condición de buena nueva que le es inherente. Juan XXIII no fue ningún disoluto, por el contrario su finura espiritual rayaba casi en el escrúpulo. Pero fue un hombre evangélico: poseía el olfato, el instinto para saber cuál era la tecla que había que tocar para transformar cada corazón.

Este secreto era muy sencillo: lo que más le importaba a él, lo único que le importaba era latente, y todo lo demás, incluida la Iglesia y sobre todo ella, estaba a su servicio: «para la vida del mundo». La misericordia, que es el talante del buen pastor, no sólo adivina qué hay que decir sino también cómo decirlo. Jesús no hablaba el lenguaje de los maestros de la ley ni el de los sacerdotes sino el lenguaje del pueblo, el lenguaje de la vida: narraciones, símbolos, sentencias... Cuando el interés pastoral alcanza la libertad espiritual la Iglesia reencuentra el lenguaje llano del evangelio. Cuando los dogmas, la disciplina y la institución son más sagrados que las personas inmediatamente desaparece el lenguaje evangélico y se instauran códigos rígidos y autoritarios, el lenguaje de una casta que domina, no el de la gente, que fue el de Jesús.

9. *Acontece en relaciones abiertas, horizontales, bidireccionales, primarias.* La prueba más contundente de la autoridad de Jesús es que no necesitaba de distancia sino que se realizaba en la cercanía total. El poder se viste de atributos (riqueza, fuerza, sabiduría bancaria...) que constituyen su gloria. El poderoso desnudo se ve impotente. Jesús, profeta pobre y desautorizado, irradiaba verdad y vida. Hasta los extranjeros, las mu-

...eres y los niños se le acercaban y lo tocaban. Cualquiera podía entablar con él una relación decisiva. El siempre recibía, más aún entraba en el terreno del otro: en su casa, en su problema, en su mundo. El no se amparaba en un papel preestablecido, no era un personaje que desde su altura inaccesible establecía sus propias reglas de juego que él controlaba y a las que tenían que someterse los que desde abajo acudían a donde él. La autoridad de Jesús, que revelaba la paternidad de Dios realizándola, consistía en su solidaridad fraternal. Al relacionarse desde abajo, al mismo nivel, no sólo quedaba salvo aquél que recibía el evangelio sino que Jesús también quedaba realizado como hermano y como Hijo de «Dios. De ahí la vulnerabilidad de Jesús: sus alegrías por la gente sencilla que acogía la revelación de Dios y su llanto por Jerusalén, por las autoridades que no lo reciben. Si el pretendido evangelizador ya está hecho, se siente maduro, no puede entablar relaciones primarias, es decir, relaciones que lo constituyan como persona. Será meramente un agente pastoral, un profesional, puede ser un profesional quien, como Pablo, se entrega a esas relaciones por las que vive, enferma, se alegra, muere y resucita cotidianamente. Este apartado es el más decisivo y se puede decir que en él se condensa todo.

CRITERIOS QUE DIMANAN DE LA CONDICION HISTORICA DE LA N.E.

10. Consideración de la globalidad desde el reverso de la historia. El evangelio de Jesús lo comienzan a proclamar los ángeles. Su contenido es que la gloria de Dios se manifiesta al colmar de paz a los seres humanos a los que él ama tan desmesuradamente. Es un contenido de alcance universal; pero esta universalidad se alcanza mediante un evangelio para el pueblo: les ha nacido un liberador. Los destinatarios de este anuncio trascendental son unos pastores en el confín del imperio. La paz de Au-

gusto trae opresión para María y José que no tienen lugar para que nazca su hijo. Frente a esa paz por arriba basada en las armas, Dios propone una paz que, desde la liberación de los oprimidos, se expanda a todos los amados de Dios, a todos. Jesús se mantendrá fiel a éste paradigma. Su figura pasó desapercibida para los escritores de la historia oficial: acabó en una tortura de esclavos. Su memoria fue mantenida por un grupito de gente popular perseguida. Definitivamente que el Reino se parece a un granito de mostaza que es la simiente más pequeña, pero la que tiene mayor poder de germinar. La piedra que deshecharon los arquitectos se ha convertido en la piedra angular. Pero no piedra angular para una construcción mundana: La Iglesia sólo es de Jesús cuando tiene figura de pobre. Entonces se manifiesta en ella la fuerza que viene del Espíritu. Los destinatarios del evangelio, siguen siendo siempre los pobres y de su bienaventuranza pende la de toda la humanidad. Podríamos encontrar congruencias para explicar esta lógica; pero nosotros la entendemos como voluntad de Dios: «Te alabo, Padre, porque ocultaste es-

to a los sabios y entendidos y se lo has revelado a la gente sencilla». Esta lógica describe la dialéctica de Jesús «que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza». Las bienaventuranzas se reducen a dos: la de los pobres y la de los misericordiosos. Esta última estaría glosada también en el episodio del samaritano y en el del juicio final. Pues bien, en la persona de Jesús se revela el misterio de que tendencialmente ambas bienaventuranzas coinciden: los misericordiosos son sobre todo los pobres. Y aun los que no lo son sólo practican cristianamente la misericordia cuando (como dijo magistralmente el Papa actual) experimentan recibir misericordia de aquellos a quienes dan misericordia, y así reconocen y ejercitan la pobreza ontológica en que todos consistimos. Es obvio que tomar en serio este criterio lleva a no caer en la tentación de la cristiandad o a salirse de ella. Reconocer al gobernante y aliarse con él para propagar el evangelio con su ayuda y protección es aceptar las armas que mataron a Jesús y conduce a la mundanización de la Iglesia y al silenciamiento del evangelio que pasa a ser mala nueva para esta

CAE SEGUNDA VEZ



Cecilia Delgado del. 87

Iglesia mundanizada. La Iglesia que en América Latina se ha deslizado del poder ha podido reconocer que el orden establecido es una situación de pecado y por eso ha optado por los pobres en vistas a su liberación integral, que será bendición para todos.

11. *El pueblo, sujeto a la sociedad y de la Iglesia.* Este criterio tiene que ver tanto con una orientación fundamental que se remonta a Jesús de Nazaret cuanto con una lectura de los signos de los tiempos. La evangelización en Jesús arranca del pueblo y va al pueblo: Jesús se presenta siempre con figura de pueblo (y como tal, pobre, a la intemperie, desautorizado) y entiende su servicio como convertir a la masa abatida y agobiada en pueblo articulado, animoso y digno a través de la esperanza que brota de la fe. Jesús rechaza la tentación sectaria de aislarse del pueblo y confinarse en un grupo de selectos. Tampoco se dirige a la gente, como sus dirigentes religiosos, desde arriba, de un modo autoritario, señoreándola. Jesús habla con la autoridad de la verdad desnuda y de la misericordia entrañable y no con el poder coercitivo. De ahí brotan las relaciones a las que aludíamos arriba. También sus discípulos son elegidos de entre el pueblo, pero no para que dejen de ser pueblo, como ellos pretendían, sino para servir a la gente desde abajo. Esta será su doctrina constante: «Los que fungen como jefes oprimen y además se hacen llamar bienhechores. Ustedes: nada de eso». Frente aun sistema que degrada al pueblo a la condición de masa clientelar (son los clientes del templo, no el pueblo peregrino, quienes acuciados por sus jefes piden la muerte de Jesús) la labor de Jesús se orienta a dar al pueblo dignidad, conciencia de sí, a hacerlo mayor de edad: «¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que hay que hacer?». Pero este criterio, decíamos, brota también de una segunda fuente: escrutando los signos de los tiempos, llegamos a la conclusión de que a nivel del Ter-

cer mundo y particularmente de A.L. estamos en la hora de los pueblos. A estas alturas de la historia resulta claro que los pueblos no tendrán vida como desborde de la riqueza de los ricos. Sólo si ellos se constituyen en sujeto de la historia podrán tener participación y vida. Eso tratan de hacer; no piden venganza sino reacomodo para que ellos también tengan lugar, piden justicia y tomar parte en las decisiones. Este clamor popular no sólo pide que los actuales detentores del poder les den con qué vivir. Pide que se les abra paso para que ellos puedan entrar como sujetos responsables en la marcha de la historia. Y con los pobres entra la primacía de la vida sobre la historia, del paradigma del Edén sobre el de Babel, de la cotidianidad sobre los proyectos fáusticos con miras a la fama de los líderes, que reducen al pueblo a la condición de hormigas disciplinadas y anónimas.

12. *No «tabla rasa» sino desde la tradición* (en la que se incluye la religión del pueblo y el Magisterio) Y POR ESO COMO UN ACTO DE TRADICION. La primera predicación del cristianismo a indígenas y negros no fue captada como evangelio porque se la hizo no sólo desde la falta de reconocimiento de su condición humana y religiosa sino sobre la demonización de sus expresiones religiosas. Bajo esos supuestos la religión era la conquista espiritual que culminaba la otra. Los invasores victoriosos así como habían considerado bárbaros a los vencidos para poderlos dominar con tranquilidad de conciencia (eran civilizadores) así los consideraron como idólatras para poder arrasar sus expresiones religiosas e imponer las suyas. Sin embargo los que Puebla llama Fundadores de la Iglesia latinoamericana fueron mucho más cuidadosos: obraron un verdadero discernimiento y creyeron tanto en los indígenas como sujetos religiosos que se abocaron inmediatamente a edificar una institución eclesiástica indígena. Sin embargo

quienes no permitieron que los indígenas fueran sujetos en la sociedad tampoco permitieron que lo fueran en la Iglesia. El proyecto de los fundadores fue derrotado; aunque quienes lo hicieron fracasar justificaron su discriminación como mero aplazamiento. A pesar de eso el pueblo que había dado fe al evangelio de los Fundadores convirtió su religión en una forma activa capaz de evangelizar, y también los Fundadores tuvieron siempre continuadores que mantuvieron su propuesta en las diversas circunstancias. Ellos constituyen la Tradición de la Iglesia latinoamericana, que recoge lo más vivo de la Tradición de las otras Iglesias. Pues bien, esa Tradición es la que ha sido reconocida solemnemente por Medellín y Puebla, porque como entonces hoy también ha regalado Dios a la Iglesia con una pléyade de pastores, doctores y mártires que constituyen una nueva estirpe de (Re) Fundadores de la Iglesia latinoamericana. Estos verdaderos Padres de la Iglesia en continuación con los primeros entienden la N.E. como llevar a cabo lo que pretendieron los primeros: entrañarse en el pueblo para darle lugar. La tradición como acto consiste en la entrega de la Tradición en la propia casa del pueblo para que los que la reciben activa y creativamente lleguen a ser pastores, doctores, evangelistas y confesores sin dejar de ser pueblo.

13. *Atención particular a la novedad histórica del presente: la nueva época que esta naciendo, la figura histórica que se esta gestando.* Sólo desde la interpretación correcta del momento presente puede asumirse liberadoramente el pasado. Esta fue la insistencia infatigable de Jesús: «ustedes que tan bien distinguen el aspecto del cielo ¿cómo no son capaces de distinguir el momento presente?» Es que no vivimos en el tiempo vacío del reloj: el tiempo tiene edad y la salvación en la historia tiene sus tiempos. Por ejemplo, los piadosos acusan a los discípulos de Jesús de que no ayunan como ellos. Je-

sus
han
una
ayu
con
los
en
otra
re h
nar
fru
sa
no
ta d
¿en
unc
en
los
con
mo
lips
nac
pre
nar
mu
tos
de
N.E.
lo
otra
es
de



sus les respere: «Pero ¿no se han dado cuenta que estamos en una fiesta de bodas? ¿cómo van a ayunar? Ayunar en una ocasión como ésta es despreciar a quien los invita a la fiesta». Algo bueno en una época puede convertirse en otra nada menos que en un desaire hecho a Dios. Puede descorazonarse quien se la pasa buscando frutos y no encuentra porque no sabe que la época es de siembra y no de cosecha. Por eso la pregunta crucial para el evangelizador es: ¿en qué tiempo estamos? Para unos no pasa nada: hay que seguir en lo siempre, mudos y sordos a los dolores y las esperanzas de los contemporáneos; para otros estamos poco menos que en el apocalipsis. La N.E. apuesta por lo que nace, no vive anclada en la figura presente ni siquiera para condenarla. Ha oído la voz: «deja a los muertos que entierren a sus muertos; tú sígueme». ¡Hasta el oficio de recoger muertos tiene para la N.E. un significado auroral! Como lo testimonió Romero y tantos otros, es celebración constante de esperanza y de fidelidad. Después de medio milenio tramonta la épo-

ca del ibérico (peninsular o americano), y desde el caos, desde los basureros de las ciudades y los infiernos de los campos alambrados y vigilados se abre paso el pueblo) indígenas, negros, mestizos, mulatos, zambos, blancos de orilla). ¿Tenemos ojos para verlo? Su avance ¿es buena noticia para nosotros? ¿lo enviaremos contra ellos las y los traidores, como los otros envían el ejército, la policía, los sapos, y los sicarios? Lentamente el pueblo va siendo acogido por la institución eclesial y, lo que es mucho más, la Iglesia encuentra su casa en el pueblo. Por esos derroteros transcurre la N.E.

CRITERIOS QUE DIMANAN DE LOS CONTENIDOS NUCLEARES DE LA N.E.

14. *Presentación histórica de Jesús y del misterio cristiano.* Hay aquí una cuestión de principio y otra de énfasis. Empezando por la segunda es un hecho que la evangelización en la América republicana, la evangelización de la restauración de la cristiandad, que tuvo tanto de abnegación y de espíritu,

tendió sin embargo a dar el sentido obviando la historia y por este camino acabó por relegar el sentido a un arcano fundamentalista cuando no a tergiversarlo. Era como leer a Pablo y Juan sin pasar por los sinópticos: no sólo se omite una parte básica sino que casi inevitablemente se les malinterpreta y vacía. La luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el hombre nuevo y el hombre viejo... símbolos imprescindibles en el cristianismo pueden ser vaciados, manipulados, tergiversados si no se les interpreta desde la historia de Jesús. Es una constatación que el catecismo desplazó a los evangelios, hasta tal punto que hasta hace poco tener Biblia y sobre todo usarla se tenía por cosa de evangélicos. Y sin la historia de Jesús el cristianismo se volatiliza: se pierde el escándalo, pero también el poder suscitador. La razón (y aquí estamos en la cuestión de principios) es que el cristianismo no es gnosis ni moral para el pueblo que aún no ha alcanzado la autonomía ética. El cristianismo no es ritos, códigos ni instituciones: es la revelación de Dios acontecida históricamente. Por eso el credo cristiano, como el judío, es histórico. En el cristianismo la primacía insustituible la tiene la narración: los evangelios que son vida de Jesús. Todo el sentido que extraigamos de ellas es siempre inferior a ellas: Mientras dure la historia la vida de Jesús de Nazaret es inexhaustible. Ninguna formulación teológica o dogmática o dogmática puede equipararse a ella. Es sólo glosa, espiritual en el mejor de los casos, imprescindible, pero secundaria (= en segundo lugar). Desde el Espíritu de Jesús leemos la historia de Jesús, pero la historia de Jesús nos lee llamándonos constantemente a conversión y a seguimiento. Y lo mismo que decimos de Jesús tenemos que decir de la historia que él desencadena en la cual tiene un lugar insustituible la Iglesia. La historia de la Iglesia es lo genuino, las eclesiologías son secundarias (= en segundo lugar). En la historia de la Iglesia hay todo género de peces, en términos



LIMPIAN SU ROSTRO

de Agustín están en ella mezcladas la ciudad de Dios y la del diablo, pero ningún tratado puede eximir de ese necesario discernimiento hecho dentro de ella, en fidelidad.

15. *Presentación trinitaria de Dios: la comunidad del Padre, el Hijo y el Espíritu.* Y esto no del modo abstruso de los catecismos y la teología escolástica sino (como decíamos en el punto pasado) históricamente: la trinidad desde Jesús: Dios, su Padre, Jesús, su Hijo; ambos nos entregan su Espíritu para que participemos de su vida. Una Iglesia que se moldeó como jerarquía sagrada al modo de la jerarquía terrestre concibió una jerarquía celeste que la perpetuara. Esta Iglesia no podía imaginar sino relaciones verticales. Por lo tanto no podía basarse en la concepción de un Dios comunión sino en la de un Dios monarca de cielos y tierra, no una comunidad sino un solitario que sólo puede relacionarse de arriba abajo. Claro está que se afirmaba la pericoreosis o circumsección, pero no jugaba ningún papel estelar en la economía de la salvación, no era ella el modelo a cuya imagen ha sido creado el ser humano como ser relacional, que se constituye en persona por la relación amorosa, simétrica y diferenciada cuya expresión primera es la relación de pareja. Para este (re) **DESCUBRIMIENTO** de las relaciones de Jesús con Dios. No es casual que cuando, en el bautismo de penitencia de Juan, Jesús nos asume solidariamente cargando con nuestros pecados, el cielo se abra y Dios diga: «Tú eres mi Hijo», revelándose así como el Padre de quien por solidaridad se hace hermano nuestro. Allí se cierce también el Espíritu expresando el peso, la santidad, la gloria de lo que se ha revelado, a la vez que testimonian doior. Este Jesús, en quien habita el Espíritu de Hijo y de Hermano, nos invita a que llamemos a Dios Padre, no sólo porque él ora con nosotros y porque gracias a él el Padre nos ama sino porque nos ha entregado su mismo Espíritu para que, solidarizándonos con el

pueblo pobre y pecador, en Jesús entremos en la misma comunidad de Dios. La buena nueva consiste en la revelación de la Trinidad y nuestra convocación a ella. Por eso decíamos que todo se condensa en las relaciones.

16. *La persona como hermano e hijo de Dios con figura de pueblo.* En esto se resume la antropología cristiana, tal como acabamos de decir. Estas son las dos únicas relaciones escatológicas que ya desde ahora han de ser vividas como tales relativizando todas las demás, ya se basen en lazos familiares, religiosos, nacionales, políticos, profesionales, de amistad, deseo, necesidad o cualquier otra índole. De ahí que la relación basada en el poder, que instaure relaciones verticales e inhibe las horizontales porque se tornan vulnerables, tiende por su propia dinámica no sólo a oprimir y despersonalizar a otros sino también al propio poderoso. También la autarquía del que sólo es hijo de sus obras y sólo en sí mismo tiene su fundamento hace violencia a la constitución primordial humana y a su vocación. También la relación religiosa basada no en la relación amorosa con el Padre sino en la obediencia servil al Señor, al Dueño es por una parte injuria a Dios y por otra envilece al ser humano.

No es tan claro que la persona se constituya por relaciones primarias de solidaridad fraterna. En nuestra sociedad el ideal es la personalidad: el que no siendo de nadie logra poner a muchos bajo su influjo y a su servicio. Aunque parezca lo contrario, tampoco se siente cómodo el ser humano con la revelación de Dios como el Padre que nos convida a su comunidad. Habitualmente se prefiere pagar un precio oneroso y mantener a Dios a distancia. La cercanía de Dios da miedo. Pero lo que causa mayor escándalo aún es que todo esto haya acontecido en Jesús en la figura de un pobre. La condición de pobre de Jesús es un dato teológico irreductible. Por lo tanto

mientras haya pobres la realización personal pasa por su causa, incluso por su condición. Claro está que la pobreza espiritual, incluso la infancia espiritual son datos evangélicos; pero ahora nos referimos a la condición social de pobre, es decir carente de la seguridad fundamental y el poder que dan la posesión de bienes materiales. A esto nos referimos en los puntos 10 y 11.

17. *Enfrenta la situación como pecado y por lo tanto liberadora.* Resulta una consecuencia del punto anterior. Hoy aquí es heroico no considerar Padre sino sólo a Dios y vivir solidariamente. Quienes se consideran bienhechores exigen en el fondo sumisión incondicional, exigen aceptación de las reglas de juego como algo absoluto. En estas condiciones la fraternidad sólo puede expresarse de una manera condicional y residual. Incluso de un modo explícito carga el sistema neoliberal el peso sobre las mayorías empobrecidas y descarga a los más ricos. Es una situación en la que, por no haber la solidaridad, no cabe la vida digna del pueblo. La N.E. no puede no decir ino! a esta situación. Este grito ante tanta impiedad es el grito de Dios. Esto es lo absoluto y no ninguna ley económica que sólo vive dentro de parámetros que los responsables eligen como constantes. La N.E. opera un deslinde, pero, efectuado, pide lucidez y creatividad para presentar alternativas que acojan lo que de válido tiene la propuesta neoliberal, aunque superándola. La N.E. traza coordenadas, desata energías, promueve sujetos y lazos, pero no es como tal una propuesta económica ni política. Afecta a los ámbitos económicos y políticos como dimensión de la política y la economía; más aún el proceso de N.E. tiene que desatar en los que la reciben el compromiso con economías y políticas alternativas, pero como tal la nueva evangelización no es un proyecto histórico, no es un humanismo, aunque lleve a la creación de proyectos históricos que hoy y aquí

LAS TENTACIONES EN LA NUEVA EVANGELIZACION

Carlos Bravo
Director de Christus

Seminario para la celebración del V Centenario de la Evangelización en la Arquidiócesis de México

INTRODUCCION

Después de haber visto la historia de los momentos fundacionales de la evangelización de México, con sus claroscuros, sus luces y sombras, como dijo el Papa en su discurso de Haití¹ y como lo afirma la Comisión Episcopal para Indígenas, es importante afrontar los problemas de la evangelización. Problemas que le vienen de fuera y que le vienen de dentro.

Toda renovación dentro de la Iglesia tiene que referirse a Jesús y a su experiencia como a su fuente y norma. Jesús enfrentó también la tentación; y tanto las situaciones que le fueron tentación como la manera como las afrontó son prototipo de las que experimentamos los cristianos, tanto individualmente cuanto como Iglesia, y de la manera como hemos de afrontarlas.

El punto de partida para esta reflexión es un planteamiento de teología bíblica: ¿cuál es el papel que jugó la tentación en la constitución del pueblo de Dios, en la vida y práctica de Jesús y en la vida y práctica de las comunidades cristianas primeras?

LAS TENTACIONES DEL PUEBLO DE DIOS

La raíz de los términos bíblicos, *periratzeln*, *diakrinein*, implica los

significados de poner a prueba, tratar de conocer la realidad más profunda más allá de las apariencias inciertas; también el de dar prueba de sí, ensayar, experimentar. Es la misma raíz latina de *tentativa*, *intento*. El término *tentación*, sin embargo, tiene un connotado negativo de presencia del mal, del tentador, Satanás.

Sin embargo, de por sí no tiene, en primer lugar, una dimensión moral, sino que «se encuadra -como dice León-Dufour- en un drama religioso e histórico; hace entrar en juego nuestra libertad en el tiempo frente a Dios y a Satán... Su vida teologal se pone a prueba en todos sus aspectos...»². La humanidad entera está marcada en su origen por la tentación y la caída. Es, de alguna manera, de nuestro patrimonio como hombres y como sociedad.

Para las Doce tribus el drama, la tentación comenzó precisamente con la elección, con la promesa y la alianza, ante las que debió tomar posición. Y en ese proceso de creer en la promesa y de establecer la alianza, respondiendo cada vez más libremente a la elección, debió ir purificando sus propias expectativas y su manera de entenderlas y vivirlas. La prueba y la tentación están en los orígenes mismos del pueblo, como un elemento constituyente.

La fe puesta a prueba

En el primer momento, el de la promesa, la fe del hombre es puesta a prueba: Abrahán, José, Moisés, Josué... Lo que está puesto a prueba es la posibilidad misma de la existencia y, por tanto, la posibilidad del futuro. El hombre se encuentra frente a la posibilidad de aceptar en obediencia el proyecto de Dios o de construir su propio proyecto al margen de la oferta de Dios. Es la *prueba de la fe*.

Durante cuarenta años se debatió el pueblo de Israel en esta tentación: creer al Dios de la Pascua o preferir «los ajos y cebollas de Egipto». En esa situación el hombre corre el riesgo de convertirse en *tentador de Dios*, al que pretende poner a prueba. La primera manera de tentar a Dios es querer obligarlo a poner fin a esa situación a capricho del hombre; la segunda, ponerse en una situación sin salida para ver si Dios es capaz de sacarlo de ella; la tercera, pedir otras pruebas a Dios, de su voluntad en favor del pueblo³.

El amor puesto a prueba

Por la Alianza Dios transforma aquel conglomerado de tribus dispersas, en su pueblo. En esta etapa se pone a prueba la capacidad de fidelidad del pueblo a esa alianza; es la prueba del corazón, la *prueba del amor*. La infidelidad del pueblo termina por debilitarlo y desarticularlo; los reyes rompen la alianza con el pueblo, al constituir un aparato real que oprime a los pobres, y al desviar su corazón hacia cultos de dioses ajenos, de los imperios o reinos con los que hacen alianza y se pierde la identidad del pueblo y su capacidad de resistencia. La consecuencia es el destierro, en el que Dios nuevamente tratará de recuperar el corazón de su pueblo, de reenamorarlo para que vuelva.

La esperanza puesta a prueba

En ese duro destierro el pueblo es sometido a la *prueba de la esperanza*. Enfrenta una dura crisis ante el fracaso histórico de Israel, primero, y luego de Judá. ¿Qué ha pasado con Yahvé? ¿Por qué su silencio? ¿Es posible mantener la fe de que en el futuro se realizará finalmente la promesa, cuando ésta parece humanamente irrealizable? La mayoría sucumbe y cae en la tentación de *asimilarse al mundo*; se identifica con los patrones culturales y religiosos de los pue-

que los hombres se secularizan. Pero hay un pequeño núcleo que logra superar la prueba de la esperanza y la aquilata; y la orienta a la espera de la llegada del reino de Dios mismo para transformar todo de acuerdo a su proyecto.

LAS TENTACIONES DE JESUS

No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo igual que nosotros, excluido el pecado» (Heb 4,15).

La comunidad cristiana primera no tiene dificultad en admitir ese hecho: Jesús padeció la tentación como nosotros. No nos presenta un Jesús distante, superhombre, sino alguien que compartió nuestro proceso humano, que crecía «en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 1,80; 2,40). Y en el maravilloso himno cristológico de la carta a los Filipenses confiesa: «El, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, viviendo como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz» (2,6-8). La carta a los Hebreos es aún más explícita en la mención de la condición humana de Jesús, sometido a prueba (Heb 2,9.10.14-18; 4,15; 5,7-9; 12,2-5).

Los relatos evangélicos nos presentan de distintas maneras la experiencia de tentación de Jesús. Marcos la presenta muy sintéticamente (1,12-13), pero luego nos narra todo un proceso de tentación (1,35-38; 2,1-3,7; 6,1-6; 7,1-23; 8,17-21.30-33; 9,19; 11,27-12,27; 14,32-42; 15,34-37). Lucas y Mateo presentan un relato en el que están simbolizadas las tres tentaciones del pueblo de Israel (con una ligera variante entre ambos en cuanto a la colocación de la segunda y la tercera); pero en Lucas Jesús se refiere expresamente a un proceso de tentaciones («Ustedes son los

que han permanecido conmigo en mis tentaciones», 22,28).

Se trata, de la tentación en forma a su misión, a su práctica y, consiguientemente, a su identidad. La reacción de la gente que lo rodea, del pueblo al que se dirige, del Centro Judío al que se enfrenta irán siendo para Jesús ocasión de tentación. Anota bien Léon-Dufour a este respecto: «Como nuevo Adán e imagen del Padre que es, su tentación es la tentación del Jefe: se intercala entre la teofanía de su misión y el ejercicio de esta misión (Mc 1,11-14). A lo largo de ésta la encontrará, como antagonista de la voluntad del Padre: sus padres (Mc 3,33s), Pedro (Mc 8,33), los signos espectaculares (Mc 8,12), el mesianismo temporal (Jn 6,15). Finalmente, la última etapa de su misión deberá abrirse con la última tentación, la de la agonía

(Lc 22,40-46). Así Cristo, vencedor del tentador desde el principio hasta el fin de su misión (Lc 4,13), empeña por fin la nueva humanidad en su verdadera condición: la vocación filial (Heb 2,10-18)⁴.

Condición de esta realidad de las tentaciones es la verdad de su realidad humana, uno de los pilares fundamentales de la cristología: verdadero Dios y verdadero hombre; no tiene que ser superhombre para ser Dios; ese es precisamente el misterio de la Encarnación: que siendo tal hombre, con un proceso verdaderamente humano, como el nuestro, Jesús de Nazaret es el hijo de Dios⁵.

Esa verdad de su condición humana, que se manifiesta de manera patente en su capacidad de ser



cicio de su ministerio de evangelización: «Por eso, como los suyos tienen todos la misma carne y sangre, también él asumió una como la de ellos, para con su muerte reducir a la impotencia al que tenía dominio sobre la muerte; es decir, al diablo, y liberar a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos... Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fidedigno en lo que toca a Dios y expiar así los pecados del pueblo. Pues, por haber pasado él la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando» (Heb 2,14-18).

En el fondo lo que está puesto en cuestión en la tentación es la concepción que tenemos de Dios y qué tanto coincide con la verdadera realidad de Dios. Versa sobre qué poder es el que verdaderamente media el proyecto de Dios y hace cercano su reinado: si el poder que controla la historia desde fuera o el poder que se sumerge en la historia; si el poder de disponer sobre los hombres o el poder de entregarse a los hombres⁶.

El hecho de que la tentación afecte a Jesús en su categoría de elegido, de Hijo de Dios, nos está diciendo que Dios ha querido correr la suerte de los hombres y los riesgos que les son inherentes, y que no nos es dado concebir una intervención salvadora de Dios que elimine el riesgo de la libertad y la responsabilidad humanas. Esto significa que Jesús vivió seriamente la sugestión de dar a su mesianismo una configuración distinta de la que tuvo⁷.

La tentación de usar a Dios

En la primera tentación, Jesús es presentado en una situación de auténtica necesidad; en ella la tentación consiste en servirse de Dios para satisfacerla, en usar a Dios y

alterar la condición humana en beneficio propio, eludiendo la limitación humana. Esto es lo que pensaba el pueblo de Israel cuando murmuraba de yahvé (Ex 16,1ss). Es la tentación de encerrarse en su propia experiencia de Dios, y vivir de ella, para no complicarse la vida; vivir de ese pan para él mismo. Es la misma tentación que le ponen los sacerdotes: «Si eres hijo de Dios baja de la cruz y creémos en ti» (Mt 27,40).

Jesús vence la tentación afirmándose como el Hijo precisamente en el asumir la condición humana plenamente, como totalmente orientada y referida a Dios, el Padre y a su proyecto, su voluntad, su Reino. No usa a Dios ni su relación especial con El como privilegio para eludir la condición humana, sino que verifica su relación con Dios precisamente en el apurar y soportar hasta el fondo esa misma condición.

La Iglesia, nosotros, podemos también tener esa tentación de centrarnos en nosotros mismos, en la Iglesia, en nuestra experiencia de Dios y encerrarnos en ella, en lugar de centrarnos en el Reino, en lugar de convertirnos en servidores del mundo.

La tentación de la lógica del poder mundano

La segunda, la tentación de las alianzas con los poderosos, para asegurar el éxito de la misión por el reino. (Seguimos la versión de Lucas en su orden). «Te daré todo ese poder y esa gloria, porque me lo han dado a mí y yo lo doy a quien quiero; si te pones de rodillas y me adoras, todo será tuyo». Ese poder era la base de la eficacia de la dominación romana, y la base de la dominación religiosa del Sanedrín. Y se presenta a Jesús como medio para realizar su misión y su utopía.

mejor aliarse con los fariseos, con el Centro judío, para extender el Reino? Pero eso supondría ponerse de rodillas ante ellos, plegarse a su manera de entender a Dios, la misión, el evangelio mismo, el Reino. Buscar un poder de tipo mundano, buscar el dinero para cumplir su misión supondría hacerlo su ídolo. Y decidió adorar sólo a Dios, sin aferrarse celosamente a los privilegios que le competían por su condición de enviado de Dios, de Hijo de Dios. «Está escrito: Al Señor tu Dios rendirás homenaje y a él sólo prestarás servicio».

Nosotros, la Iglesia, también estamos expuestos a esa tentación de aliarnos con el poder y con los poderosos del mundo de la economía y del mundo de la política buscando relaciones con ellos; la tentación de hacer nuestros proyectos de evangelización según su estilo y de acuerdo a sus criterios de eficacia para extender el evangelio, y poner nuestra esperanza en ello, en lugar de aceptar ser enviados a predicar en pobreza sin oro ni plata ni morralla, sin alforja para el camino, sin ropa de reserva. Puede resultar fácil ampararse en el género metafórico de este pasaje para evitar las consecuencias que tiene en nuestra práctica pastoral, con frecuencia nada ligera de equipaje (cf Mt 10).

La tentación de las pruebas espectaculares

La tercera, la tentación de lo espectacular, de las señales del cielo que se suponía que daría el mesías para autenticar su misión; hacer algo que apantalle, de manera que el evangelio se imponga y el reino llegue, sin ambigüedades, sin debilidad, sin escándalo, como algo obvio que para nadie representa conflicto y que quede bien con todos. El reino *wash and wear*, el evangelio *do itself*, acomodaticio, a la medida de nuestras expectativas y, por eso, no rechazable por nadie, la predicación que



DESPOJADO

no traiga ni persecución ni problemas al que la hace.

Pero, Jesús sabe que Dios y su reino no se imponen al hombre sino que se ofrecen a su libertad. Y por eso en la colaboración con el reino de Dios y su proyecto de liberar al hombre radicalmente no existe la fórmula que elimine la oscuridad y el riesgo. Le es inherente la ambigüedad, el riesgo de la mala interpretación y el peligro del ser rechazado; incluso la posibilidad de equivocarse en el intento y de tener que rectificar, como sucede en toda vida y misión humana. No sólo no tiene asegurado el éxito humanamente, durante su vida, sino que incluso tendrá que atravesar el calvario oscuro de la muerte injusta y prematura, en plenitud de vida. Y no le puede exigir una protección de ángeles ni la autenti-

cación que supuestamente da lo extraordinario. Dios no elimina la responsabilidad humana ni evita mágicamente que se rompan los platos que los hombres tiramos. Y sus discípulos también pasarán por la misma dificultad, porque es tal la *cualidad mala* del mundo que ellos, como él, serán igual que corderos en medio de lobos; si a él lo trataron como endemoniado y aliado de Belcebú, igual harán con ellos. Por eso han de ser sencillos como la paloma, pero igualmente astutos, como la serpiente; deberán medir sus palabras y no echar las perlas a los cerdos.

Nosotros, la Iglesia, también estamos expuestos a esa tentación de querer evitar toda ambigüedad y todo conflicto, de confundir el dar razón de nuestra esperanza con el dar señales del cielo a

quienes quisieran un seguro de re- no que elimine todo riesgo, de evaluar el éxito de acuerdo a lo grandioso, olvidando que *el reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza*. ¿Cómo buscar una verdadera eficacia, pero de acuerdo a criterios evangélicos, no a criterios mundanos?

LAS TENTACIONES DE LA PRIMERA IGLESIA

Tanto el grupo de discípulos como la primera comunidad vivieron también sujetos a la tentación; prueba que les afectó tanto en su propia autocomprensión como en la comprensión y realización de su misión.

La tentación de reducir el Reino

Muy al principio, Pedro y los primeros compañeros caen en la **tentación de regionalizar y reducir el Reino**: ante el éxito inicial se convierten en tentación para Jesús, queriéndolo limitar al ámbito estrecho de Cafarnaún, e interrumpen su oración reclamándole que se haya ausentado cuando *«todos te buscan»*. Pero en la oración con el Padre Jesús ha decidido abrir su acción. *«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, que voy a predicar también allí; para eso he salido»* (Mc 1,25-39).

La tentación del miedo

Una tentación que aparece con frecuencia en la vida de los discípulos es la **tentación del miedo** o cobardía, que los evangelios identifican con *falta de fe* (Mc 4,40; Mt 14,26-31). Contra ese miedo, ante la persecución, también se previene a la comunidad, porque puede hacer que la palabra se quede estéril (Mc 4,16s).

La tentación del poder

Otra es la **tentación de la ambición de poder** (Mc 10,35-45), que es escándalo para los peque-

de la comunidad (Mc 9,33-35). «Concedéndonos -le dijeron Juan y Santiago- sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús les dice que no saben ni lo que están pidiendo. Pero los otros diez, que pretendían el mismo honor y poder, se enojaron contra ellos. Entonces Jesús les dice: «*uds bien se dan cuenta de que los que pretenden gobernar a los pueblos los tiranizan y los poderosos los oprimen. Entre uds. no ha de ser así, sino que el que quiera ser el primero, será esclavo de todos; y el que quiera ser el primero entre uds., que se distinga en servir; porque yo no he venido a ser servido sino a servir y a entregar mi vida para la liberación de todos*» (cf Mc 10,35ss). La misma indicación les da cuando, rumbo a Jerusalén, discuten sobre quién de ellos será el más grande. «*Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*» (Mc 9,33ss).

La tentación de marginar a los pobres

Los discípulos tienen también la **tentación de marginar a los pequeños** (Mc 10,13-16), en favor de los cuales viene Dios a reinar. No entendieron la seriedad de aquella oración de Jesús: «*Te bendigo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los pequeños; bendito seas porque así te ha parecido bien*» (Mt 11,25s). Esa misma tentación de marginar al pueblo, al pobre parece haber en el momento previo de la multiplicación de los panes, cuando le dicen a Jesús que los despidan para que afronten por sí mismos el problema del hambre; incluso tiempo después aún no han llegado a comprender lo de los panes, la solidaridad a la que los estaba impulsando Jesús para que compartieran con la gente el alimento que tenían (Mc 6,36-38.52; 8,14-21).

También reprende Jesús a sus discípulos por caer en la **tentación de creer tener el monopolio de la lucha contra el mal**. Cuando le cuenta Juan que encontraron a uno que luchaba contra el mal en nombre de Jesús y se lo impidieron «*porque no anda con nosotros*», El les dice: «*No se lo impidan, porque nadie que haga un milagro usando mi nombre puede a continuación hablar mal de mí. O sea, el que no está contra nosotros está a favor nuestro*» (Mc 9,38-40).

La tentación del triunfalismo y la violencia

Cayeron también en la **tentación del triunfalismo y la violencia**. Por su manera nacionalista y triunfalista de entender el reino, Pedro se convierte en tentador para Jesús, cuando lo reprende por andar pensando en que tendrá que morir. Y Jesús le dirige las palabras más severas que a nadie jamás dijo: «*Retírate de enfrente, Satanás; tú no entiendes lo de Dios, sino que piensas a lo humano*». Y pone a todos frente a la disyuntiva: «*El que quiera venir conmigo, que sepa que ha de cargar con la posibilidad de la condena a muerte; sólo salvará la vida el que se atreva a perderla por mí y por el evangelio*» (cf Mc 8,29-38).

Ya en otro momento Juan y Santiago, ante el rechazo de los samaritanos, habían dicho a Jesús: «*Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?*». Jesús los reprocha: «*No saben de qué espíritu son*»; pensaban que había que imponer el reino a golpes (cf Lc 9,51-56). Esa misma tentación de la violencia se presentará al final, en un intento de resistencia armada al apresamiento de Jesús. «*Dándose cuenta de lo que iba a pasar, los que estaban con él dijeron: 'Señor, ¿herimos con la espada?'*» (Lc

22,49). Pedro, el impulsivo, sacó el machete y de un tajo cortó la oreja a un criado del sumo sacerdote. Pero Jesús le dijo: «*Mete el machete en su funda. El trago que me ofrece el Padre ¿voy a dejar de beberlo?*» (Jn 18,10s).

La tentación del abandono, hoy la desesperanza

Finalmente, caen en la **tentación del abandono**. Ya les había advertido Jesús: «*¡Simón, Simón! Mira que Satanás anda tras de uds. para cribarlos como al trigo. Pero yo he pedido por ti para que no pierdas la fe. Y tú, cuando te arrepientas, confirma en la fe a tus hermanos*». Luego, al llegar al Huerto, les dijo: «*Hagan oración para no caer en la tentación. El espíritu puede ser fuerte, pero la carne es débil*». Por más que les insistió, ellos se durmieron. Y fallaron. Lo abandonaron y huyeron. Pedro regresa y lo va siguiendo de lejos y entra en el palacio del sacerdote, pero no ha medido las fuerzas. Y por miedo lo niega, incluso con juramentos y maldiciones. Cuando él muere sólo habrá a lo lejos unas mujeres; su madre y el discípulo amado, al pie de la cruz. Después no les queda ya más que caer en la **tentación de la desesperanza y del olvido**.

De todo eso los rescatará el Padre cuando resucita a Jesús y los capacita para que lo experimenten como resucitado. Así se reconstruiría el núcleo de la Iglesia. Así comenzará la aventura de la evangelización.

La tentación del retorta la Ley

Todavía después de la experiencia pascual, e incluso después de Pentecostés, caerán en varias tentaciones. Quizá la más fuerte, la que estuvo a punto de dar al traste con todo, fue la **tentación de la Ley y de la uniformidad**. El Espíritu se les adelantó en el camino ha-

cristianos que seguían en Jerusalén bajo la dirección de Santiago, todavía bajo las normas de la religión y la ley judías, (aunque con la certeza de que Jesús era el Mesías que habían esperado tanto tiempo), se opusieron primero a Pedro por haber bautizado a unos gentiles en Cesarea (Hch 11,1-17); luego quisieron someter a todos a las mismas obligaciones rituales, concretamente la circuncisión (Hch 15,5). Pablo se opuso y fue la mediación de Pedro la que logró suavizar las cosas (Hch 15,7-11) y que el grupo de Santiago aceptara que entre los gentiles también estaba actuando el Espíritu Santo, al margen y más allá de la Ley de Moisés (Hch 15, 13-21). Pero fue mucho lo que tuvieron que sufrir los primeros cristianos a manos de los judaizantes, como queda constancia en la carta de Pablo a los Gálatas (cf

narra su enfrentamiento con Pedro por actuar con doblez por miedo a Santiago y a su grupo (Gal 2,1-4,7).

La tentación de la exaltación y la evasión

Otra fue la tentación de la exaltación y la evasión de la historia. Dejándose llevar de la euforia y de la fe en la resurrección, hubo quienes se sentían ya resucitados, participantes del mundo futuro, y ponían su confianza en experiencias extraordinarias, incluso extrañas, pensando que eso era la garantía de su salvación (1 Cor 14). Pero eso los llevaba a ausentarse de los compromisos cotidianos de la historia, por sentirse más allá de ella. Incluso quienes cayeron en la tentación del misticismo evasivo, y que ni siquiera trabaja-

para los demás. Pablo también prevendrá a su comunidad contra esa tentación, dejándoles como norma aquel famoso dicho: «El que no quiera trabajar, que no coma. Porque me he enterado de que algunos de su comunidad viven en la ociosidad, muy ocupados en no hacer nada...» (2 Tes 2,6-15). Y dejará como norma definitiva la práctica del amor (1 Cor 13; Gal 5,13s; Rom 12,9-13; 13,8-10...)

La tentación del olvido de la humanidad de Jesús

Otros, por esa misma experiencia de exaltación, se olvidaban de la experiencia histórica y del caminar de Jesús de Nazaret; olvidaban, o dejaban en segundo término, su misma cruz. A ellos tanto Pablo como los evangelistas les prevendrán contra la tentación del olvido, tanto de Jesús, de su verdadera humanidad, como de los pobres, y les propondrán su práctica de amor y su cruz (1 Cor 1,20-25) como camino a la resurrección. Por eso insistirán en que la verdadera experiencia de Dios se da precisamente en la práctica del amor a los demás (1 Jn 4,7-13), particularmente a los necesitados (1 Jn 3,10-18; 4,19-5,1), que es en lo que consiste la verdadera religión (Sant 1,26s). Es condición indispensable para que los actos de culto sean verdaderos; incluso la Eucaristía no será hacer lo que el Señor hizo, si se realiza en una comunidad divina (1 Cor 1,10ss) en la que hay hambrientos y hartos (1 Cor 11,17-32).

LAS TENTACIONES DE LA IGLESIA, HOY

No nos debe extrañar que hoy la Iglesia siga sujeta a tentaciones en lo que es su tarea fundamental, la que la define, que es la evangelización. Sólo abdicando de su condición humana quedaría libre de tentación; pero eso sólo se daría al precio de quedar libre de la liber-



ta humanidad. Pretender una Iglesia libre de tentación sería una herja cercana al *docetismo eclesial*. Tanto el mundo al que se quiere evangelizar como ella misma, están expuestos a diversas tentaciones. Y eso requiere de ella una actitud de discernimiento.

El término *tentación* se refiere a situaciones que tienen apariencia de bondad, pero que en realidad se apartan del proyecto del Padre o van en su contra. Su proyecto de que los hombres tengamos su misma vida y la tengamos en abundancia, que nos tratemos como hermanos, que compartamos el mundo como patrimonio suyo para nosotros, y que vivamos como hijos suyos y como hermanos de los demás. La tentación no es de por sí pecado, sino que nos sollicita y seduce para que actuemos de manera contraria al Reino.

Quizás como tentación general podríamos hablar de la tentación de no tomar en serio la novedad que hubo para América Latina con Medellín y Puebla; el primero, el más serio intento colegial de aplicar a todo un continente el Concilio Vaticano II; y Puebla, el intento también colegial de revisar los procesos de evangelización para toda la Iglesia Latinoamericana. En muchas Diócesis se ignoró, en la práctica al menos, y en algunas incluso se silenció, lo que en esos grandes momentos eclesiales se había avanzado. Consiguientemente se siguió caminando por los caminos tradicionales, sin una seria planeación pastoral, sin una evaluación, y con una mera apariencia de reforma que se redujo en algunos casos a un simple maquillaje con visos de renovación.

Todas nuestras tentaciones hoy, en este momento de nueva evangelización, irán por la línea de las tentaciones que sufrió Jesús, o las que sufrieron los discípulos o la primera comunidad. Pero tendrán características también diferentes.

Ya mencionamos arriba, sino a algunas que son más propias del momento presente. Podemos hablar de dos tipos de tentaciones: las que vienen de dentro mismo de la Iglesia y las que le vienen de fuera.

Tentaciones que vienen de dentro

El hecho mismo de que el Papa convoque a la Iglesia a una nueva etapa en el proceso evangelizador supone que piensa que hay en nuestra evangelización actual algo *envejecido* en ella. La rutina en la práctica pastoral puede impedirnos comprender que el momento presente exige de nosotros, la Iglesia, algo *nuevo* en el proyecto pastoral. Y lo primero que eso supone es la superación de lo que haya de *envejecido* en nuestra práctica pastoral.

La actual puede ser vieja evangelización de dos maneras: a) si repite errores y desaciertos habidos en la primera (en su ardor, métodos o expresiones y que, por comprensibles y aun excusables que hayan sido en aquel momento, por los condicionamientos culturales de la época, ahora sería inexcusable seguirlos cometiendo; b) si repite prácticas que, habiendo sido adecuadas en el pasado, ahora ya no lo son. Pueden ser cosas como las siguientes:

La tentación de olvidar el Vaticano II

No tomar suficientemente en serio el enfoque pastoral del VAt. II: *«Para cumplir su misión, es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos, e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los interrogantes perennes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua rela-*

ción de ambos» (GS 4). Estaba envejecida una práctica evangelizadora que no tomara en serio los acontecimientos como *signo* para su proyecto, y que no los interpretara a la luz del evangelio. También si la Iglesia buscara que la humanidad se acomode a ella y no al revés. Sin eso no podrá dar respuestas adecuadas a las preguntas del hombre de hoy.

La tentación de olvidar Medellín y Puebla

El Documento preparatorio para Santo Domingo insiste en que ambos acontecimientos eclesiales deben ser normativos para la nueva evangelización. Una de las insistencias de ambos fue el descubrir como signo de los tiempos el clamor del pueblo; por tanto, como directriz para la planeación pastoral. Otra de sus insistencias fue la opción por los pobres y el descubrirlo no sólo como destinatario de la tarea evangelizadora sino como agente de la evangelización. La práctica ulterior ha confirmado que es una realidad que los evangelizadores son también evangelizados por los pobres. Olvidar que la situación de América Latina condiciona la tarea evangelizadora de manera diferente a como se realiza en otros lugares puede hacer de Medellín y de Puebla un recuerdo irrelevante del pasado.

La tentación del *eclesiocentrismo*

La tentación de ver al mundo en función de sí misma más que de verse volcada al servicio del mundo, siendo para él un testimonio vivo del amor que Dios le tiene y del proyecto de vida de acuerdo al cual quiere que se organice la historia, ha desorientado en otros momentos la tarea evangelizadora hacia un *eclesiocentrismo* que a veces se ha manifestado en actitudes impositivas, faltas de diálogo, desde una pretensión de identificar la Iglesia con el Reino de Dios, y

que hay de salvífico en el mundo. Sería una puesta al día de la tentación del monopolio en la lucha contra el mal, que sufrieron los discípulos de Jesús, o de la tentación del triunfalismo.

La tentación del clerocentrismo

Una forma de este eclesiocentrismo es el *clerocentrismo* que considera que el elemento central de la Iglesia es la Jerarquía y el clero, más que el pueblo de Dios, a cuyo servicio están. Esto tiende a organizar a la Iglesia en base a una estructura piramidal, escalafonaria, en la que el clero acapara toda actividad religiosa, particularmente el culto, dejando al laico las tareas de segunda, las *mundanas*, y asume el papel protagónico en la Iglesia. Como consecuencia, marginará al laico, particularmente a la mujer, y le impedirá asumir su papel dentro de la Iglesia, relegándolo al papel de mero ejecutor de las tareas que se le designen desde arriba.

La tentación del método antiguo

Una práctica evangelizadora envejecida supondría cosas como las siguientes:

- que la fe cristiana es algo meramente individual y no social y, por tanto, con incidencia en las tareas de la construcción de la *polis* y en sus dinámicas sociales, económicas, culturales y políticas;

- que la salvación es fundamentalmente asunto del alma y de la otra vida, no de la historia actual ni de la totalidad de la persona;

- que las necesidades de salvación son siempre las mismas en todas partes y que se les responde de igual manera en cualquier parte del mundo;

- que el hombre tiene la obligación de aceptar, junto con el mensaje de salvación que se le ofrece,

el repaje cultural en el que viene envuelto, so pena de ser infiel;

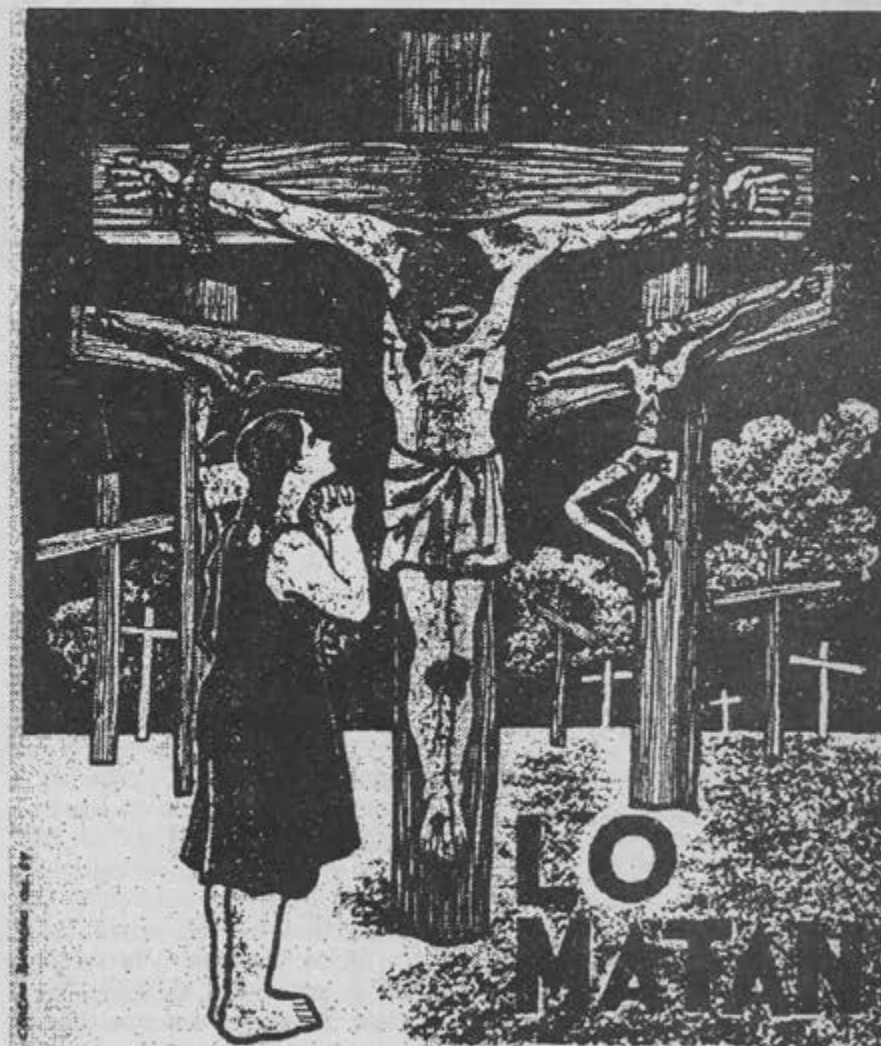
- que el pueblo no tiene acceso a la Biblia, sino sólo los doctos;

- que la norma de conducta de los cristianos es la opinión más segura de los teólogos y no la palabra de Dios;

Fue característico de momentos anteriores de la evangelización la coacción, una cierta imposición, el recurso al miedo a la condenación e incluso a las presiones morales y aun físicas a los que pensaban diferente o no aceptaban la fe. El método de *conquista* es, sin duda, más eficiente, pero haría de la evangelización algo envejecido,

que no entrara en diálogo con las culturas ni descubriera en ellas las semillas del Verbo.

También sería envejecido un método centrado en las élites, en los privilegiados, confiado en las alianzas con los poderosos, y que descuidara la formación en profundidad del pueblo. Igualmente un método que se centrara sólo en el cambio interior, pero que no llegara a asumir su dimensión social, de transformación de lo político, de lo económico, de lo cultural, llevando a un divorcio práctico entre fe y vida. También la falta de rigor en la planeación y en la evaluación de la acción pastoral, de manera que se deje todo a la improvisación y a la buena voluntad.



Y en cuanto a la manera de formular su mensaje (la *expresión*), sería envejecida una evangelización que supusiera que la fe es un *depósito* de formulaciones que no debe buscar adecuarse a las circunstancias culturales cambiantes; también si predominara en ella el énfasis en lo doctrinal y conceptual por sobre la experiencia total y el compromiso de una praxis de amor eficaz. Igualmente estaría envejecida una evangelización en la que predominara un acento moralista sin enraizamiento en la Biblia, a la que recurriera meramente en busca de pruebas para sus afirmaciones.

Estaría envejecida una Iglesia que entienda la práctica sacramental como *administración*, y que pone el énfasis en lo burocrático de los trámites más que en la verdad de la expresión simbólica, la adecuación de lo celebrado con lo vivido, los ritos más que la conversión y el impulso al servicio.

Estaría también envejecida una evangelización que no realizara una tarea de discernimiento sobre cuál es el *énfasis-época* en el que toca insistir; insistir en aspectos enfatizados en el pasado, pero ahora fuera de época supondría una infidelidad al dinamismo de la encarnación que debe inspirar toda tarea evangelizadora. Podemos mencionar, entre otros, y a manera de ejemplo, los siguientes:

- el recurso a la violencia de lo sagrado y el miedo que produce, para provocar la conversión;

- la presentación de la misión de la Iglesia como *salvación de las almas*;

a lo cultural y su espacio a lo sacro como diferente y distante de lo profano;

- paralelamente, el entender el cuerpo, el sexo, el mundo como adversario a vencer, como 'lo malo';

- la presentación de Jesucristo como una especie de superhombre, más allá de lo humano;

- la defensa argumentativa apogética de las verdades de la fe;

- el hablar de dos historias paralelas, la de salvación y la profana;

- una visión *pecadocéntrica* que ve el pecado en todo y como explicación última de todo, incluso de la encarnación de Jesús.

Tentaciones que vienen de fuera

En Santo Domingo el Papa señaló algunas de esas tentaciones. No todas son igualmente aplicables a México. Podríamos tal vez plantearlas de la siguiente manera:

La tentación de secundar los planes de los poderosos

Las potencias extranjeras actúan en favor de sus propios intereses económicos, en función de los cuales manipulan a los pueblos del continente, México concretamente, y los convierten en campo de maniobras económicas, políticas e ideológicas al servicio de sus intereses. Sus ideologías son un obstáculo a la nueva evangelización porque pretenden sustituir al verdadero Dios que nos reveló Jesús, con ídolos: el poder, (y la violencia que le acompaña siempre), la riqueza, el placer. Algunos medios

acentúan el problema, son el narcotráfico, la pornografía, la creación de una pseudocultura hedonista que va acabando con los valores de nuestro pueblo.

La tentación de entrar al campo de los satisfechos

Ese obstáculo es reforzado por las conductas de los 'satisfechos', minorías que se aferran a su situación privilegiada y opulenta, mientras amplios sectores del pueblo viven en situaciones dramáticas de miseria, marginación y opresión, contrarias al proyecto del Padre y a su dignidad de hombres y de hijos de Dios. En la medida en que esas situaciones se van haciendo más extremas e inhumanas, y en la medida en que se imposibilita el diálogo y las soluciones políticas, se hace inevitablemente más real el peligro de la tentación de la violencia.

La tentación del secularismo

En el esfuerzo por construir nuevos modelos sociales, llegar a prescindir de la vocación y los valores cristianos. El problema es respetar la autonomía de lo temporal, de lo político, lo económico, lo cultural, pero al mismo tiempo saber llenarlo de espíritu evangélico.

La tentación de la fe sin práctica

El debilitamiento de la fe cristiana. Las sectas son sin duda una tentación para muchos católicos que no tienen una adecuada formación. También se debilita la fe cuando se la ideologiza, en cualquier dirección que sea: por ejemplo, cuando se la reduce al sentimiento, que propicia la evasión y la falta de compromiso. O cuando se la separa de la vida y no se acep-

BAJADO DE LA CRUZ



Artista: Alvaro del Portillo

CONCLUSION

La tarea que el Papa nos ha propuesto ha de suponer, como primer paso, un serio análisis de nuestra práctica evangelizadora. No podemos dar por supuesto que es cuestión de cambios meramente superficiales. Su proclama nos exige que enfrentemos lo que seguramente hay de envejecido en ella; sólo que pensáramos que ya estamos viviendo la nueva evangelización y que, por tanto, no somos destinatarios de su exhortación, podríamos dispensarnos de esa tarea. Lo anterior han sido unas pistas nada más para ese análisis; no hay mucho escrito en esta línea, sino que más bien nos hemos centrado en hablar del proyecto futuro sin hablar de las deficiencias del presente o del pasado. Si no hiciéramos eso con seriedad y con humildad, estaríamos tal vez invalidando la proclama del Papa y, lo que es más grave, estaríamos invalidando el Evangelio mismo.

NOTAS

1. En realidad esta preocupación del Papa viene de más atrás: de la primera visita a su tierra, Polonia. El 9 de junio de 1979, en

Cracovia, ante la Cruz de Mogila, donde se inició la evangelización de Polonia, dijo: «Donde se levanta la cruz, está la señal de que se ha iniciado la evangelización... Con ella hemos recibido una señal: que en el umbral del nuevo milenio... vuelve a ser anunciado el evangelio. Se ha dado comienzo a una nueva evangelización, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo... Agradecemos hoy, ante la cruz de Mogila, este nuevo comienzo de evangelización, que aquí se ha efectuando». «Esto se confirma aquí en Nowa Huta. Este ha sido el principio de la nueva evangelización en los albores del nuevo milenio del cristianismo en Polonia. Este nuevo comienzo lo hemos vivido juntos y lo he llevado conmigo, desde Cracovia a Roma, como una reliquia». «La nueva cruz... ha anunciado el nacimiento de la nueva Iglesia» (Homilía a los obreros, Nowa Huta, OssR 24 jun 79, pp 6.8). En Haití su planteamiento es: «La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión» (OssR 20 mar 83, p. 24).

2. Vocabulario de Teología Bíblica, p. 653a.

3. Estas tentaciones paradigmáticas serán retomadas por los relatos evangélicos, co-

prender las tentaciones que sufrió Jesús. 4. Vocabulario de Teología Bíblica, p. 655. 5. Y comentará Rahner, respecto de la auto-comprensión de Jesús: «Jesús tuvo una conciencia humana de sí mismo que no debe ser identificada, en un esquema 'monofisita', con la conciencia misma del Logos de Dios, como si éste manipulase últimamente la realidad humana de Jesús como algo pasivo, como un mero atuendo exterior del único sujeto divino activo. La autoconciencia humana de Jesús se situó ante Dios, como cualquier otra conciencia humana, en la distancia de su ser creado, en libertad, obediencia y adoración» (Tesis 18 de Líneas fundamentales de una Cristología sistemática en Rahner-Thüsing, Cristología. Estudio teológico y exegético, Madrid, 1975, p. 33). Y sigue el mismo autor: «Sin perjuicio de que en Jesús se dé, como realidad última y peculiar, a lo largo de toda su vida una conciencia profunda y no refleja de su radical e irrepetible proximidad con respecto a Dios (tal como se manifiesta en la originalidad de su actitud con el 'Padre'), esa (auto) conciencia de

Jesús, que se objetiva y verbaliza, tiene una historia: comparte los horizontes y las formas conceptuales de su mundo ambiental (para ser ella misma y no sólo como una 'condescendencia' con los demás); aprende, hace nuevas y sorprendentes experiencias y se siente amenazada por crisis extremas de autoidentificación, aun cuando estas crisis, sin perder su fuerza, estén arropadas por la conciencia de que también ellas se encuentran implicadas en la voluntad del 'Padre'» (id. pp. 33s).

6. Dice Glez Faus: En algunos momentos de su vida, Jesús parece haberse visto enfrentado a la posibilidad de utilizar su particular relación con Dios como Abba, sea en provecho propio, sea como medio contundente para asegurar el éxito de su misión. En otros momentos parece que el tema del poder terreno se hizo presente a su conciencia como medio para llevar adelante su misión, especialmente ante el endurecimiento de la oposición a El, que venía precisamente del poder, y ante las ideas ambientales que vinculaban mesianismo y poder terreno» (La humanidad nueva, Sal Terrae, 1984, p. 169).

7. Glez Faus, La Humanidad nueva, p. 172.

LA COMPAÑÍA DE JESUS Y LA NUEVA EVANGELIZACION

Provinciales de América Latina

A TODOS LOS JESUITAS DE AMERICA LATINA

1. INTRODUCCION

Los Provinciales de las Provincias de América Latina nos hemos reunido en Cartagena de Indias junto a la tumba de San Pedro Claver. Interpelados por aquel que se hizo esclavo de los esclavos, nos dirigimos a todos nuestros compañeros del continente para compartir con ustedes el fruto de nuestras deliberaciones acerca de nuestra colaboración en el esfuerzo de todas nuestras Iglesias locales por la Nueva Evangelización.

Ante todo queremos dar gracias al Señor por habernos permitido vivir esta experiencia de comunión y discernimiento: en ella hemos comprendido mejor el sentido de ese renovado esfuerzo pastoral llamado «Nueva Evangelización». Según palabras del Papa, sus características son: «nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión», a las que cabe añadir «nueva por su sujeto», el del pueblo empobrecido que busca organizarse para su liberación.

Al encarar nuestra responsabilidad, hemos reconocido ante todo una serie de *desafíos* que consigamos a continuación.

2. PRIMERA PARTE: DESAFIOS A LOS QUE DEBE RESPONDER LA NUEVA EVANGELIZACION.

2.1. Una presentación adecuada del misterio de Jesús y de los valores evangélicos al mundo de hoy, es el primer desafío que nos

«Anunciar la Palabra de Vida -según Juan Pablo II- está en el centro de la evangelización y nada puede sustituir la proclamación de Jesucristo y el encuentro personal con su misterio: ni los más perspicaces análisis de la realidad, ni las más esmeradas estrategias de apostolado» (A la 15 Asamblea de la Conferencia de Religiosos del Brasil, Julio 11, 1989).

2.2. Uno de los principales desafíos que sentimos ante el llamado de la nueva Evangelización es la situación de injusticia social que se manifiesta en el empobrecimiento y deshumanización de inmensas mayorías y en las situaciones de miseria y de violencia, incompatibles con la dignidad humana.

Este escándalo de una realidad antievangélica, que mantiene a tantos hermanos nuestros oprimidos e injustamente tratados, resta credibilidad a la Nueva Evangelización.

Nosotros nos preguntamos: ¿cómo solidarizarnos con los oprimidos? ¿Cuál debe ser nuestra cercanía a las situaciones de injusticia para poder ser evangelizados y evangelizar con la novedad del Evangelio?

2.3. Otro gran desafío es la *descomposición moral y la corrupción* en países que se llaman cristianos. Nos cuestiona profundamente la pérdida progresiva de los valores fundamentales en nuestras sociedades; la invasión de una cultura individualista y hedonista, que corre detrás del dinero y del consumo, que abusa del poder para humillar y dominar y que irrespetea a la mujer.

Advertimos también el avance del secularismo: la pérdida del sentido de Dios y de la vida humana, el abandono de los valores cristianos y la descomposición familiar.

Nos desafía especialmente la necesidad de evangelizar un mun-

violencia, la falta de respeto a la vida, la violación de los derechos humanos más fundamentales y la impunidad generalizada. Sentimos la urgencia de trabajar por la reconciliación en un mundo dominado por fuerzas de odio, de violencia y de muerte.

2.4. Un nuevo desafío lo constituye la realidad cambiante de las *culturas*. Reconocemos la necesidad de encarnarnos más decididamente en ellas, descubriendo los elementos positivos que contienen, para evangelizarlas desde su interior.

Reafirmamos los valores de nuestras culturas latinoamericanas, ante el desafío de la cultura invasora, promovida y alimentada por los medios de comunicación.

Aceptamos la nueva cultura que emerge en muchas partes con un nuevo sujeto, «el empobrecido organizado» (los pobres que buscan organizarse para su liberación), y queremos apoyar los esfuerzos de un modelo de evangelización participativo y liberador.

2.5. Ante la problemática descrita anteriormente, sentimos el gran desafío que nos presenta la *situación interna de la Iglesia* en muchos de nuestros países. Percibimos con excesiva frecuencia ciertas actitudes negativas (posturas radicales, intransigencias, falta de diálogo, intentos de regresión, etc.) que dañan la realidad de la Iglesia y le restan credibilidad ante la sociedad civil. Los Provinciales estamos dispuestos a hacer los esfuerzos necesarios para fomentar la unidad eclesial teniendo en cuenta los valores de la Nueva Evangelización y las esperanzas de los pobres de América Latina.

Somos conscientes de la misión profética que corresponde a la Vida Religiosa y queremos renovar nuestro aporte profético al servicio de la nueva Evangelización,

a la vi-
hos hu-
y la im-
imos la
reconci-
ado por
ia y de

Nos cuestiona el fuerte clericali-
lismo que predomina todavía en la
Iglesia y la relegación de los laicos
en el seno de la misma y en la
transformación de la realidad. Nos
preguntamos,
por tanto, qué
hacer para tra-
bajar más ínti-
mamente con
los laicos supe-
rando toda acti-
tud paternalista.

Reconoce-
mos que la pér-
dida de espe-
ranza de algu-
nos pueblos
frente a los par-
tidos políticos y
otras institucio-
nes constituye
un desafío. La
esperanza de
muchos en la vi-
talidad de la
Iglesia y de la
Compañía debe
ser un estímulo
para la tarea de
construir un
mundo de co-
muni6n y parti-
cipaci6n.

Es claro para
nosotros que el
esfuerzo de re-
conciliaci6n
dentro de noso-
tros mismos es
presupuesto pa-
ra trabajar en la
reconciliaci6n
de la sociedad:
la uni6n de la Iglesia es condici6n
para que el mundo crea.

2.6. Como miembros de la
Compañía, sentimos que la Nueva
Evangelizaci6n implica la necesi-
dad de nuestra conversi6n: de una
mayor coherencia de vida y de tra-
bajo; de una vida evangélicamente
más radical; de una renovaci6n
personal y comunitaria en los Ejer-
cicios y en nuestro carisma, parti-

calamente en el seguimiento de
un Jesús pobre y humilde que opta
por los pobres.

Nos desafía la necesidad de su-
perar los temores y cansancios de
algunos compañeros frente a la te-
mática de la liberaci6n y la opci6n

DE ACCION

Ante la magnitud de los desa-
fíos descritos, queremos compartir
nuestro discernimiento en torno a
las líneas de acci6n que se nos
presentan como
exigencias de la
Nueva Evangeli-
zaci6n.

3.1. Nos sentimos llamados a la conversi6n

Constatamos,
no sólo desde
nuestra experien-
cia, sino desde la
práctica de mu-
chos jesuitas lati-
noamericanos, la
necesidad de una
profunda conver-
si6n que nos ha-
ga ahondar en
nuestro propio
carisma y en sus
raíces evangéli-
cas y eclesiales.
Los Ejercicios Es-
pirituales, fuente
de conversi6n y
crecimiento espi-
ritual para todo
jesuita, «nos invi-
tan a contemplar
el mundo de hoy
con aquel amor
con que lo con-
templaban las per-
sonas divinas, de
tal manera que
comprendamos

mejor la necesidad de los hom-
bres tal como Dios las comprende
y así nos ofrezcamos a participar
en el designio divino de la salva-
ci6n del mundo» (C.G. XXXIII, 91).

Y es esta contemplaci6n la que
nos hace volver los ojos a las reali-
dades estructurales que mantienen
en situaci6n de pecado a nuestros
pueblos, así como, sobre todo, a
las grandes mayorías que sufren



EN EL SEPULCRO

preferencial por los pobres.

Sentimos la responsabilidad an-
te las nuevas generaciones de ayu-
darles a su inserci6n en la vida de
la Compañía, en la adopci6n de
nuevas formas de vida religiosa y
en la formaci6n hacia un modelo
de evangelizaci6n inculturada y li-
beradora.

mundo más humano desde la esperanza y el coraje que les da la propia fe transmitida en las vivencias populares de solidaridad iluminadas por el evangelio.

A la manera de Ignacio, nos sentimos urgidos por la fuerza del Espíritu Santo a pedir y desear vivir más plenamente el conocimiento interno, amor y seguimiento de Jesús.

3.2. En solidaridad con los pobres que buscan organizarse para su liberación

Con estas mayorías oprimidas queremos echar nuestra suerte y cargar nuestra cruz.

Servir al latinoamericano empobrecido que a través de sus propias organizaciones comienza a buscar su liberación, es no sólo una tarea a la que apuntan las necesidades del mundo contemporáneo, sino una consecuencia de la vocación a la que hemos sido llamados.

La solidaridad y apoyo crítico a todo movimiento que lleve a una liberación integral de los pobres, que incluye los aspectos sociales, económicos, políticos y culturales, es el primer paso que todos debemos dar. *«Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podremos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y los oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo. Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. podremos así hablarles de Dios nuestro Padre, que reconcilia la humanidad*

de una fraternidad verdadera» (C.G. XXXII, decr. 4, 50).

3.3. En camino hacia la inserción en medios populares

De estas opciones solidarias se desprende toda una serie de exigencias que tocan en primer lugar a nuestro voto de pobreza. *«Los compañeros de Jesús no podrán oír el clamor de los pobres si no adquieren una experiencia personal más directa de las miserias y estrecheces de los pobres»* (C.G. XXXII, decr. 12, 5). Nuestros recursos materiales, así como la riqueza de nuestra espiritualidad y cultura, están marcadas también por la hipoteca social de la que nos habla la *Laborem Exercens*. Esto nos debe llevar a una mayor coherencia entre nuestros estilos de vida y nuestras opciones.

La inserción de trabajo y convivencia en los extensos medios empobrecidos de América Latina, que desde hace años ha tomado en la vida religiosa latinoamericana las dimensiones de un movimiento amplio y creciente, se presentan ante nosotros como un camino clásico y renovador al mismo tiempo, que no podemos ni debemos soslayar.

De alguna manera, el sentido de nuestras antiguas casas profesas, cobraría hoy en la inserción su raíz original de presencia abierta, gratuita y peregrinante con y desde los que tienen hoy en día mayor necesidad.

3.4. Con una opción clara de servicio a los laicos

En esta tarea es ineludible nuestro apoyo a los laicos tanto en su responsabilidad creciente en la Iglesia, como en su tarea de transformar la realidad social en consonancia con los valores del evangelio.

Aprender de los laicos, depositar nuestra confianza en ellos, cola-

sin aspirar a protagonismos, son elementos evidentes de esta opción. Sólo así daremos a tantos hermanos la importancia que como mayoría evangelizadora tienen en la Iglesia y sólo así podremos servirles en la tarea prioritaria del laico cristiano que exige una transformación «audaz y urgente» de la realidad latinoamericana.

3.5. Desde una formación en consonancia con las exigencias de una realidad compleja

La causa del evangelio y de la Iglesia muestra cada vez más su rostro, limpio y brillante, en el caminar de los pobres. La complejidad creciente en todos los órdenes de nuestras sociedades actuales nos exige, precisamente para ser fieles a quienes queremos servir, una preparación seria en todas aquellas ciencias y experiencias que nos lleven a un conocimiento estructural de la realidad.

Sólo desde esta preparación nuestro trabajo acertará a vislumbrar los rasgos más humanos del futuro y nuestra presencia testimonial entre los pobres se verá libre, con mayor facilidad, de los errores, manipulaciones e ingenuidades a que siempre estaremos expuestos y que pueden afectar el compromiso evangélico de nuestro trabajo.

Esta misma preparación nos acercará mejor a la pedagogía del caminar hacia una nueva sociedad, donde los desheredados de nuestros pueblos sean protagonistas de su historia y desarrollo y donde el evangelio pueda presentarse en toda su plenitud.

3.6. En comunión eclesial

Todo esto no tendría sentido si no acertamos a caminar dentro de un ritmo eclesial en el que desde el diálogo y desde la humildad, seamos fieles al doble rostro de nuestra identidad; ser mínima Compañía que busca siempre servir en Iglesia desde la gratuidad del Dios

3.7. De las obligaciones del trabajo en la Compañía

Es neas ción denter insufic para los que mente menci No p mos der a ellos magni este cado. querer ñalar bos que discer nos H do. S que de re don en def ha ini la Co La más s va de los mártir sangre socieci tiana. centra que no

os, son
sta op-
tantos
que co-
tienen
dremos
aria del
a trans-
» de la

en
ancias

y de la
más su
el cam-
ompleji-
rdenes
ctuales
ara ser
servir,
todas
iencias
imiento

aración
vislum-
nos del
estimo-
rá libre,
errores,
ades a
puestos
npromi-
abajo.

ón nos
gía del
ciudad,
e nues-
istas de
onde el
e to-

ntido si
entro de
desde el
ad, sea-
de nues-
Compa-
ervir en
del Dios

que llama, y mantener el compro-
miso del «magis» y la Mayor Gloria
de Dios como fuerza crítica y libe-
radora.

3.7. Desde las obras y trabajos de la Compañía

Estas líneas de acción son evidentemente insuficientes para enfrentar los desafíos que anteriormente hemos mencionado. No pretendemos responder a todos ellos ni a su magnitud en este comunicado. Pero sí queremos señalar los rumbos por los que nuestro discernimiento nos ha llevado. Sabemos que el inicio de respuesta, don de Dios en definitiva, la ha iniciado ya la Compañía. La muestra más significativa de ello son los nuevos mártires que han sellado ya con su sangre nuestra búsqueda de una sociedad más humana y más cristiana. Nuestro trabajo actual se centra, sobre todo, en los caminos que nos quedan por recorrer

En este contexto queremos también destacar el apoyo a la colaboración de tantos hermanos

de refugiados y desplazados por las guerras, en los barrios de las grandes ciudades y entre nuestros

campesinos marginados, en nuestros colegios, centros de investigación, parroquias, publicaciones y medios de comunicación, casas de ejercicios y otras obras, buscamos siempre vivir el espíritu de las bienaventuranzas en medio de la situación latinoamericana y del clamor de sus pueblos. Si nuestras palabras pueden servirles de estímulo, nuestra

alegría por el don del Señor llegará a su plenitud en ustedes.

Cartagena de Indias, agosto 26 de 1989.

RESUCITA



nuestros que desde los países desarrollados se solidarizan con el dolor de nuestros hermanos crucificados por la miseria y la injusticia.

En el trabajo con indígenas, en las universidades tratando de repensar futuros más humanos, en-

mos construir un mundo nuevo y debemos hacerlo juntos».

«Ante ello, el otro jugador, primer Reagan, después Bush, tuvo que tomar la decisión: continuar el viejo juego geopolítico o adoptar el nuevo modo de pensar y los nuevos valores. La Administración Bush decidió continuar el viejo juego geopolítico. Bush habla acerca del «nuevo mundo» pero claramente decide perpetuar el viejo sistema y los viejos valores.

«Perpetuar el «viejo orden del mundo» significa perpetuar la sobreacentuación de la expansión, la dominación y la violencia. En otras palabras: «Si es para nuestra ventaja geopolítica establecernos firmemente en la región del Golfo, lo haremos aunque ello implique una guerra».

«Pero ¿por qué la región del Golfo es de una estrategia tan grande? La respuesta es por supuesto el Petróleo, y esto nos lleva a la segunda clave de la guerra: la política energética.

«Las amenazas a la «Seguridad Nacional», a nuestros «intereses vitales» no vienen de Saddam Hussein, sino de los diez años de políticas erróneas de energéticos en las que Bush ha sido un jugador clave. Estas políticas, en las que se ha puesto gran énfasis en los combustibles fósiles o nucleares en lugar de darle importancia a la energía solar y a la conservación, han traído como resultado una recesión económica y ahora la muerte de miles de hombres en las arenas del Golfo Pérsico.

«El nuevo plan de energéticos de la Administración Bush, revelado en diciembre último, continúa

pide libramos de la dependencia del petróleo del Medio Oriente. Recuerden que aumentando el promedio de eficacia de consumo de combustible en nuestros autos únicamente en 3 millas por galón, seríamos independientes del petróleo de Irak y Kuwait. Mejorando la eficiencia de ahorro de combustible en otras 9 millas por galón, algo fácil de lograr con la alta tecnología de que disponemos podríamos eliminar la dependencia de todo el petróleo del Oriente Medio.

«Por lo tanto, el Medio Oriente es importante estratégicamente únicamente por una falsa percepción de nuestras necesidades de energía: será importante mientras la economía de Estados Unidos continúe desperdiciando el petróleo en forma desmesurada. En una economía basada en el petróleo, la región del Golfo parece de gran importancia estratégica, y por esa razón están nuestras tropas ahí.

«Los Estados Unidos han tratado durante muchos años de establecer una base en Arabia Saudita, sin resultado. La invasión de Kuwait por Saddam Hussein les ofreció la oportunidad ideal. De hecho en la actualidad hay reportes de que los Estados Unidos casi alentaron la invasión de Kuwait por Saddam, dejándole saber por conductos diplomáticos en julio de 1990 que no se opondrían a sus proyectos sobre Kuwait. En agosto Saddam Hussein invadió Kuwait y desde entonces nuestras tropas están firmemente establecidas en Arabia Saudita, donde siempre quisieron estar.

«Pero ¿por qué invadió Saddam Hussein a Kuwait? ¿Porque es un tirano y un megalomaniaco? Quizá, pero hay una razón más importante: la política del petróleo. Saddam invadió Kuwait porque el precio del petróleo kuwaití era tan bajo que era una gran amenaza

para la economía y la industria petrolera iraquí, que estaba en ruinas después de la larga y costosa guerra con Irán.

«Durante los años ochenta el precio del petróleo declinó continuamente mientras todos los otros precios aumentaban. Esta baja se produjo por la saturación del mercado producida por el petróleo de Arabia Saudita y Kuwait. Para la economía (norte)americana es crucial mantener bajos los precios del petróleo. Pero ¿qué interés pueden tener los árabes sauditas y los kuwaitíes en mantener bajos los precios?

«Estos dos países son, o más bien eran, emiratos gobernados por familias inmensamente ricas, que habían invertido sumas fabulosas en USA y otros países occidentales, en bienes raíces y todo tipo de inversiones; por lo tanto, tienen gran interés en conservar e incrementar la economía de USA; además, tienen gran cantidad de petróleo y ganan sumas enormes al refinarlo, distribuirlo, etc. Con las familias sauditas y kuwaitíes como socios, USA puede manejar su economía con precios bajos de petróleo.

«La estrategia inicial que se usó oficialmente contra Irak, después de la invasión de Kuwait, consistió en estacionar una fuerza militar en la frontera de Arabia Saudita, y en establecer una alianza firme contra Hussein con severas sanciones económicas. Estas sanciones resultaron muy efectivas al reducir severamente el PNB y amenazando con un colapso en el Ejército en pocos meses, por falta de refacciones. De este modo los Estados Unidos habían logrado su objetivo de tener una presencia militar en Arabia Saudita y las sanciones contra Irak habían dado magníficos resultados. ¿Por qué entonces armar la gran fuerza militar en noviembre de 1990? Pienso que la ra-

clave ya mencionada: la necesidad de dominar por la fuerza en el campo geopolítico para mantener el antiguo orden mundial; también incluye una pose de machismo como para reflejar en un espejo la postura de macho arrogante de Saddam Hussein. Recuerden que los medios preguntaron: ¿Quién va a parpadear?

«Saddam Hussein no parpadeó a pesar de todos estos alardes y preparativos. Para entonces, el Presidente Bush estaba acorralado. Sentía que no podía retirar sus tropas sin demostrar debilidad (el infame "wimp factor" -instinto asesino-) y, habiendo arruinado la economía (norte)americana en los últimos 10 años no podía arriesgarse a mantener las tropas en el Golfo mucho tiempo. Por lo tanto, Bush se fue a la guerra arriesgando la vida de miles de personas, dilapidando los dividendos de la paz y haciendo la vida más difícil y pesada a millones de seres de todo el mundo. Todo esto, en lugar de cambiar sus puntos de vista y sus valores.

nada con lo que el Pentágono llama «escenario de pesadilla»: Saddam saldría de Kuwait en el último minuto, con sus fuerzas intactas, listas para usarlas en la próxima ocasión. La falla aquí fue que nadie mencionó cómo mantendría Saddam sus fuerzas intactas: comprando armas de USA, Francia, Alemania y otros países. El infame negocio internacional del tráfico de armas a gran escala, practicado abiertamente por USA y otros países se olvida convenientemente cuando el Pentágono habla de este «escenario de pesadilla».

«Por supuesto que Saddam es un dictador y su invasión a Kuwait es una violación flagrante a la ley internacional, que no puede permitirse. Pero los Estados Unidos han mantenido dictadores en todo el mundo cuando le ha convenido a sus propósitos geopolíticos.

«Hay muchas más facetas en la crisis del Golfo: la cuestión Palestina, la cuestión del liderazgo árabe, el fundamentalismo islámico, la falta de liderazgo en el Congreso de

principal consiste en afirmar que ésta es una crisis de percepción de valores, de viejos modelos de pensamiento ya pasados de moda: una de las muchas crisis, pero una de las más trágicas y dramáticas, resultado de una visión ya caduca de la realidad».

Se acabó el síndrome del Vietnam; comienza el síndrome de Rambo. Se derrumbó un fundamentalismo, el de Saddam, se fortalece otro fundamentalismo: el del «Destino Manifiesto» de Dios sobre Norteamérica. Y con ello, el fortalecimiento del proyecto Reagan de la «Mayoría Moral», del «Conservadurismo» agresivo que impone sus designios a todas las naciones. Pero hay que temblar cuando también los conservadores, en la URSS, buscan el asalto al poder y amenazan a la *Perestroika*. La guerra fría, recién terminada, ¿no terminará por calentarse? Los hombres seguimos jugando peligrosamente con fuego...





TARAHUMARA: UNA IGLESIA PARTICULAR QUIERE PARTICIPAR EN SANTO DOMINGO

Vicariato Apostólico de la Tarahumara

Sisoguichi, Chih., Octubre 1990

En Sisoguichi, pequeño pueblo de la Sierra Tarahumara, en el Estado de Chihuahua, nos reunimos treinta sacerdotes de este Vicariato apostólico, con nuestro Obispo, para estudiar y poder aportar algo positivo al Documento «Elementos para una reflexión pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano», que se celebrará en 1992 en Santo Domingo, República Dominicana. Estuvimos, del 26 al 30 de septiembre de 1990, dedicados a este trabajo de Iglesia

El Documento, de 206 páginas, es ya la segunda redacción de un material que se viene elaborando, con la aportación de una Comisión Central creada por el CELAM, desde fines de 1988.

La mayoría de nosotros ya habíamos leído, aunque a marchas forzadas, este extenso Documento con dos expectativas muy claras: con la ilusión de ver en él la continuidad con las dos anteriores reuniones, de Medellín y Puebla; y con el deseo de confrontar nuestro caminar como Iglesia particular con estas posibles, futuras, grandes orientaciones para toda A.L. Este primer abordaje al Documento, a pesar de haber sido rápido, superficial, fragmentario, nos desilusionó.

No acabábamos de creer lo que leíamos: ¿era posible tal lejanía del espíritu de Medellín y Puebla, aun citando materialmente -con insistencia- textos de aquellas Conferencias? ¿Dónde había quedado el método para renovar la Iglesia, usado por el Vaticano II, por Medellín y por Puebla? Sí, se decía que se usaría, pero en la práctica se esfumaba y desaparecía. Estas y otras muchas impresiones de primer momento, de primera lectura, se fueron confirmando -por desgracia- en el transcurso del estudio ya reposado.

El documento tiene cuatro grandes partes: I. Visión Histórica de 500 años de Evangelización de A.L.; II. La Realidad Latinoamericana; III. Visión Pastoral de la Realidad aspecto Eclesial; IV. Iluminación Teológica.

Ia. PARTE: VISION HISTORICA

Abordamos LA VISION HISTORICA. Nos parece muy bueno que tengamos una visión histórica de lo que somos como pueblo. Y somos conscientes de que este Documento es sólo «Elementos para una reflexión...» pero nos parece que la visión Histórica de A.L. debe formar parte, estar integrada, a la visión de la realidad, como parte de la explicación causal de por qué somos así ahora. Junto con esta opinión sobre el «lugar» de la visión histórica, nos parece que ya aquí hace su aparición un elemento importante, pero que puede afectar indebidamente todo el enfoque del Documento: los 500 años del «descubrimiento de América». La celebración de este V Centenario no debe de tal manera condicionar la presentación de la visión histórica, que más parece

una justificación de un acontecimiento del pasado, que el análisis histórico, profundo, de una realidad que afecta a estos pueblos dominados de A.L., a quienes se les impuso una cultura extraña.

Además, esta visión histórica está tratada más desde la óptica de una Iglesia Jerárquica, que desde la vida del pueblo. Es más, desde la óptica de los vencedores que desde la de los vencidos. Rehuye una visión crítica de los efectos negativos de la Conquista en los pueblos y culturas del Continente, y no señala, suficientemente, una auto-crítica penitencial respecto del papel que la Iglesia, en su conjunto, tuvo en este acontecimiento.

Reconocemos que es difícil escribir sobre la historia, y más si se hace -al parecer- sólo desde una biblioteca, o desde los archivos, o como decimos «desde el escritorio»; pero encontramos una desvinculación entre el proceso histórico inicial de la Primera Evangelización, y su relación con el momento actual. No aparece el proceso histórico de liberación, vivido por la Iglesia en los últimos decenios; ni tampoco, las opciones alternativas que van brotando del pueblo pobre, de los indígenas, y de las minorías marginadas.

Queriendo ver la historia desde la perspectiva del pueblo latinoamericano, y con el deseo de dar un aporte positivo al futuro documento de Consulta, nos parece que la visión histórica de nuestra realidad debería tener los siguientes elementos: a) Una visión histórica, objetiva e integral, en la que se incluya el punto de vista de los vencidos: indígenas -sobre todo-, negros y minorías latinoamericana-

nas. b) Que trate de quiénes eran ellos, sus valores, su cultura, su cosmovisión, su religiosidad, antes de la llegada de los españoles y portugueses. c) Qué provocó en ellos el choque cultural, y cómo reaccionaron entonces y siguen reaccionando ante este choque, con su resistencia a la cultura todavía dominante.

Pensamos que sólo así, nuestra historia puede ayudarnos a conservar nuestra identidad latinoamericana, y a encontrar los retos y desafíos que se nos presentan en este proceso de Evangelización.

Por esta línea, más integral y más cuestionante, vemos las nueve conclusiones que aparecen en el documento, pero que no corresponden al tono, ni al enfoque del cuerpo histórico presentado anteriormente.

Algo semejante apreciamos en el Anexo: Visión Histórica (pág 38 a 45), que lleva como subtítulo «a manera de síntesis», y que no es tal, sino una visión -a nuestro parecer- más aceptable, mejor lograda en la conjunción de historia de la vida del pueblo cristiano en A.L. y también de las Instituciones Eclesiales. Y, dicho sea de paso, es mucho más breve y fácil de leer.

Ila. PARTE: LA REALIDAD LATINOAMERICANA

En la Ila. parte: REALIDAD LATINOAMERICANA, vienen las tres instancias ya clásicas al tratar de analizar la realidad: la instancia económica, la socio-política, y la cultural. Es un largo apartado de 52 páginas, precedido de una pequeña introducción, en donde, sin decir «agua va», y enmarcado en citas laudatorias de Medellín y Puebla, sencillamente da el carpetazo de cambio de método en el análisis ya tradicional de nuestra Iglesia Latinoamericana. Conviene transcribir dicho párrafo:

«Para el presente aporte a la reflexión preparatoria de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, ha habido un cambio metodológico que concentra su atención sobre tres núcleos que resumen los principales hechos característicos de la realidad Latinoamericana. El análisis de la realidad eclesial constituye un capítulo aparte, pero está en íntima conexión con la realidad social, en la cual desarrolla su misión evangelizadora la Iglesia».

Después de este jarro de agua fría, entramos a 50 páginas de descripción de problemáticas latinoamericanas. Unas, mejor logradas; otras, no tanto; pero ¿qué más da? Ya cada quien puede concluir lo que quiera, o atribuir lo que nos está sucediendo unas veces a nuestra incapacidad latinoamericana, otras, a la mala suerte, o -tímidamente- a «los otros» que son malos y voraces. Obviamente, cada instancia (la económica, la política y la cultural) están, por decreto, desvinculadas entre sí, y no hay forma de explicar a fondo lo que nos sucede.

Así, se puede «sacar de la manga» lo que se quiera: o el canto de esperanza de que «...estamos en el umbral de una época histórica de nuestro Continente, llena de un anhelo de emancipación total...», o el lamento triste de que «Continuar por el camino que se ha venido recorriendo y con los modelos económicos no puede conducir sino hacia la hecatombe económica, política y social».

Pero, eso sí, aun el apartado económico está empedrado de citas, las más frecuentes son de Puebla -obviamente el anterior eslabón de nuestra tradición eclesial-, pero también aparecen Medellín, Encíclicas papales como la «Sollicitudo Rei Socialis», y hasta la «Humanae Vitae».

¿A qué viene esta insistencia? ¿Quieren que creamos que la realidad es así, porque la Iglesia así lo dice? O ¿no será mejor dejar hablar a la realidad, con la ayuda de un buen análisis y -claro está- ahí estará la voz de Dios -desde esa realidad- consonará, se completará, o será mejor escuchada con la ayuda del Magisterio que sí tiene mucho que decirnos también? Al menos, así lo solemos hacer en Tarahumara, y nos ha dado muy buenos resultados, por ejemplo en el Sínodo que estamos teniendo actualmente.

Así íbamos pensando cuando leímos el primer núcleo: lo económico. En el segundo, SOCIO-POLÍTICO, trata el documento situaciones importantes y ciertamente problemáticas en A.L., como la problemática de los Derechos Humanos, la violencia, la revalorización del diálogo, la Democracia, la formación ciudadana y política.

Aquí, otra vez, tropezamos con el problema del método. Por principio de cuentas, lo socio-político está desconectado de lo económico, y es como un aerolito que cae de repente sin causalidad ninguna. Y para colmo de males, la conclusión del análisis es lo primero que aparece: «Latinoamérica, una sociedad desintegrada». Y ahora sí, afirmada la tesis de la desintegración, se repite y se repite hasta la saciedad para que quede bien probada.

Y por si fuera poco, aparece un pequeño párrafo, el No. 260, que nos descubre un poco el velo, pero no para entender sólo este núcleo, sino también el anterior, el económico. Helo aquí:

Las naciones del Tercer Mundo han estado ausentes de este proceso (proceso de integración); no se trata de la antigua noción de dependencia sino de la más moderna

de «prescindencia», en el papel que deben cumplir en la construcción del futuro de la humanidad.

Porque, dados los aspectos tratados en el núcleo económico, nos habíamos quedado esperando su explicación causal, y confieso que esperábamos que se nos hablara de la «dependencia», pero ahora resulta que es explicación ya está pasada de moda, que ya es «una antigua noción...».

Por estas tesis «nuevas» de la prescindencia y desintegración todos los temas tratados en este apartado socio-político, van a verse desde este ángulo, sin llegar a fondo a las verdaderas causas que provocan en A.L. nuestra realidad actual.

Por ejemplo, al tratar el tema de los Derechos humanos, habla el Documento de la violencia, pero sin dar sus causas profundas: la injusticia institucionalizada, y la marginación y pobreza que ésta acarrea en el pueblo.

Al hablar de la Democracia, se plantea un ideal de Democracia, un poco Platónico, sin entrar en las causas profundas que impiden la verdadera Democracia en nuestros pueblos latinoamericanos. Porque vivimos en América Latina una situación nacional, tanto en la elección de los gobernantes como en las líneas de acción dictadas por las grandes potencias, con intereses ajenos al bienestar del pueblo latinoamericano, y apoyadas por las fuerzas militares, que impiden una real democracia. En toda esta situación queda especialmente anulada la autonomía de las nacionalidades latinoamericanas y principalmente indígenas.

Nos parece que, ante esta situación, la Iglesia se debería pronunciar, decididamente, en favor de la verdadera democracia; es decir, el gobierno de las mayorías

que promueva los intereses económicos, políticos y sociales del pueblo, y no los de unas minorías privilegiadas.

Así pensamos, y nos gustaría que así apareciera tratada nuestra problemática en el Documento; pero como dijimos antes, el enfoque del Documento es otro, porque tiene un análisis desestructurado, sin ir a las causas profundas de nuestra realidad.

En seguida el Documento aborda el tercer núcleo: «El problema de las CULTURAS en transformación». Fue un tema de especial interés para nuestro grupo porque aquí en Tarahumara vivimos una realidad multicultural, en continuo choque e interacción, y esto desde hace varios siglos.

En este apartado encontramos elementos o aspectos buenos, enfoques atinados: desde la Introducción (No. 402) -con su definición de cultura-, hasta el Epílogo (No. 494)- muy bien logrado-. Sin embargo, nosotros mismos nos preguntábamos ¿por qué, en el fondo, estábamos insatisfechos con la forma de tratar este aspecto tan nuclear? Había «algo» que no consonaba con nuestra convivencia aquí en la Sierra, con los Rarámuris, con los Tepehuanes y con los Serranos mestizos. Ese «algo» disonaba de nuestra práctica pastoral, de nuestros planes y proyectos, y de nuestra «Opción por las Culturas». ¿Qué era ese «algo»?

Primero, ese prurito de no llamarle a las cosas por su nombre, de pretender «desactivar la bomba», creyendo que así se soluciona la realidad... Nosotros, acá en Tarahumara, no vemos la interrelación de grupos culturalmente distintos como «encuentro», sino como un choque real, una violencia real y concreta, donde -desde siempre- el más fuerte y poderoso se come al más pequeño y débil, sin misericordia. Así lo decimos al

concluir el análisis de nuestra realidad Tarahumara:

Somos un pueblo desunido, que vive una situación de choque cultural, de dicotomía entre Fe y vida, con vicios e injusticias fuertes; narcotráfico, alcoholismo, falta de fuentes de trabajo, pérdida de identidad» (Planeación Pastoral 1989).

Además, ese «algo disonante», se refiere a que el Documento no acaba de ver valores humanos y cristianos en las actuales culturas latinoamericanas, con toda su historia... Esta apreciación parecería superficial y sin importancia. Pero, no. Es un punto clave para entender este aspecto cultural, y quizá, todo el Documento.

En el fondo, es un no creer en lo propio, un no valorar lo latinoamericano, un pensar que sólo lo que «viene de fuera» es bueno, es valioso y, en definitiva, es lo auténticamente cristiano.

Dicho en otros términos: se puede usar un vocabulario muy latinoamericano, o muy autóctono, pero seguir convencido que lo que sí vale es lo que viene de los grandes centros del saber y del poder.

Se trata de una mentalidad «de importación», por así decirlo. A esta conclusión llegamos al leer lo de la famosa «cultura adveniente» y los temas relacionados con ella.

Lo grave y serio del asunto es que estamos, inconscientemente, esperando que la salvación nos venga «de fuera», y la solución de nuestros problemas nos venga de los que más saben (?) o de los que más tienen o pueden. En una palabra, de los países poderosos.

Primero intuimos, y fuimos comprobando, después, al analizar este apartado del Documento, que

aquí hay un «mar a fondo», una mentalidad verdaderamente extraña a lo que vivimos en esta realidad empobrecida, multicultural, como es la Sierra Tarahumara; una mentalidad -en este sentido- «adveniente», porque no es la nuestra. Así, lo adveniente ya está introyectado, al menos en los que redactaron este Documento, pero con signos cambiados: lo valioso es «lo que viene de fuera» (de los países ricos?), y lo nuestro se aprecia «en abstracto» (quizá como un folklore bonito), pero no se valora para «partir de él», o «desde él». Esto fue lo que nos disonó tanto.

Porque nuestra experiencia pastoral, desde esta realidad multicultural, nos ha ayudado a ver las cosas de otra manera: Dios y su salvación integral YA está aquí en Trarahumara, en lo valioso propio, ancestral, de estos pueblos, de su cultura; en lo cristiano que ellos han recibido y asimilado a su modo, en sus moldes propios... En una palabra: ellos, los serranos (indígenas y mestizos) son YA Iglesia particular, son YA incipiente, pero real, realización del Reino, con todas las imperfecciones y defectos de toda realización humana. Y nosotros, los «venidos de fuera» (por más padrecitos y madrecitas que seamos) estamos a su servicio, para convivir con ellos, para acompañarlos en su proceso, y también para ayudarlos en la maduración de su propia Iglesia local, autóctona.

Quisiéramos que el futuro Documento para Santo Domingo reflejara esta realidad, y desde ella se enfocara la Evangelización, llámese nueva, renovada, o como se quiera.

En este mismo apartado de lo cultural, trata el Documento el problema de las sectas protestantes y el de la Religiosidad popular.

En este asunto de las sectas nos parece que es conveniente

analizar más a fondo su presencia, en todos sus aspectos y en las consecuencias de división y conflictos que traen. No sólo su presencia es un impacto social, sino una guerra ideológica, un deseo de seguir sometiendo y dividiendo a A.L., provenientes y financiados por Estados Unidos. También son un reto para el trabajo de la Iglesia católica, que necesita disminuir el clericalismo y fomentar «los ministerios», que hagan más eficaz y funcional la Evangelización, y su presencia en amplios grupos no atendidos, por medio de laicos preparados. Propiciando una Liturgia más participada y viva, elementos que ofrecen las sectas y atraen a la gente. Conviene también analizar los puntos de comunión con las Iglesias Protestantes (no sectas), y ver las posibles tareas comunes.

Nos parece bien tratado lo que trae el Documento acerca de la Religiosidad Popular, pero creemos que merece un lugar aparte, especial, como un aspecto muy importante y valioso en lo positivo de donde debemos partir para inculcar el Evangelio, y no como está puesto en el Documento, a propósito del «Encuentro con la cultura secularizada».

IIIa. parte: «VISION PASTORAL DE LA REALIDAD DE A.L.» Aspecto Eclesial

Empieza el Documento con una Introducción (No. 495 a 502) rica e inspiradora, según la «Evangelii Nuntiandi». Pero como dice el dicho popular: «El prometer no empobrece...», porque en el desarrollo del tema sigue la materialidad, las partes o elementos de la E.N., pero no en su espíritu. No es la acción evangelizadora de la Iglesia (la que analiza), sino las Estructuras, las partes -por así decir- estáticas; y esto con un verticalismo de saber prevaticano.

Lo principal de nuestro aporte es el siguiente, dejando para los anexos los aspectos de detalle:

Nuestro punto de partida es la experiencia de una Iglesia pobre, cercana al pueblo, solidaria con él y que ha ido aprendiendo a descubrir en su vida las Semillas del Verbo y la presencia del Espíritu.

El documento presenta un análisis pobre de una realidad rica. Propone una metodología, que luego no sigue. Se constatan los hechos sin analizar las causas y consecuencias. Presenta más una descripción de las Instituciones eclesiales, que un análisis de la realidad Eclesial en los últimos años, ni parte de ella para hacer una propuesta pastoral. Describe con temor el desarrollo de la Iglesia de los pobres.

Usa un modelo eclesial preconiliar: una Iglesia unida desde las estructuras y no desde el servicio. Las estructuras descritas no alienan la vida que hay en el pueblo».

IVa. PARTE: ILUMINACION TEOLOGICA

Finalmente, y ya un poco cansados por tres días de trabajo, entramos a la IVa. Parte: «ILUMINACION TEOLOGICA» (Pág. 151 a 200).

Como en todo este trabajo, fuimos de lo general a lo particular; dando primero nuestro juicio crítico sobre el Documento y luego aportando lo positivo que veíamos desde nuestra realidad Tarahumara.

Esta parte, como las otras tres anteriores, es como esas colchas que hacen las señoras pobres uniendo los pedazos o retazos de tela que tienen bien guardados. Así esta parte es un agregado, de distinto valor teológico, que alguien unió con el fin de iluminar nuestra

realidad. También en el parte lo mejor está en el Anexo, y también en el No. 2: «La conflictividad en A.L.».

Primero transcribimos el juicio global y luego lo comentamos. Dijimos:

No es iluminación teológica; es más una declaración de términos. parece una justificación para la Celebración; no es inspiradora, ni parte del proceso pastoral histórico:

Echamos de menos, especialmente aquí, la continuidad con la forma como desde el Vaticano II y especialmente en Medellín y Puebla, se va haciendo teología desde nuestra realidad latinoamericana. No esa parte de la realidad, como «lugar teológico», desde donde empezamos ya a oír la voz de Dios. O desde donde empieza ya la iluminación de Dios. La Historia de Salvación para nada, o poquísimo, se cita, no para probar una tesis sino para inspirar seguir iluminando un proceso, o caminar de Iglesia. Y Jesucristo, su vida, su Misterio pascual, que es la luz máxima que completa -trascendiendo- todas las otras luces, tampoco aparece suficientemente. Por eso, la pretendida iluminación del Documento no es inspiradora. Y el uso de las citas del Magisterio -que también es y debe ser luz concreta- es tan única, que más parece un adoctrinamiento que una inspiración cristiana de nuestra realidad.

Gracias a Dios, el número dos ya citado y el Anexo -a nuestro parecer- sí consueñan con lo que pensamos de la iluminación cristiana. De ese número 2 «Conflictividad en A.L.» decimos:

Esta parte del Documento está bien lograda. Va más allá de lo que anuncia. La asumimos. Estamos de acuerdo

con el juicio del resumen del Documento».

Y así valoramos el Anexo:

Hay continuidad con Vaticano II, Medellín, Puebla, Juan Pablo II. Hay un compromiso verdadero por la Evangelización liberadora, en continuidad con la experiencia pastoral y la historia concreta de nuestro pueblo. Conecta con la Nueva Evangelización para la Civilización del amor y la cultura de la solidaridad. Sobre todo, lo que asume ampliamente es Vaticano II y E.N. Parece un Documento diferente a lo anterior. Responde más a las expectativas que tiene nuestra Iglesia particular. No es una teoría impuesta, sino una doctrina emanada de un verdadero análisis evangélico de la realidad: «comprensión evangélica de la realidad».

La nueva evangelización, según este Anexo, es universal; pero plural y complementaria a la vez, lo cual es muy válido.

Habla de movimientos de liberación de una manera positiva, como contra cultura, frente al pecado de la cultura dominante.

Los tres grandes objetivos, nos parecen bien tratados, en continuidad con el Anexo. En cuanto a las urgencias inmediatas para impulsar la Nueva Evangelización, nos parece pobre la exhortación para la participación del laico.

En cuanto al éxito de la Nueva evangelización: basarlo en el amor a la Eucaristía, la devoción a la Virgen, el afecto al Papa, nos parece muy pobre, y hay que profundizarlo más.

La espiritualidad: habla de «ser fervorosos». Es correcto, pero no es toda la espiritualidad. Falta darle profundidad y riqueza. Es más rica la formulación de una espiritualidad del Seguimiento. Beber del pozo de nuestra realidad».

En la última Eucaristía, le pedimos al Señor que la Reunión de Santo Domingo sea aun verdadero impulso para nuestras Iglesias de América Latina, en continuidad con el Vaticano II, Medellín y Puebla.

APORTES DEL VICARIATO APOSTOLICO DE LA TARAHUMARA AL DOCUMENTO DE SANTO DOMINGO

Vicariato Apostólico de la
Tarahumara

Sisoguichi, Chih, Septiembre 29, 1990

METODOLOGIA

Reflexiones en torno a la metodología general del Documento

Se usa un análisis incomprensible de la realidad, que no ayuda a entender las causas y consecuencias de la misma.

- Hay una desvinculación y falta de articulación de los elementos económico, sociopolítico y cultural entre sí;

- se percibe una dicotomía entre fe (¿nueva evangelización?) y vida social;

- se utilizan términos ambíguos, que no corresponden a la realidad que describen (vg presidencia), inexactos y que no están en su justo lugar;

- da la impresión de una mera enumeración de datos, selectivamente elegidos.

Propuesta

Recuperación del análisis genético estructural: Es un análisis de gran valor científico, asumido ya por la Iglesia, y de positivas consecuencias para el caminar de la Iglesia latinoamericana.

Situar el análisis de la acción de la Iglesia dentro del análisis de la realidad social; el apartarse del método del Vaticano II, de Medellín y de Puebla (cf 140-142) da como resultado un Documento poco consistente en su análisis y la falta de planteamientos propiamente pastorales.

VISION HISTORICA

Reflexiones generales

Su punto de vista tiene en cuenta sólo a la Jerarquía, no a la Iglesia-Pueblo de Dios.

Más parece una yuxtaposición de datos que una presentación que tenga en cuenta las estructuras.

Hay una desvinculación entre el proceso histórico y el momento actual. No aparece el proceso histórico de liberación de los últimos decenios, ni las opciones alternativas que van brotando del pueblo pobre.

No se ve como positiva la teología de la liberación.

Propuesta

- Que se presente una síntesis de la historia de la Iglesia-Pueblo, que tenga en cuenta el choque cultural (Pue. 52-53), la dominación y el despojo.

- Que sea una historia causal, no casual, hasta llegar a la nueva cultura, que necesita una nueva (no renovada) evangelización.

- Que se haga en continuidad con Medellín y Puebla, de tal manera que no se usen como excusa y justificación de una evangelización maquillada, que no llega a las raíces de la injusticia.

PROCESO INICIAL DE EVANGELIZACION

Reflexiones

El Documento rehuye una visión crítica de los efectos negativos de la Conquista en los pueblos y culturas del continente. Rehuye, por tanto, una autocrítica (penitencia) respecto del papel que la Iglesia en conjunto jugó en ese acontecer.

Propuesta

- Plantear una visión histórica objetiva e integral en la que se incluya el punto de vista de los vencidos: indígenas, negros, que trate qué eran estas culturas antes de los españoles; qué provocó en ellas el choque cultural (no sólo «encuentro»); su dominación etc. Algunos misioneros, las excepciones, hicieron también un análisis de la historia desde abajo, desde los pueblos indígenas.

- Reconocer la valoración y el lugar que hoy ocupan los indígenas y afroamericanos en la vida social, económica, política, cultural y religiosa en América Latina: siguen viviendo en choque cultural, marginación, imposición a todos los niveles.

- Hay un fenómeno de respuesta por parte de estas culturas: la resistencia y las contraculturas. Es necesario plantear los retos y desafíos que esta realidad presenta a la evangelización.

II VISION DE LA REALIDAD

1) Núcleo económico

a) Dependencia:

Tesis: La situación socioeconómica de América Latina sólo puede entenderse globalmente como situación de dependencia de otros países, en una relación desigual Norte/Sur, y en especial con Estados Unidos, y desde una integración dependiente a los macromercados mundiales.

- Esta dependencia causa mayor pobreza en América Latina. La dependencia económica, tecnológica, etc., por el volumen desigual que AL está obligada a jugar en la economía mundial propicia una mayor pobreza en nuestros países, ya empobrecidos por las desigualdades que se sufren al interior de cada país.

- Los países del Norte han propiciado esa dependencia mediante su intervencionismo, ya que ésta les permite crecer económicamente; para eso apoyan gobiernos no democráticos y cuentan con ellos; (hay que recordar el juicio del Papa, que denuncia esa relación causal que existe entre riqueza y pobreza: países ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres).

- Esta dependencia no sólo está causando pobreza creciente en América Latina, sino muerte física y frustración de los anhelos y formas de vida (culturas) de los pueblos latinoamericanos.

- Esta situación de dependencia es denunciada por la Iglesia como situación de muerte y de pecado; ella ha hecho un llamado a los países involucrados para que revisen y cambien sus condiciones económicas respecto a los países latinoamericanos.

- Es necesario vivir en profundidad los valores evangélicos en las relaciones entre los pueblos. Esto implica propiciar la unidad de los pobres, la unidad de los pueblos latinoamericanos en proyectos socioeconómicos comunes que propicien más la vida y la libertad de los pueblos. Un caso concreto sería la negociación conjunta de la Deuda externa.

- Por tanto, tratar de entender la situación de América Latina sólo desde la desintegración y la «prescindencia» no explica con verdad la realidad socioeconómica y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos.

b) La tradición Medellín-Puebla

- La Iglesia no puede desconocer esta tradición al plantear la nueva evangelización, sino debe ser fiel al proceso de liberación de los pobres y su desarrollo. De esta manera no traicionará al Evangelio, siendo fieles a la causa de los pobres, que es constitutiva de la vida de la Iglesia.

c) Perspectivas: Las «perspectivas» planteadas en los nn. 239-250 son una buena síntesis del aspecto económico.

Núcleo sociopolítico

a) Crítica global

La estructuración global del apartado no proporciona la claridad suficiente para cualificar los problemas concretos y los agentes que en ellos intervienen.

No habla de la pobreza como causa de la violencia. Ni de la violencia estructural, más que de pasada.

La «teoría» de la desintegración no permite el análisis del poder, su uso, su distribución, etc.

b) Derechos humanos

Situación: En A.L. vivimos una realidad de injusticia y violación estructural de los derechos del hombre. La Iglesia, en continuidad con Medellín y Puebla, asume esta realidad y busca su cambio.

Fundamentación: Porque en esta situación descubre el rostro de Jesucristo condenado a muerte injustamente por los poderosos y porque la Iglesia sabe que el proyecto del Padre es que seamos hermanos.

Cómo:

- Definiendo los derechos humanos de la persona y de las mayorías, naciones y nacionalidades (grupos étnicos) con una capacitación de la base.

- Con una denuncia profética y evangélica desligada del poder, buscando la articulación de comités nacionales e internacionales, y buscando la articulación ecuménica y con otros grupos humanitarios.

c) Democracia

Situación: Vivimos en América Latina una situación de democracia nominal o disfrazada, intervenida por el Imperio y el capital transnacional, tanto en la elección de los gobernantes como en las líneas de acción dictadas por potencias con intereses ajenos al bienestar del pueblo latinoamericano y apoyada por las fuerzas militares que impiden una real democracia. En toda esta situación queda especialmente anulada la autonomía de las nacionalidades indígenas. Ante esta situación la Iglesia se pronuncia decididamente en favor de la ver-

dadera democracia, es decir, el gobierno de las mayorías que promueva los intereses económicos, políticos y sociales del pueblo y no los de unas minorías.

Fundamentación: Porque la Iglesia sabe que el verdadero sentido de la autoridad es el del servicio.

Cómo:

- Invitando y exigiendo a todos los gobiernos de América Latina que permitan una auténtica democracia en respeto a las mayorías y grupos étnicos.

- Apoyando organizaciones populares no ligadas al poder establecido que busquen el bien común por medios alternativos a los propuestos por el gobierno en el poder.

- suscitando la participación ciudadana en los procesos políticos.

3) Núcleo cultural:

a) Definición de cultura: La definición que nos presenta el Documento tiene los elementos esenciales de la cultura: relación del hombre con la naturaleza, con los hombres y con Dios; cultura como respuesta a las costumbres y el lenguaje, y cultura como proceso histórico-social.

Proponemos

- Que se elabore una definición de cultura más dinámica, donde aparezca más clara la mutua interrelación del hombre con los elementos esenciales de la cultura y de los elementos con el hombre.

- Para una definición de cultura más dinámica habría que tomar en cuenta los valores de la antropolo-

glia latinoamericana y la praxis de las diversas culturas.

- Aceptando que el elemento religioso es esencial en las culturas y que aglutina gran parte de las relaciones del hombre con los demás habría que explicitar elementos de tipo antropológico.

- Habría que explicitar que todo el aspecto cultural está íntimamente vinculado con lo económico y político.

Propuesta a los nn. 415-16

- Reconocer la presencia indígena actual en AL y su aporte cultural en el mundo no indígena, así como los actuales procesos indígenas autónomos y los acompañados por la Iglesia.

- Desde la conquista hasta hoy gracias a sus valores culturales han sobrevivido diversas culturas autóctonas al ataque de las culturas dominantes, durante quinientos años. Por eso es necesario conocer la historia indígena desde sus orígenes hasta la actualidad.

Propuesta a los nn. 422-423

- La NE pastoralmente debe encontrar una formación sacerdotal y métodos pastorales adecuados a las culturas. Ha de propiciar el surgimiento de las Iglesias autóctonas.

- La NE debe profundizar el espíritu de la Sacrosanctum Concilium, que nos impulsa a realizar la liturgia con el lenguaje y símbolos de las culturas indígenas.

Propuesta al n. 426 (Pluralidad cultural, encuentro mutuo)

- Los pobres no son un concepto, es falsear la realidad el hablar de una «cultura de la pobreza». Lo

que existe es pobreza en millones de rostros concretos. Tal pobreza es un clamor al cielo. Y la Iglesia ha optado por estos pobres.

Sobre la adveniente cultura

- Proponemos que desde AL está ya brotando esta nueva cultura y no es un fenómeno que nos venga exclusivamente de fuera; es ya nuestro quehacer histórico al cual le estamos dando respuesta a nuestro modo latinoamericano. Aquí es donde la Evangelización debe continuar encarnándose.

- En vez de describir los «peligros» y los «grandes beneficios» de la modernidad en general como algo amenazante, hay que enfrentar el futuro como una situación en donde nuestra Iglesia de AL debe discernir los signos del Reino de Dios o de anti-reino, a los cuales debemos responder desde nuestra forma de vivir lo cristiano.

- Proponemos como método evangelizador propio de AL el potenciar los valores humanos y cristianos de las diversas culturas latinoamericanas, desde la práctica misma que ya tienen.

- Ante estos problemas de secularización, de modernidad, etc., proponemos que desde la función profética de la Iglesia como pueblo de Dios, en AL se vayan discerniendo estos asuntos, denunciando sus peligros y daños, y anunciando, con hechos y con palabras, los caminos de superación.

Sectas:

Se debe analizar más a fondo la presencia de las sectas en todos sus aspectos y sus consecuencias de división y conflictos que traen. No sólo su presencia es un impacto social, sino una guerra ideológica, un deseo de seguir sometiendo

y dividiendo a AL, provenientes y financiadas por Estados Unidos.

También son un reto para el trabajo de la Iglesia católica que necesita disminuir el clericalismo y abrir ministerios que hagan más eficaz y funcional la evangelización y su presencia en amplios grupos no atendidos, por medio de laicos preparados; con una liturgia más participada y viva, elementos que ofrecen las sectas y atraen a la gente.

Analizar de igual manera los puntos de comunión con las Iglesias protestantes (no sectas) y ver posibles tareas comunes.

Religiosidad popular:

Los pueblos de AL han estado siempre inclinados hacia lo místico y lo mágico.

Sus manifestaciones religiosas constituyen una parte vital de su cultura.

La religiosidad popular debe ser convenientemente reconocida, valorada, respetada, purificada y enriquecida desde el Evangelio, dado que seguirá siendo la expresión de la fe del pueblo sencillo latinoamericano.

La Nueva Evangelización deberá tener en cuenta la inculturación y la encarnación efectiva del Evangelio en cada una de esas manifestaciones religiosas.



Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino,
Mysterium Liberationis.

Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación...

Editorial Trotta, Madrid 1990. Dos tomos, 642 y 689 páginas respectivamente.

Adelantamos una noticia breve de esta obra que, conforme vaya siendo conocida, suscitará estudios y comentarios amplios. Nos valemos para ello de algunos párrafos de Jon Sobrino, presentador de *Mysterium Liberationis* a nombre suyo y de Ignacio Ellacuría, martirizado en San Salvador en Noviembre de 1989 junto con otros cinco jesuitas y dos mujeres.

Se trata de una obra de envergadura realizada con el empeño de muchos y que resulta, a la vez, prometedora y provisional; se trata de un esfuerzo de síntesis de la Teología de la Liberación, que quiere seguir estando abierta a la vida -y a la muerte- de nuestros pueblos latinoamericanos y de todo el Tercer Mundo.

Una obra que trata «de vida y de muerte, de pecado y de gracia, de Dios y de los pobres, de Jesús y de su cuerpo en la historia. En el libro se conceptualizan y teologizan todas estas realidades, pero sin esas realidades no podría haberse escrito este libro, y en base a estas realidades -hechas centrales en la reflexión- se hace la teología de la liberación que ofrece este libro. La vida y muerte en América Latina no sustituyen a la reflexión teológica, pero sin aquellas ésta no puede crecer como teología lati-

noamericana de la liberación ni puede ser correctamente comprendida».

«La finalidad de este libro consiste en ofrecer de manera sistematizada lo central de la teología de la liberación porque creemos que ésta sigue siendo necesaria y beneficiosa para la liberación de los pobres y el cultivo cristiano de la realidad de América Latina».

«Los contenidos se han agrupado en dos grandes bloques. El primer bloque -aspectos históricos y metodológicos- recoge el desarrollo histórico y los presupuestos fundamentales del quehacer de esta teología. El segundo bloque -contenidos sistemáticos- trata de los temas fundamentales de toda teología desde la perspectiva de la teología de la liberación: la relación entre trascendencia e historia, la realidad de Dios y de su creación, la realidad eclesial y la realidad antropológica y social, más algunos temas más actuales y menos tratados con anterioridad por esta teología: la religiosidad popular, las sectas, la inculturación...»

«El significado último de este libro está en mostrar una vez más, a través de la teología, la realidad de los pueblos latinoamericanos y de todo el Tercer Mundo -la realidad más universal-, mostrar qué fe, esperanza y amor responden mejor a esa realidad y mostrar qué teología cristiana recoge mejor esa fe, esa esperanza y ese amor como modo de responder y corresponder hoy al Dios de Jesucristo».

Un libro que, a no dudar, será impulso de vida a nuestras Iglesias

que peregrinan en el mundo de la pobreza, la opresión y la muerte, y que son testimonio de la vida nunca derrotada del Dios del Reino.

Alvaro Quiróz

Gustavo Gutiérrez, *El Dios de la vida*, ed. CEP, Lima Dic. 1989, 368 pp.

Conocer a Dios, comulgar con Dios está en el centro de toda espiritualidad. En esta obra Gustavo Gutiérrez nos ofrece la perspectiva bíblica para vivir y testimoniar dicho conocimiento y comunión con el único Dios verdadero. Desde su experiencia y reflexión teológica, nos lleva de la mano a la perspectiva de los profetas y Jesucristo: los pobres y su liberación.

La exposición del Dios de la vida, la presenta Gutiérrez en tres partes, siguiendo una dinámica trinitaria. En la primera parte trata que Dios es Padre. En la segunda nos ofrece desde la categoría teológica del REINO la acción del Hijo encarnado. Por último, en la tercera, que la vida del Reino se verifica bajo la inspiración del Espíritu, de lo cual es modelo María.

En la primera parte, se nos ayuda a hacer memoria del credo israelita. La esclavitud de Egipto, con todas las consecuencias que esto implicaba de degradante e inhumano, no era el proyecto de Dios, ni manifestaba su verdadero rostro. En la liberación de esa situación injusta, en la Alianza pactada en el Sinaí, en la promesa de la

Tierra de Israelita
ro Dios.
no a de
pobres,
es el Di
es por s
y por e
no se p
al de la

Nos
sólida f
mo se c
nitud d
medio e
do de D
cristo,
do por
Camino
rostro
Dios. E
también
sia. La
en torn
sus pre
sus cor

En
profund
todas l
tuito de
tad Dio
empob
Tierra.
los pob
Dios es
te oprir
María d
la graci
gular la
Dios de

Este
viene a
ción pa
nión co
Dios de
la histo
tos bibl
Ademá
tanto li
mente s
tionamí
qué Dio

Tierra que mana leche y miel, los israelitas descubrieron al verdadero Dios. Fueron llevados de la mano a descubrir que Dios libera a los pobres, que es su defensor, pues es el Dios de la vida. Y este Señor es por siempre fiel a sus promesas y por eso pide fidelidad. Por ello, no se puede servir a dos señores: al de la vida y al de la muerte.

Nos muestra G. Gutiérrez, con sólida fundamentación bíblica, cómo se cumple en Jesucristo la plenitud de la habitación de Dios en medio de nosotros. Pero el Reino de Dios en la historia por Jesucristo, es muy diverso del suscitado por los imperios mundanos. El Camino de Jesucristo manifiesta el rostro y el Reino del verdadero Dios. Es el criterio desde el que también se juzga a la misma Iglesia. La convocación al discipulado en torno a Jesús conlleva asumir sus preferencias, sus sentimientos, sus compromisos.

En la tercera parte se subraya profundamente cómo al inicio de todas las cosas está el amor gratuito de Dios. Por ese amor y libertad Dios escucha el clamor de los empobrecidos y humillados de la Tierra. Por ello, el sufrimiento de los pobres no cae en el vacío, pues Dios es Justo. La mujer, doblemente oprimida y marginada, recibe en María de Nazareth la consolación y la gracia de acoger de manera singular la liberación y la justicia del Dios de la historia.

Este libro de Gustavo Gutiérrez viene a ser una valiosa contribución para el conocimiento y comunión con el Dios de la Biblia, con el Dios de Jesucristo, con el Dios de la historia. Facilita al lector los textos bíblicos básicos sobre el tema. Además, el modo de presentarlos, tanto literaria, como pedagógicamente suscitan el interés y el cuestionamiento sobre nuestra vida y qué Dios servimos.

Roberto Oliveros

Juan José Tamayo A., Ignacio Ellacuría, teólogo mártir por la liberación del pueblo, Ed. Nueva Utopía, Madrid 1990. págs. 202.

En este libro, Juan José Tamayo recopila algunos artículos muy significativos en el pensamiento de Ignacio Ellacuría. Lo conoce y esto facilitó su labor de seleccionar en su vasta producción, algunos elementos de la misma que ayudaran a darlo a conocer rápidamente a raíz de su martirio. Es pues, una publicación de ocasión, pero no así el pensamiento que recoge.

En el quehacer teológico latinoamericano, el aporte de Ignacio Ellacuría no ha tenido una difusión muy amplia. Sin embargo, como bien indica en su presentación J. Tamayo, se inscribe entre los teólogos de la Liberación que han sabido «articular en su vida y en su pensamiento el análisis de la realidad, con el concurso de las ciencias sociales, políticas y económicas; el quehacer teológico, con el concurso de la mediación hermenéutica; y la reflexión filosófica bajo la guía del pensamiento realista de X. Zubiri. Ha sido capaz de armonizar la seriedad metodológica con la sensibilidad hacia las mayorías empobrecidas y la precisión científica con la sintonía crítica hacia los proyectos liberadores de las organizaciones populares del Salvador» (pág., 12).

El libro recoge 9 artículos que manifiestan la fuerza y armonía predicha en el pensamiento de Ellacuría. A continuación presento los títulos de los artículos, pues ilustran por sí mismos su contenido:

+ Por qué muere Jesús y por qué le matan

+ Los pobres, lugar teológico en América Latina

+ La Teología de la Liberación frente al cambio sociohistórico de América Latina

+ Trabajo no violento por la paz y violencia liberadora

+ Utopía y profetismo desde América Latina

+ La Iglesia que nace del pueblo por el Espíritu

+ El auténtico lugar social de la Iglesia

+ Jesús, la Iglesia y los pobres

+ Estudio teológico-pastoral de la Instrucción Romana sobre algunos aspectos de la teología de la liberación

La actualidad de los temas salta a la vista. La profundidad y compromiso de los mismos manifiestan claramente al lector el por qué del martirio de Ellacuría y sus compañeros. Esta selección de artículos manifiesta el fundamento cristológico de su vida. Cómo lo descubrió en los pobres, lugar teológico privilegiado. Y su sentir profético con la Iglesia. Este libro, que va sellado con sangre de profeta mártir, sin duda que ayudará en la formación de auténticos discípulos de Cristo Jesús, esperanza cierta de América Latina.

Roberto Oliveros

Xavier Alegre, Oriol Tuñí, J.I. González Faus, JM. Rambla, Iglesia, ¿De dónde vienes, a dónde vas?, Editorial Cristianisme i Justícia, pp 157.

En diferentes épocas de la historia, la «Iglesia» ha sido problema. Por esto a menudo, a lo largo de los siglos, ha estado en los labios del cristiano la pregunta: Iglesia, ¿de dónde vienes, a dónde vas.

Hoy en día los problemas eclesiales preocupan a muchos. El libro que presentamos es un intento del grupo Cristianismo y Justicia, de los jesuitas catalanes, de acercarse al tema desde sus diversos ámbitos. Creemos que su lectura atenta puede ayudar a superar agresividades.

El libro tiene tres grandes partes:

Xavier Alegre, muestra la utopía de la Iglesia tal como Jesús la quería. A través del análisis exegético se acerca a los días del Jesús histórico y va dibujando el proyecto de Jesús de Nazaret: un grupo de seguidores radicales, que viven a nivel de comunidad, dentro de un mundo injusto, los valores alternativos del Reino. Valores que el Autor resume en: la gratuidad, poner el bien del ser humano por encima de todo, el espíritu de oración, renuncia a todo tipo de estructura de dominación. Se trata de unas páginas cargadas de calor cristiano y de rigor científico.

Oriol Tuní, analiza el entorno, las diversas comunidades que van surgiendo en los días del Nuevo Testamento. Y comprueba que en el N.T. hay diversas teologías, diversas eclesiologías: los documentos neotestamentarios muestran a menudo visiones contrapuestas y complementarias que nos obligan

a no tener una visión unívoca de la Iglesia.

2) «Hoy: Entorno y Utopía»

José I. González Faus, se detiene primero a considerar como del Vaticano II se puede hacer una lectura conservadora atendiendo más a los textos que como «contrapeso» puso la minoría conservadora conciliar, que no a los textos «peso» que fueron el espíritu de los padres conciliares. A partir de aquí le será fácil apuntar los principales contenidos de la involución eclesial. El Autor apuesta en su trabajo para que nos esforcemos en no perder una hora misionera tan crucial como es nuestra época.

Luego entra a dibujar una utopía de comunidad eclesial, bajando a algunos puntos concretos que preocupan a muchos (Papa ¿Jefe de Estado? ¿nuncios o embajadores?; nombramiento de obispos; etc). En cada uno de estos ítems sigue un recorrido en cuatro puntos: análisis de la historia, balance de la misma, situación actual, de cara al futuro. El trabajo resulta matizado, realista y esperanzador.

3) «Hacia una espiritualidad eclesial para hoy»

Josep M. Rambla cierra el libro con un pequeño tratado de espiri-

tualidad, de praxis cristiana para una época en que parece que la utopía conciliar se está desdibujando. Muestra que éste es el «tiempo favorable»; apela a profundizar en la «experiencia evangélica de dios», a no desaprovechar las muchas oportunidades de crear una Iglesia «del Espíritu en medio del mundo».

Este capítulo aporta una serie de cuestionarios de trabajo para grupos de reflexión que hacen del libro un instrumento pedagógico para la reflexión cristiana personal y comunitaria.

El libro recoge una parte del trabajo de seminario de estos últimos años del Centro *Cristianismo y Justicia* de los jesuitas de Barcelona. No hace mucho tiempo el mismo grupo publicó *La justicia que brota de la fe*. Ahora en el prólogo del libro que presentamos dicen «no pensábamos que la reflexión sobre la fe y justicia nos habría de llevar tan rápidamente a la Iglesia». Y es que, (continúan los autores citando al Sínodo episcopal de 1971) «La Iglesia reconoce que cualquiera que pretenda hablar de justicia a los hombres, debe ser él mismo justo a los ojos de los demás. Por tanto conviene que nosotros hagamos -decían los obispos- un examen sobre las maneras de actuar, las posesiones y el estilo de vida que se dan dentro de la iglesia misma».

IYO,
ABA
DIOS

(Carta
Arrupe

Je

Esta
ya, aur
te escr
algunas
«oficial
tros pe
queñas
davía j
pacient
dejaba
cosa).
narlo a
que mi
conoci

En
salir de
que ya
Conclu
neral 3:
tima vis
sa mar
casi gr
no me
por lo r
la Com
se lo es
me has
bas de
rias ve
que so
bras q
aquí,...
Dios». I
buena
pensar
nían. Y
dar, a g



YO, AQUI,... CALLAR. ABANDONARME EN DIOS!

(Carta no enviada a Pedro Arrupe)

José Ignacio González Faus

Estas letras no las vas a leer tú ya, aunque son las más gratas que te escribo. Antaño nos carteamos algunas veces, unas por asuntos «oficiales», otras incluso con nuestros pequeños «piques»: mis pequeñas protestas encendidas (y todavía juveniles) o tus pequeños y pacientes advertencias (que me dejaban más desarmado que otra cosa). Esto era necesario mencionarlo ahora para que no parezca que mi carta alaba un mito jamás conocido de acerca.

En estos momentos acabo de salir de tu habitación de enfermo, que ya se me ha hecho familiar. Concluye esta Congregación General 33 y era preciso hacerte la última visita, antes de regresar a casa mañana. Al final te he repetido, casi gritando para que la emoción no me ahogase la voz: «Gracias por lo mucho que Ud ha hecho por la Compañía, y pida a Dios que no se lo estropeemos entre todos». Tú me has repetido lo que me acababas de decir y me habías dicho varias veces durante estos días, y que son unas de las pocas palabras que se te entienden: «Yo, aquí,... callar. Abandonarme en Dios». La emoción, que a veces es buena consejera, me ha hecho pensar que estas palabras te definían. Y de ahí he pasado a recordar, a generalizar y a concluir que,

en realidad, hay tres palabras tuyas que te definen. Aquí van.

1. «Servicio de la fe y promoción de la justicia»

Siempre serás el General de lo que nosotros llamamos «el Decreto Cuarto». A pesar de que venías de Oriente y te creíamos menos preparado para nuestros problemas, supiste abrir oídos y corazón a la realidad, con esa sabiduría que precisamente un oriental ha definido mejor que nadie: «El pan, para mí, es un problema material; pero el pan, para mi prójimo, es un problema espiritual». Ahí está todo el meollo de nuestro «Decreto Cuarto»; y tú comprendiste también que esa sabiduría, cien por cien evangélica, contradice a toda la sabiduría de nuestro primer mundo, que prácticamente suena así: el pan, para nosotros, es un problema espiritual, porque para algo somos «la civilización cristiana»; mientras que el pan, para los demás, ...ése es un problema material y, por eso, menos importante, porque «no sólo de pan vive el hombre...».

Total que, como tú ya profetizabas, te ganaste enemigos. Volvió a oírse la clásica acusación de «marxista» de parte de quienes no pensaron que con ella no te herían a ti, sino que herían de muerte al cristianismo, al despojarle de aquello que «da vida» a la fe. Porque, en este tema del «Decreto Cuarto», sólo se trata en realidad de estas dos cosas: 1o.), que de la fe -si es verdadera- brota necesariamente la búsqueda de la justicia. Tanto del acto de fe, que es acto de salida de sí, como del contenido de la fe, que sólo tiene signos visibles, para ser anunciado hoy, en esos pequeños sacramentos de la dignidad del hombre que son las obras de justicia. Y 2o), que desde la justicia -si es verdadera- podrá el

hombre abrirse a la fe, porque sólo desde la lucha por la justicia brotan hoy en el mundo del bienestar las preguntas a las que la fe responde. Y sólo en la lucha por la justicia se libera el hombre de ese pecado primordial que consiste en «cautivar la verdad de Dios en la injusticia» (Rom 1,18).

«El Provincial es usted...»

Así se lo he oído a varios provinciales, algunos de ellos de zonas bien difíciles. Después de hablar contigo, de oírte y ser oídos sin necesariamente coincidir plenamente en los puntos de vista, tú terminabas diciendo: «...pero el Provincial del lugar es usted. Usted decida...». Si comprendieras la jerga que hoy hablamos en España, te diría que has sido el General «de las autonomías». Pero a ti te sonará más este otro lenguaje: has resucitado aquella manera de gobernar de San Ignacio que todos alaban como tan descentralizada y tan potenciadora de las instancias intermedias. Has sido, sin duda alguna, infusor de vida.

Algunos dijeron, por ello, que no tenías autoridad. Tal vez eran esos mismos para quienes «autoridad» sólo coincide con «centralización», y «unidad» sólo coincide con «uniformidad». Aludiendo a esto, tú dijiste alguna vez: «No quiero gobernar una Compañía que sea un campo de concentración», o, al menos, eso cuenta nuestra *Formgeschichte* jesuítica. ¿Para qué sirve el bien en un campo de concentración, cuando el propio Dios ha preferido respetar «nuestra autonomía» de hombres hasta el fondo, aun cuando tantísimas cosas de las que hacemos no sean de Su gusto? ¡Cuántas veces defendías en público a quien tú mismo habías corregido en privado! Y tam-

bien por eso, a todos los que creen que hay que gobernar «con castigos ejemplares» les parecía que te faltaba autoridad. Pero no era así. O, en todo caso, te faltaría tal vez esa autoridad que nuestro lenguaje ascético llamaba «mundana»; pero no te faltó la autoridad evangélica: la que realmente «se ha dado la vuelta» y se ejerce *convertida verdaderamente* en servicio, y no sólo *calificando nominalmente* de servicio lo que no es sino dominio. Que esto último ya lo había criticado Jesús (cf Lc 22,25-26).

**«Yo, aquí, ..., callar.
Abandonarme en Dios»**

Estos días te lo he oído tantas veces que me parecía que ya lo dices sin darte cuenta. Te sale como un «tic», un reflejo de tu sistema nervioso, herido y mal controlado por tu enfermedad. Nadie, ni tú mismo, sabrá nunca cuánto me has enseñado con ello. Pero déjame recordarte que hoy, en esta entrevista quizás última, he sentido cierta rebeldía interior y te he dicho, bromeando: «¡Qué va...! Usted se lo va a ir contando todo al Enfermero, que es el único que le entiende plenamente. Y ya verá cómo él lo anota todo y yo lo convierto en un libro...». No sé si me entendías, pero te refas diciendo algo así como: «¡Uy, uy...! Yo, callar». Y los dos sabemos que será así. Que le vas a dar a Dios lo más humano que puede sentir un hombre: su legítimo deseo de dar su versión de los hechos. Y que, para darle eso a Dios, hay que creer mucho en Él, realmente; hay que estar muy seguro de que Dios es Alguien muy vivo y que no va a fallar: «Abandonarme en Dios».

Y la paz que ahora irradian tus ojos parece confirmar que Dios no te ha fallado. Y, a lo mejor, hasta se vale de mi poca fe y de mi escasa pureza de corazón, que se resiste a callar como tú, para reivindicarte un poquito. Que Él suele escoger lo débil de este mundo...

Adiós pues, Padre Arrupe. Y gracias, una última vez.

Tomado de **SALTERRAE**

EL P. ARRUPE: 18 AÑOS DE VIDA Y MAGISTERIO ESPIRITUAL

Ignacio Iglesias

Provincial de España de la Compañía de Jesús. Madrid

A pocos temas ha dedicado el P. Arrupe tanto interés, tanto tiempo y tantas páginas como a la Vida Religiosa. Sin contar su dedicación a la Unión de Superiores Generales, que presidió, reelegido, durante largos años, ni lo que la reciente Congregación General de la Compañía de Jesús ha reconocido cuando afirma de él agradecida que «generosamente durante 18 años ha configurado el apostolado de la Compañía e inspirado su vida espiritual». Sus libros «NUESTRA VIDA CONSAGRADA» (1972) y **LA VIDA RELIGIOSA ANTE UN RETO HISTORICO** (1978) recogen buena parte de su abundante y personal reflexión sobre la Vida Religiosa, independientemente de sus escritos a, y sobre, la Compañía de Jesús. Recientemente en **LA IGLESIA DE HOY Y DEL FUTURO** se retoman en doscientas largas páginas (583-790) trece capítulos, una quinta parte de otros tantos aspectos de sus publicaciones sobre la Vida Religiosa en general.

Estos escuetos datos son claramente significativos de cómo indiscutiblemente ha vivido la vida religiosa como uno de sus primeros centros de interés. A ningún otro ha dedicado tanto y, sobre todo, con tanto entusiasmo. Aunque nada hay más ajeno a su tipología personal que el miedo, se diría que se crece ante el hecho de la «crisis» de la Vida Religiosa, volviendo a ella una y otra vez, abordándola de frente, pilotándola y testimoniando descaradamente su esperanza en el futuro de la Vida Religiosa, un futuro que ya está empezando a darle la razón.

Realizar una síntesis primera de su aportación a la Vida religiosa requiere mucho más tiempo que del que dispongo. Intentar unos «apuntes» sobre la marcha es lo único realísticamente posible. Invitar a volver sobre unas páginas que presumiblemente cada vez van a ser más admiradas y buscadas como fuente de inspiración profética, es la modesta pretensión de estas líneas.

Y una última nota previa: lo mejor y más original de su aportación a la Vida Religiosa tal vez no haya que buscarlo tanto en los contenidos mismos, cuanto en la limpieza y en la ilusión esperanzada con que ha sabido tratarla y en las intuiciones simples y vitales que ha querido compartir con tantos religiosos como un pan nuestro sobre la mesa de todos. Pero todo esto es difícil, imposible, pasarlo a letra.

El viento del Espíritu (Jn 3,8)

Para comprender a Pedro Arrupe hay que situarse cordialmente en la longitud de onda del Concilio Vaticano II. Arrupe es un claro hombre del Concilio. Lo de menos fueron sus actuaciones en él, ya en la última etapa (1965). Lo verdaderamente importante es su sensibilidad para cuanto el Espíritu del Señor estaba revolviendo en su Iglesia. Habitado a dejarse «mover» por el espíritu en su larga vida de «enviado», disponible a Él en todas sus mediaciones captó inmediatamente el soplo del Espíritu en su Iglesia («huracán» lo llamaría alguien) y en vez de plegar sus velas y refugiarse en puerto, las desplegó para recoger todo el viento posible.

Arrupe se ha demostrado un hombre «llevado». Como Ignacio de Loyola en su Diario, podía escribir: «Me parecía que era guiado». Por eso puede arrastrar. «Movido», «dejarse mover y poseer», «mociones»... son conceptos clave en la terminología de la espiritualidad ignaciana, que no pocos han tratado y explicado erróneamente como voluntarista.

Movido... reconducir... razón de... riencia de... ramente... Religiosa... va». Mov... res y fun... no que s... Espíritu y... andado...

La co... irrumpe e... posesión... a ocupar... y la sens... saber dó... repite in... estos nu... que son... doras.

Por es... giosa al c... sólo aviv... orígenes... o hacerle... lidad text... puntos c... Arrupe-... riencia de... los Fund... gún él, la... «la prime... punto cer... gen a una...

En la a... riencia p... de esa c... potencial... que no h... Religiosa... sión:

En té... drían... qué... riencia... llega... tagor... el mu... profun... giosa... vital)... liable... de h... denc... esa...

Movido por el Espíritu, Arrupe reconduce la Vida Religiosa al corazón de sí misma, que es la experiencia de ese Espíritu. Lo verdaderamente fundamental de la Vida Religiosa es que el Espíritu «mueva». Movidos por él, los Fundadores y fundadoras iniciaron un camino que sólo bajo la guía del mismo Espíritu y con su fuerza puede ser andado.

La convicción de que Alguien irrumpe en su vida como tomando posesión de ella, como quien entra a ocupar «lo suyo» desde siempre, y la sensación de ser llevados sin saber dónde, ni a qué, ni cómo, se repite inexorablemente en todos estos nuevos profetas del pueblo que son los Fundadores y Fundadoras.

Por eso, reconducir la Vida Religiosa al corazón de sí misma no es sólo avivar su memoria sobre sus orígenes o sus contenidos propios o hacerle transmitir estos con fidelidad textual. Es -y aquí uno de los puntos centrales más queridos de Arrupe-, hacer revivir hoy la experiencia de «ser movido» que hizo a los Fundadores. Aquí radica, según él, la más profunda fidelidad a «la primera caridad», que es el punto cero carismático que da origen a una familia religiosa.

En la autenticidad de esta experiencia pone Arrupe la superación de esa crisis cultural y teológica, potencialmente benéfica según él, que no ha dejado intacta a la Vida Religiosa. Y la aborda con decisión:

En términos más directos podríamos preguntarnos: ¿Por qué es sospechosa la experiencia de Dios hoy? ¿Por qué llega a presentarse como antagonista del compromiso con el mundo? ¿Por qué afecta tan profundamente a la Vida Religiosa la sospecha (explícita o vital) de una tensión irreconciliable entre ambas? ¿Por qué, de hecho, la frecuente tendencia a extremar y polarizar esa tensión imaginando una

experiencia de Dios introvertida o una acción por el hombre iconoclasta? ¿Por qué este esfuerzo esterilizador por romper el primero y el segundo mandamiento? No saber adorar a Dios en el hombre nos ha llevado a una acción (por el hombre) que pretende poder prescindir de Dios, pero que acaba demostrándose poco eficaz para ayudar profundamente al hombre (Nuevos desafíos y oportunidades de la experiencia de Dios en la Vida Religiosa hoy, 1977).

Aparece aquí formulada una de las grandes preocupaciones de Arrupe, la de educar para una profunda integración, en el fondo de la persona, de la experiencia de Dios y la experiencia del hombre. A este tema, dirigiéndose a sus jesuitas, dedicará una de sus más típicas cartas (1 noviembre 1976). La reciente Congregación General 33 de la Compañía, siete años después, la retomará como un objetivo incumplido, pero que se demuestra necesario y urgente. Y, con el valor de una anécdota testimonial, se ha enterado de que Su Santidad Pablo VI usaba esta carta, hasta el detalle de encontrarla, después de su muerte, como registro de uno de sus libros rituales de uso personal más frecuente. Con ella pretendía Arrupe replantear de nueva manera el «contemplativo en la acción» de la primera escuela ignaciana. Pero esta «Integración real de la vida espiritual y apostolado», que así se titula dicha carta, nos entraña inevitablemente en la naturaleza del seguimiento de Jesús que el religioso se propone como «profesión» personal.

2. El Espíritu conduce a Jesús

«El os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16,13). Y Cristo es esa verdad. Porque es en la parcialización de Jesús donde radican las dicotomías y contradicciones de nuestras vidas; es en la profundización completa de su verdad donde se hace posible la integración personal.

Arrupe se esfuerza por una contemplación completa (lo que quiere decir: profunda) del misterio de Jesús y de su simplicidad esencial. Leer superficialmente, por ejemplo, su «Invocación a Jesucristo modelo» (1979) puede llevar a la falsa conclusión de una mera contemplación piadosa de los mil detalles que configuraron la vida del Maestro. Pero la verdad es que, desde cada uno de esos detalles, Arrupe se mueve y penetra en la hondura de esa completa verdad de Cristo, contemplado como el Dios comprometido por entero con el hombre, y se deja arrastrar por el vértigo de esa hondura.

La centralidad del misterio de la Encarnación, típica de la espiritualidad ignaciana, se hace punto central de la experiencia religiosa personal de Arrupe y de su magisterio espiritual. En entrar hasta lo profundo de ese compromiso de Dios con el hombre («vaciamiento» lo llama San Pablo, «envío» prefiere decirlo San Ignacio de Loyola) pone la verdad y radicalidad del seguimiento de Cristo.

El Jesucristo del Evangelio es visto y sentido en los Ejercicios como el Cristo pobre, humillado, siervo obediente al Padre; como el Cristo de la kenosis, «formam servi accipiens» (Filip 2,7), hecho como uno de tantos, como el hombre que debe rendimur; como el Cristo de las Bienaventuranzas y de la cruz. A los discípulos que envía para continuar su misión los envía cercanos al hombre, servidores incondicionales de todos los hombres en cumplimiento de la voluntad del Padre, los envía en pobreza a que sean humillados como El y a que, como El, sufran y padezcan por la redención del mundo (la identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 109).

«Enviar», «envío», «enviado», «seguimiento del Enviado», «permanentemente enviados y envia-

bles», son frecuentes expresiones con que Arrupe reformula la peculiaridad propia de la espiritualidad apostólica, característica de muchas familias religiosas, que hace de la «misión», considerada no sólo objetivamente como tarea, sino subjetivamente como actitud permanente personal, el corazón de la Vida Religiosa apostólica, condicionando y especificando por ella y desde ella sus estructuras y su dinamismo. A *La misión apostólica, clave del carisma ignaciano* (1974) dedicará uno de sus más fecundos escritos.

«El camino del hombre» (Redemptor Hominis)

Pero este envío no es para Arrupe sólo ni principalmente una cuestión de operatividad. Es, pan te todo, un modo de vivir contemplativo. Remitido permanentemente al Padre, Cristo es contemplado por él «haciéndose hombre», «hecho hombre», servidor generoso, gratuito, del hombre. Y por ello servidor último de todo ser humano, preferentemente del más deshumanizado.

Si ha de ser el amor del Padre hecho historia, este amor se historiza más como divino allí donde el hombre es menos hombre o menos amable, en sus vacíos. «Dios descende del cielo por el peso de su amor» (San Agustín). Esta ley divina de gravedad, que es el amor, nos acerca a la comprensión del misterio de Jesús, en quien Dios no sólo acorta distancias con el hombre «bajando», acercándose, encontrándolo, sino que lo adentra en sí mismo, convirtiéndolo como en «razón» de su existencia en Jesús como Salvador.

«Ser por», «vivir por», «morir por», supone que se ha entrañado a todo ser humano hasta convertirlo en algo que «mueve» la caridad que es Dios. Es claro que lo primero de todo es esa caridad (1 Jn 4,19), pero bordeamos, aunque muy torpemente, el misterio cuan-

ble de Ella, está la contemplación de todo ser humano como destinatario y «razón» de ese envío.

Arrupe lo explica así a sus jesuitas:

El jesuita debe mirar con amor a ese mundo, al cual es enviado: debe mirarle con los ojos y la luz propios de su carisma: con los ojos de aquel amor a los hombres y a las demás creaturas en función del hombre, amor que proviene de la divina y suma bondad, por la cual se siente enviado como compañero del Verbo, y de la cual desciende ese amor y se extiende a todos los prójimos (Const. 671); con los ojos de un amor universal que abraza todas maneras de personas (Const 163), aunque entre sí sean contrarias (Const 823), y sepa servir sin ofenderle, pues es de nuestro instituto, sin ofensión de nadie, en cuanto se puedan, servir a todos en el Señor (Const 593). Para entender y cumplir su misión del jesuita debe ver el mundo con la anchura, hondura y cercanía de Dios... Ante la profundidad y la universalidad de este campo en el que se realizará su

misión, el jesuita siente profundamente lo que significa aquel más seguir e imitar al señor nuestro así nuevamente encarnado (EE. 109) (Identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 111).

Pero este mundo entrañado en el corazón del apóstol interpela profundamente a éste, ya que no sólo espera de él la Palabra de vida, sino que le dice su propia palabra de hombre y le pide prestada



do contemplamos cómo esta Caridad se deja «mover».

Este doble camino, de ida y de vuelta, es el camino del hombre que anduvo Dios en Jesús y que continúa la Iglesia, seguidora de Jesús; y en la Iglesia le toca a la Vida Religiosa, por carisma, explorar y roturar continuamente. En lo hondo de la mirada contemplativa, que concibe toda la Vida Religiosa apostólica en su origen como «envío» permanente y por eso remite constantemente a Dios, e insepara-

su voz.
Dios y

En
o intu
Arrupe
equiv
Dios»
bra, el
homb
cada

Ar
sh
pe
pr
ne
pr
et
se
la
tr
re
se
qu
ch
or
ju
ch
ne
ca
bi
se
ch
te
tr
m
la
ac
ce
pa
de
Es

La
M
s-
ac
sc
lic
Je
co
se
tra
bl
ca
de

su voz para que la agrande ante Dios y ante los hombres.

En su audacia, no sé si mística o intuitiva, o las dos cosas a la vez, Arrupe concibe que un diálogo equivalente «Dios-mundo, mundo-Dios» a través de la común Palabra, el Verbo (palabra de Dios y de hombre), pasa por el corazón de cada jesuita en misión:

Ahora bien, al actuar en misión, el jesuita se sentirá interpelado por el mundo: éste le presenta sus problemas, sus necesidades, y también sus posibilidades, sus progresos, etc., y pide orientación, consejo, soluciones posibles. En la respuesta justa se concentrará el servicio de la misión recibida. Para acertarla, el jesuita a su vez tendrá quizá que interpelar a las Constituciones: ¿qué elementos le ofrecen éstas para percibir, juzgar, y actuar en tal situación concreta? En ocasiones nuevas y difíciles, de modificaciones profundas, de problemas humanos más serios, será necesaria una inteligencia más honda y habrá que interpelar a los Ejercicios y, a través de ellos, a la palabra misma de Dios, para obtener la respuesta siempre nueva, adaptada a las nuevas circunstancias, que nos da la palabra Encarnada, del Verbo del Padre, que nos envía al Espíritu Santo.

La interpelación ascendente: Mundo-Jesuita-constituciones-Ejercicios-Evangelio-Trinidad, recibe respuesta descendente: Trinidad-Evangelio-Ejercicios-Constituciones-Jesuita-Mundo. Circulación continua y enriquecedora que se manifiesta en casos extraordinarios de modo palpable, pero que debe caracterizar siempre la vida del jesuita. Es la acción conti-

nua del Espíritu Santo con la pedagogía gradual del No podéis entender todavía (Jn 16,12) y del El os enseñará todo lo que yo os he dicho (Jn 14,26), hasta introducirnos por completo en los tesoros de la sabiduría divina. En este sentido hay que entender por qué es propio del carisma ignaciano la espiritualidad que consiste en el constante contacto con Dios y con el hombre para 'ayudar a las almas' y acompañar al mundo en su inquieta búsqueda de Dios, que es su único fin (Identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 113).

La cita ha sido larga, pero es típica de la riqueza personal y expresiva que Arrupe da a este «camino del hombre» que todo religioso, con esta o con otra formulación, ha de recorrer, y de la hondura en que debe situarse. Por falta de esta hondura no sólo padece frecuentemente la eficacia de la acción apostólica en la pérdida de vigor que supone convertirla en mera palabra humana o en soñarla como una evasiva palabra espiritualista, sino que se reabre esa cicatriz profunda por donde se desangran no pocas generosas energías en la Iglesia de Dios, que es la dicotomía entre ser y hacer, consagración y misión, etc.

Arrupe no duda en afirmar: «No parece pueda hacerse histórica y existencialmente una distinción entre el ser y el hacer, cuando ese ser consiste en un modo visible de vivir la historia humana, y cuando ese hacer no puede reducirse a mera tarea o profesión, sino que es parte especial del seguimiento de quien empezó a hacer y a enseñar» (La Iglesia de hoy del futuro, pág. 721).

Esta preocupación por la integración, desde una profunda unidad contemplativa, de vertientes que frecuentemente hemos considerado demasiado distantes, cuando no enfrentadas, en nuestra vida

de cristianos y de apóstoles, lleva a Arrupe a subrayar con renovadas formulaciones la inseparabilidad entre consagración y misión.

El tema lo considera suficientemente importante de cara a la comprensión por la Iglesia, e incluso por los propios religiosos, de la naturaleza de la Vida Consagrada.

A una de sus numerosas homilías, género que cuidaba muy cariñosamente, en ocasión de una profesión solemne (2 febrero 1976) pertenecen estas afirmaciones, y esta «lógica» suya:

Dios consagra y el hombre (o el pueblo) consagrado resulta su propiedad por un nuevo título: porque tú eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios. El te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos (Dt 7,6).

Pero evidentemente esta apropiación, esta toma de posesión de algo que ya le pertenece desde siempre, no es una apropiación inmanente, cerrada sobre sí misma. Podríamos decir que en este gesto Dios transmite al consagrado algo de Sí mismo, le hace participar su propia comunicación, su entrega al mundo, a los hombres, su voluntad efectiva de salvación. De ahí que toda consagración del Señor lleve inseparablemente fundida como en una sola realidad una misión del Señor... te consagré, te nombré profeta (Jerem 1,5).

Cuando Dios consagra, en el mismo acto de consagrar envía. Más aún, la consagración misma resulta misión vista como proyecto total de Dios con el hombre (o el pueblo) 'de su propiedad. No hay, pues, consagración sin misión. Ni cabe

verdadera misión que el hombre se haya dado a sí mismo...

Definitivamente, en Jjesús se nos revelan como una única realidad inseparable consagración y misión, ungido y enviado, Cristo y Mesías. Y ésta será la imagen total que sus discípulos conservarán y transmitirán a la primera Iglesia.

Dios es, pues, el que consagra y envía al mismo tiempo al hombre. Pero esta consagración del Señor no se consume sin un acto humano, sin una respuesta correspondiente, libre, por parte del hombre, que hemos convenido en llamar (tal vez con menos propiedad teológica), consagración. El hombre se consagra a Dios. Es la respuesta bíblica del profeta: *heme aquí, envíame (Is 6,8)*, que Jesús hará enteramente suya. Es la figura del Siervo de Yahweh, cuya razón de ser es pertenecer a su Señor y estarle claramente disponible para cualquier misión, aun para la que exija la consagración total, el holocausto de la vida... ¿Es de extrañar que la Vida Religiosa sea definida como una consagración de la propia vida al Señor y a la misión del Señor? También aquí consagración y misión se identifican en el hombre de tal modo que la disponibilidad para la misión es signo de la verdad de la consagración, y viceversa: esta consagración es tal en la medida en que por ella el hombre quede disponible, en estado permanente de enviado, en y para la misión (La identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 521-522).

El futuro de la Vida Religiosa

Al tema se ha asomado Arrupe en no pocas páginas. Precisamente porque lo experimenta como un

problema vivo en muchos religiosos e instituciones que se han dejado impactar por la crisis de cambio y asustar por la caída de la hoja de no pocas estructuras de apoyo con las que la Vida Religiosa frecuentemente se había identificado. Instintivamente vincula este problema al de la unidad interior, obra del Espíritu, a la que nos hemos referido.

Arrupe se esfuerza por recomponer constantemente dicha unidad, porque está convencido de que en ella radica el secreto de las grandes personalidades apostólicas y la resistencia de las instituciones religiosas temporales de todas clases.

Recomponer esta unidad no se logra sino por un esfuerzo de integración personal, que ciertamente no elimina todas las tensiones, sobre todo a la hora del acontecimiento concreto, pero que ayuda al religioso a vivirlas sin desgaste y con creatividad. De la fuerza de esta integración, que en el fondo es problema de la persona y de la comunidad religiosa como colectivo de personas, depende el vigor, la frescura y la pervivencia de la Vida Religiosa en sí misma y en sus múltiples formas. Arrupe se manifiesta insobornablemente optimista sobre este futuro. Es hombre del futuro. Uno de esos hombres convencidos de que en este fatigoso camino lo mejor aún no lo hemos andado, está por venir. Sencillamente porque «Deus semper maior».

¿Tiene futuro la Vida Religiosa?, se pregunta. Y él mismo se responde:

Por de pronto la historia de veinte siglos de Vida Religiosa es ya una respuesta. Desde las vírgenes de la primera Iglesia o el Abad Antonio y sus cenobios hasta la pareja de religiosas insertas en las favelas de Río o en el último suburbio de nuestras megalópolis; desde el padre Blanco, viviendo pacientemente du-

rante años el retraso cultural de las tribus del desierto, al intelectual que quema sus horas investigando en la biblioteca de un antiguo monasterio o a la religiosa que espera horas y horas en su dispensario, abierto en cualquier isla perdida de la Polinesia, pasando por aulas ruinosas y por silenciosas capillas, en el asfalto de la gran ciudad o en los senderos de la selva..., calumniados a veces, idealizados otras, buscados con simpatía por los pobres, blanco fácil del más barato anticlericalismo, expulsados y hasta martirizados, en la primera línea de todos los frentes de evangelización, ellos y ellas, miles de hombres y mujeres, proclaman con obras y de verdad que Jesús es el único que salva al hombre, y viven a tiempo pleno para hacer creíble esta verdad en medio de la masa humana más necesitada de ella.

Ellos y la ininterrumpida originalidad de sus expresiones comunitarias y apostólicas son la prueba de la Historia de que la Vida Religiosa, como realidad carismática de la Iglesia, tiene el mismo futuro de ésta. El Espíritu siempre suscitará en Ella 'seguidores' liberados a dedicación plena para el anuncio y la anticipación del Reino.

Finalmente, cada modalidad de Vida Religiosa no tiene, por su parte, garantizado otro futuro que el que disponga el Espíritu y el que pueda garantizarle la fidelidad de sus miembros a la primera caridad esencial de sus Fundadores., 'Pasa lo de siempre: Cuanto más perceptible sea lo carismático en una Orden Religiosa, tanto más hablará a los jóvenes (Karl Rahner).

Disce

Al
nerari
sobre
volver
del Es
ria de
Iglesia
de es
derlo?
de ell
gran
que la
ción
tanter

E
n
c
p
m
b
v
p
d
m
c
u
je

De
ción
bio de
Preoc
vió a
de no
alidad
ténica
profur
nuevo
rre el
jos, a
nostal
Señor
Cristo

De modo especial los jóvenes, hoy y siempre, están dotados para captar la eterna novedad de Jesús; eso, precisamente, que en las Familias religiosas no puede envejecer. Y ellos, en la Iglesia y en la Vida Religiosa, son el futuro (La Iglesia de hoy y del futuro, pág 725).

Discernimiento

Al final de este primer rápido itinerario por las páginas de Arrupe sobre la Vida Religiosa, en realidad volvemos al punto de partida: El del Espíritu que alienta en la historia de cada hombre y en la de su Iglesia. ¿Cómo caer en la cuenta de este aliento? ¿Cómo sorprenderlo? ¿Cómo «recibirlo»? Porque de ello, según Arrupe, depende en gran parte el caudal de juventud que la Vida Religiosa tiene obligación de hacer desembocar constantemente en su Iglesia.

En último término, del funcionamiento efectivo de este discernimiento dependerá la pervivencia efectiva de una familia religiosa. Su claridad sobre lo permanente y lo variable de sí misma y su capacidad de regenerar esto desde aquello, a impulsos del mismo Espíritu que la hizo nacer, son decisivas para que una familia religiosa no envejezca (Ibid, pág 724).

Desde siempre fue preocupación explícita del P. Arrupe el cambio de la sociedad y del hombre. Preocupación que alguien se atrevió a juzgar como frivolidad, afán de novedad, etc., pero que en realidad ha sido la expresión más auténtica de su ansia apostólica más profunda de no dejar marchar de nuevo el tren de la historia, que corre el peligro de dejar en tierra, lejos, ahogándose en sus propias nostalgias, a los que por misión del Señor tendrían que reconducirlo a Cristo.

Esta sensibilidad, vertida sobre la espiritualidad ignaciana, y su propia experiencia de conducido le llevaron inexorablemente al discernimiento. «Que es ciertamente un don del Espíritu, pero el hombre puede educarse lentamente en él, ayudado por el mismo Espíritu, y someterse a su pedagogía». Y añade: «este rasgo es previo y fundamental a toda acción evangelizadora en lo que necesariamente tiene de profético. Sin él, dicha acción deja de ser auténtica y, en vez de construir la Iglesia, la destruye». (La identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 78).

Arrupe ve además en el discernimiento no sólo la garantía de ser conducido por el Espíritu a través del esfuerzo por buscar respuestas válidas para las cuestiones y situaciones que el mismo Espíritu, que alienta en todo hombre, plantea cada día y en cada época, sino un factor de crecimiento y consolidación de la comunidad iluminada, creativa, unida, que vive la tensión sin rupturas y el respeto a las personas desde el desarrollo de la libertad cristiana de las mismas y el más profundo compromiso unitario y apoyado por todos.

En todas estas alternativas, que constituyen la trama de los intercambios comunitarios, debemos conservar una actitud de discernimiento para deducir el sentido en que orienta Dios su acción dentro de la vida de una comunidad dócil al Espíritu. La comunidad debe llegar a la aceptación apacible de sí misma sin perder la verdadera unidad, o esforzándose por recuperarla si la ha perdido. No obstante las posibles tensiones, a través de una lenta purificación de sus miembros, por el intercambio respetuoso y sincero, irá llegando a armonizar sus esfuerzos hacia el porvenir y a encontrar muchas veces orientaciones nuevas y preci-

sas, generadoras de paz y de gozo en el Espíritu.

Los efectos de una vida de comunidad como la descrita serán ante todo, para cada uno de sus miembros, un crecimiento teológico de la fe, la esperanza y la caridad; una mayor 'presencia' de los miembros de la comunidad entre sí, resultante de una comprensión fraterna más profunda y de una percepción clarividente de los servicios apostólicos que pide el Espíritu (La identidad del jesuita en nuestros tiempos, pág 249-250).

Final

Quien, al despedirse de sus hermanos como General, contemplando el pasado desde su silla de ruedas cual viejo luchador inválido, afirma con su modesta ingenuidad habitual: «Yo me siento más que nunca en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora pero con una diferencia: Hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profundísima experiencia», y quien mirando al futuro sintetiza sobriamente: «Mi mensaje es que estén a la disposición del Señor» (Mensaje del P. Arrupe a la Congregación General 33, 3 sept. 1983), es claramente un hombre que ha luchado, y sigue luchando rosario en mano, para que la Vida Religiosa no se cierre sobre sí misma, ni se pare, porque ello equivaldría a negarse a sí misma y renunciar a su propia condición de «profesionales del Espíritu» y a su específica misión en el seno de la Iglesia. La de estimular a ésta para que, sin cesar, camine más audazmente «el camino del hombre».

Tomado de SAL TERRAE

PADRE ARRUPE: SE DESPIDE UN TESTIGO

P. Pedro Arrupe

Por su innegable actualidad y porque constituye el testimonio de gratitud y de amor de un hombre que ha entregado su vida al servicio de la Iglesia en la Compañía de Jesús, a *mayor gloria de Dios*, CHRISTUS transcribe de la Revista SAL TERRAE el texto de la alocución del P. Pedro Arrupe (que él no pudo leer personalmente) con ocasión de su renuncia al cargo de Superior General de la Compañía de Jesús, ante todos los miembros de la Congregación General.

Sirva también como testimonio de nuestra admiración y nuestro cariño y como homenaje a un cristiano que, en los momentos de adversidad y de profundo dolor, ha sabido demostrar su talante de hijo fiel de la Iglesia y seguidor incondicional e Jesús.

Queridos Padres:

¡Cómo me hubiera gustado hallarme en mejores condiciones al encontrarme ahora ante Ustedes! Ya ven, ni siquiera puedo hablarles directamente. Los Asistentes Generales han entendido lo que quiero decir a todos Ustedes.

Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profundísima experiencia.

Al final de estos 18 años como General de la Compañía, quiero, ante todo y sobre todo, dar gracias al Señor. El ha sido infinitamente generoso para conmigo. Yo he procurado corresponderle, sabien-

do que todo me lo daba para la Compañía, para comunicarlo con todos y cada uno de los jesuitas. Lo he intentado con todo empeño.

Durante estos 18 años mi única ilusión ha sido servir al Señor y a su Iglesia con todo mi corazón. Desde el primer momento hasta el último. Doy gracias al Señor por los grandes progresos que he visto en la Compañía. Ciertamente, también habrá habido deficiencias -las más en primer lugar-, pero el hecho es que ha habido grandes progresos en la conversión personal, en el apostolado, en la atención a los pobres, a los refugiados. Mención especial merece la actitud de lealtad y de filial obediencia mostrada hacia la Iglesia y el Santo Padre, particularmente en estos últimos años. Por todo ello, sean dadas gracias al Señor.

Doy gracias de una manera especial a mis colaboradores más cercanos, a mis Asistentes y Consejeros -empezando por el P. O'Keefe-, a los Asistentes Regionales, a toda la Curia, a los Provinciales... Y agradezco muchísimo al P. Dezza y al P., Pittau su respuesta de amor hacia la Iglesia y la Compañía en el encargo excepcional recibido del Santo padre.

Pero, sobre todo, es a la Compañía, a cada uno de mis hermanos jesuitas, a quienes quiero hacer llegar mi agradecimiento. Sin su obediencia en la fe a este pobre Superior General, no se hubiera conseguido nada.

Mi mensaje hoy es que estén a la disposición del Señor. Que Dios sea siempre el centro, que le escuchemos, que busquemos constantemente qué podemos hacer en su mayor servicio y lo realicemos lo mejor posible, con amor, desprendidos de todo. Que tengamos un sentido muy personal de Dios.

A cada uno en particular querría decir «tantas cosas»...

A los jóvenes les digo: busquen la presencia de Dios, la propia san-

ta, que es la mejor preparación para el futuro. Que se entreguen a la voluntad de Dios en su extraordinaria grandeza y simplicidad a la vez.

A los que están en la plenitud de su actividad les pido que no se desgasten, y pongan el centro del equilibrio de sus vidas no en el trabajo, sino en Dios. Manténganse atentos a tantas necesidades del mundo. Piensen en los millones de hombres que ignoran a Dios o se portan como si no le conociesen. Todos están llamados a conocer y servir a Dios. ¡Qué grande es nuestra misión: llevarles a todos al conocimiento y amor de Cristo!

A los de mi edad recomiendo apertura: aprender qué es lo que hay que hacer ahora, y hacerlo bien.

A los muy queridos Hermanos querría decirles también muchas cosas y con mucho afecto. Quiero recordar a toda la Compañía la gran importancia de los Hermanos. Ellos nos ayudan enormemente a centrar nuestra vocación en Dios.

Estoy lleno de esperanza viendo cómo la Compañía sirve a Cristo, único Señor, y a la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Para que siga así y para que el Señor la bendiga con muchas y excelentes vocaciones de sacerdotes y hermanos, ofrezco al Señor, en lo que me quede de vida, mis oraciones y los padecimientos anejos a mi enfermedad. Personalmente, lo único que deseo es repetir desde el fondo del alma:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Roma 3 de septiembre de 1983

U
LI

LIBR
Cent
Ande
Agua
Tel.

LIBR
Mad
Agua
Tel.

LIBR
Lópe
Agua
Tel.